

RECUERDOS DE VIAJE

POR

EDUARDA MANSILLA DE GARCIA.

Recordar es vivir.

BERMUDEZ de CASTRO.

TOMO PRIMERO.

BUENOS AIRES,
IMPRESA DE JUAN A. ALSINA, MÉXICO, 635.

—
1882.

BARBOSA:

En tanto VIAJA Vd. de un extremo á otro de la ciudad, para aliviar á los que sufren, lea á su amiga.

Vd. es uno de aquellos que más me ha impulsado á escribir mis RECUERDOS DE VIAJE; es justo, pues, que este primer tomo, le sea dedicado.

E. M. DE G.

PRELIMINARES.

Hacer la travesía desde el Havre á Nueva York en la Compañía Trasatlántica Francesa, ó embarcarse en un vapor del *Cunard Line*, en Liverpool, no es exactamente lo mismo como agrado, si bien ambos medios de cruzar el Océano, pueden emplearse indistintamente, con la seguridad de llegar á buen puerto, en doce ó trece dias, salvo los inconvenientes ó accidentes naturales de la ruta.

Las nieblas y *lurtes*, compañeros inevitables del verano, y los vientos bravíos é incesantes, que sin piedad exasperan las aguas del Atlántico, en los meses del invierno, hacen que el viaje sea siempre penoso é igualmente inseguro, en una ú otra estacion. Pero dado no ser posible evitar, que el deshielo del Polo, acarree esas masas colosales, que cortan un buque de parte á parte, con sólo chocarlo; y siendo del mismo modo imposible calmar en el invierno, el desencadenamiento de ciertos vientos reinantes en aquellas regiones, creo preferible afrontar los *icebergs* y

las nieblas, evitando de esa suerte, el más desapiadado enemigo del viajero por agua: el mareo. Durante el verano, el mar está relativamente tranquilo, y la cuestion travesía, presenta otra faz, bajo el punto de vista del *comfort* y amenidad del viaje.

En la Línea Francesa, se come admirablemente, detalle de sumo interes, para el viajero que no se marea; y en la buena estacion las excepciones son escasas, salvo durante los dos ó tres primeros dias. El servicio es inmejorable, y la sociedad cosmopolita que por esos vapores viaja, parece como impregnada de la amenidad y agrado de las costumbres francesas, reinando además aquel *grato laisser aller* que crea la vida de abordo.

En los vapores ingleses, se come mal, es decir, á la inglesa; todo es allí insípido, exento del atractivo de forma y de fondo, que tanto realce da á la comida francesa. El vino brilla por su ausencia, eleva la suma de los *extra* á proporciones colosales é impone al viajero, la enojosa tarea de *calcular* sus gastos, en esas horas crueles de la vida de abordo, en las cuales toda la sensibilidad parece concentrada en el estómago.

Por lo general, en la Línea Inglesa, no se encuentra sino Ingleses; pues, los Europeos del Continente, no atraviesan por gusto el temido Canal de la Mancha, para ir á embarcarse exprofeso en

Liverpool, teniendo, como tienen, la perspectiva de un viaje de mar de tantos días: ésto, además de otros inconvenientes, recargaría con exceso su *budget*.

Paris es más tentador; y el ferro-carril del Havre, que atraviesa la pintoresca Normandía, en sólo tres horas, ofrece muchos encantos, que llamaré preliminares á la gran travesía trasatlántica.

El Domingo, en los paquetes ingleses, hay casi siempre un *service*, en el gran comedor, pues rara vez falta abordo el *clergyman touriste* ó inmigrante. En ese día cae sobre los desdichados pasajeros, la pesada capa de fastidio, que cubre infaliblemente las ciudades protestantes, *on sabbath day*.

Enmudece el piano, todos hablan en voz baja, y se diría que, hasta el monótono ruido de la hélice, es ménos marcado y nervioso los Domingos.

En cambio, la disciplina, propiamente dicha, de la Línea Británica, se efectúa siempre con suma regularidad y reserva. Los pasajeros no tienen contacto alguno con la oficialidad del buque, que parece extraña, á lo que llamaré la parte comercial de la Compañía.

El capitán, es un hombre místico, silencioso, casi siempre vulgar, que al pié de la letra, observa su exclusiva misión de conducir el buque. Los pasajeros no le conocen ni de vista; su asiento en la cabecera de la mesa, permanece siempre vacío.

Si hay mal tiempo, nadie sabe lo que ocurre, nadie se atreve á preguntar *qué sucede*, á esas sombras silenciosas y graves, que cruzan de un lado á otro, como autómatas de la disciplina.

El agrio sonido de la bocina, rompe la espesa bruma, que como tupido crespon envuelve al buque; una sensacion dolorosa se produce y los latidos del corazon más valeroso se aceleran. El lamento de la bocina recuerda sin cesar á los viajeros la inminencia del peligro. En aquella oscuridad, que, ni siquiera permite ver los objetos mas cercanos, el encuentro con otro buque, es no sólo un peligro: es la muerte.

Ajax, el héroe griego, que no temia ni á los mortales ni á los dioses, tembló en la oscuridad é imploró á Vénus, pidiéndole *luz! luz!*

Qué extraño es, que el horror se apodere del espíritu de los viajeros, durante esos cuatro terribles dias, en los cuales no se apagan un instante las odiosas lámparas de aceite, que dan un tinte fune-rario á la pardusca luz del dia! Desgraciadamente, el enemigo silencioso y frio, que el Polo envia por las aguas del Atlántico á la frágil nave, no se anuncia, ni por el agrio son de la bocina, ni éste conmueve la helada superficie de la gigantesca mole. De improviso, la atmósfera que rodea al vapor se enfria de tal suerte, que el termómetro baja repentinamente, de 18 á 7 grados. ¡Felices aquellos que

ignoran lo que tal transición significa! El helado monstruo está cercano, y Dios sólo puede desviarlo en su terrible marcha. En el mar no hay escépticos.

Pasó el peligro: el sol rompe la bruma, la temperatura se dulcifica, y sobre las azuladas olas vése á lo léjos flotar la blanca diamantina masa que refleja el íris. La luz, la alegría y la tranquilidad reinan por todos lados; el marino, como el viajero, siente ensanchársele el corazón, y el buen humor reaparece.

En los paquetes franceses, el comandante, que es siempre *charmant, homme du monde*, preside su mesa, y al terminarse las comidas, ofrece galantemente el brazo á una dama.

Los pasajeros conocen á los oficiales, están al corriente de los más insignificantes detalles de la marcha; todo lo preguntan, lo investigan ó adivinan. Si por desgracia el viento arrecia, la mar se encrespa y comienzan esos vaivenes furiosos, que sacan de quicio los objetos inanimados y desnivelan el espíritu humano, poniéndolo á prueba, óyense frases misteriosas, que hacen estremecer de pavor á los más valientes. « Los marineros se niegan á ejecutar la maniobra, el comandante está desesperado; y si el mal tiempo continúa, tendrán los oficiales que echar ellos mismos mano á los cabos. »

Un noticioso agrega: « El comisario está dado al

diablo, y acaba de encerrarse en su camarote. »

El comisario, (ese tipo del hombre galante en los paquetes franceses) representa á la Compañía, ó sea la parte comercial. Casi siempre existe entre éste y el comandante rivalidad encubierta, lucha de autoridad que da á sus relaciones tirantez y frialdad.

Pero, ¡cuánta anchura, cuánta abundancia, para ofrecer á discrecion, hielo, leche, frutas, en la serie de comidas que con diversos nombres se sirven en los paquetes franceses! Qué profusion de vino excelente y grátis; ese vino sabroso que recuerda el suelo de la bella, la rica Francia, tierra favorita de la uva!

A mi entender, pudiera reducirse á una simple ecuacion, la muy grave cuestion de escoger una ú otra Línea para cruzar el Océano.

Viajar con los Franceses es más agradable en verano; pero, lo es más seguro en invierno con los Ingleses.

Y aquí, para no ser ingrata ni olvidadiza con una nacion que tanto quiero, diré, que personalmente, yo prefiero hasta naufragar con los Franceses. Pero, en mi calidad de viajera, que escribe con la mira honrada de dar luz á los que no la tienen, creo de mi deber consignar en estas páginas, lo que he oido repetir á tantos famosos *touristes*. Pues en ciertas materias, forzoso es contar los votos, por más

amigo que uno sea de pesarlos. Además, quien á *Yankeeland* se encamina, tiene por fuerza que democratizar su pensamiento. Con lo expuesto, queda ya tranquila mi conciencia, y sigo rumbo hácia el Norte,

CAPÍTULO I.

Hacia trece dias que navegábamos en el *Africa*, suntuoso vapor de la Compañía Cunard, cuando una mañana, resonó en mi oído la mágica palabra *Nueva York*. Habíamos llegado; y aunque desde la víspera, tuviésemos la casi certidumbre de ver terminado nuestro viaje al siguiente dia, no por eso, la emocion fué ménos grata.

En la mar debe contarse siempre con lo imprevisto; y el gran banquete de la víspera, que anuncia la llegada segura, reuniendo en ese momento al rededor de la gran mesa, aún á aquellos viajeros invisibles durante la travesía, á esas víctimas resignadas del mareo, puede aún resultar ser una esperanza vana.

Los semblantes se iluminan, los apetitos se aguzan, las simpatías se acentúan, al parecer; pero ese banquete de *adios* destinado á calmar las inquietudes del viajero y á pacificar los pobres estómagos exhaustos, suele no ser la última comida que abordo

se hace. El mar es caprichoso; y el hombre falible.

Todos los que han viajado, conocen el momento solemne del arribo.

La agitacion es general, el va y viene de los pasajeros que activan su atavío y de los empleados del buque, que como viajeros que son igualmente, tratan de despachar, con la mayor rapidez posible sus quehaceres, complicados por la llegada, para bajar á esa tierra tan ansiada por el navegante. Ya viaje éste por gusto, ó aquél por deber: la tierra es la esperanza de todos.

Reina el tumulto, el desórden, en tales ocasiones; á la regularidad y monotonía de la vida ordinaria, sucede la agitacion, la confusion. Y entónces, puede verse patentemente, cuán efímeras y transitorias son esas relaciones, contraídas en la vida tan íntima y estrecha de abordo.

La llegada afloja como por encanto, vínculos que parecian tan sólidos ayer tarde al ponerse el sol; vínculos creados por la necesidad y mantenidos por la costumbre.

Con la misma facilidad con que se formaran, se disuelven los grupos varios; y de una intimidad de todos los momentos, suele no quedar ni aún el recuerdo. Como las aguas del Leteo, la tierra produce el olvido y á veces la ingratitud.

La ruptura suele ser tan rápida cuanto persistente, careciendo con frecuencia, hasta de las formas

que hacen soportable toda separacion. La culpa no es de nadie, es de todos.

« Hasta la vista; estoy buscando un baul que no encuentro! » dice un viajero, malhumorado.

Agrega otro, con marcada cortesía: « Señora, siento no poder ser útil á Vd. . . . ¿en qué hotel podré . . . ? »

« Ignoro. . . ; pero ya nos veremos, » es la respuesta lacónica y evasiva; que con el olor de tierra, hánse despertado los escrúpulos sociales, adormecidos por los continuos vaivenes que las olas imprimen al flotante vehículo.

« Por aquí, caballero; le llaman á Vd. de tierra! » grita un comedido.

« Cómo! qué ya se puede desembarcar? »

« No ha llegado aún la visita! » exclaman varios en coro.

« Para servir á Vds! »

Pasa un grupo de familia dando codazos y aún maletazos; produciendo malhumor general, desconcierto y aún sombreros ladeados.

« Madame, » pronuncia un dandy irreprochable, redondeando los codos, « tendré la dicha . . . ? » imposible continuar la expresiva frase: un baul colossal, de esos llamados *mundos*, por las elegantes, amenaza con su mole el coqueto sombrero del *desembarque*, de la dama, que ya se halla fuera de tiro.

Cosa curiosa; se llega á un país donde no se

ce alma viviente, y no obstante, la idea de agradar surge como esas generaciones espontáneas de que nos hablan los fisiólogos.

Los hombres no forman excepcion á esta regla ó conato de seduccion inocente. Ostentando pliegues caprichosos, véanse levitas arrugadas, que yacian en el fondo de la mala durante la travesía, y que vienen á reemplazar el jaquet algo descolorido de todos los dias, *bueno para abordó*.

Error! aquella levita y el sombrerito coqueto, llegarán al hotel cubiertos de polvo. El viajero novel cae siempre en la falta de *vestirse* para desembarcar. En tanto que el aguerrido, guarda sus galas para cuando haya sacudido el polvo del camino, en la ancha bañadera que en el hotel le aguarda, entregándose luego al hábil peluquero, que habrá de dejarle irreprochable y como nuevo.

Llegar á una ciudad, donde nadie nos espera, produce dolorosa impresion en el ánimo del viajero bisoño, y casi le hace arrepentirse del *triste placer de viajar*, como dice madame de Stael.

Cuando el *África*, despues de haber recibido la muy rápida y poco ceremoniosa visita de sanidad de Nueva York, dejó por la ancha tabla, que en contacto con el muelle le ponía, paso libre á los que de la ciudad venian, en busca de amigos y parientes, ví llegar una media docena de individuos, en procura de damas viajeras.

Un grupo de niñas engalanadas, que durante la travesía nos habia divertido mucho con su charla incesante é inofensiva coquetería, recibió sobre la cubierta á los recién llegados. El súbito exclamar *Pa! John! James! Mary!* entrecortados con ruidosos besos, me hizo experimentar algo que á la envidia se parecia. Pero, oh naturaleza humana! Mi mal sentimiento se trocó luego en otro peor. Aquellos besos al padre (*Pa*, que el Yankee todo lo acorta) á John, hermano ó primo, no eran dados ó recibidos en la mejilla ó en la frente, acompañados de un abrazo tierno, como en nuestra raza se estila; eran estampados en plena boca y acompañados de un vigoroso *shake hands* muy prosáico; y beso y apretón de mano me movieron á la risa. Hice mal, pero lo hice.

Los lábios, me parecen sitio sagrado, que no deben así no mas prestarse á públicas efusiones de familia. Si me equivoco, tanto peor, conservo mi error, porque me es grato.

Diverse lingue orribile favelle. Recordé al Dante, sin poderlo remediar, cuando seguida de mi numerosa *smala*, me encontré á cierta altura del muelle, delante de un muro humano, que vociferaba palabras desconocidas, como una legion de condenados. Eran séres groseros, feos, mal entrazados, con enormes látigos, que blandian desapiadados, furiosos, sobre las indefensas cabezas

de los viajeros, cuyo paso impedían. De repente, una alma, un viajero, caía en poder de alguno de esos demonios, y en el instante éste enmudecía, conduciéndole en misterioso silencio, sólo Dios sabe dónde. El calor, el polvo, el vocinglerio infernal, me tenían fuera de mí. Uno de aquellos hombres que sin cesar repetía « *Clarendon Hotel* » se apoderó de improviso de uno de mis hijos, colocándole sobre el hombro. Creció mi terror y el exceso de la temperatura, hubo de hacerme perder el sentido.

Eran las once de la mañana, de un día de Junio en Nueva York. Tal fecha, nada dice á quien no conozca la ciudad de los tabardillos (*sun strike*), en pleno verano, pero estremece de pavor á quien haya habitado la Metrópoli norte americana, durante el verano.

Seguimos todos al hombre del gran látigo y continuó la gritería: *Everett House! Fith Avenue Hotel! St. Nicholás Hotel!* miéntas nosotros caminábamos en fila, lo mejor que podíamos entre cajones, tablas y barricas. El cochero del ómnibus del *Clarendon Hotel*, nos condujo en silencio á la oficina de la Aduana, estrecho camaranchel de tablas mal unidas, donde sólo cabíamos dos viajeros á la vez.

Gracias al pasaporte diplomático, la ceremonia del reconocimiento del equipaje, no tuvo lugar. El

empleado dió una mirada rápida al pasaporte, escribió algo sobre un registro, pronunció un expresivo *all right*, y en mi calidad de *lady*, me entregó un puñado de pedazos de cobre numerados, diciéndome: *That'll do* y nos volvió la espalda.

Ha llegado el momento de hacer aquí una confesion penosa, que hará derramar lágrimas, no lo dudo, al digno don Antonio Zinny, mi maestro, á quien su discípula favorita, debia en ese entónces todo el inglés que sabia. Y este resultó ser tan poco, que con gran vergüenza y asombro mio, el intérprete natural de la familia, la niña políglota, como me llamaron un dia algunos aduladores de mis años tempranos, no entendia *jota* de lo que le repetian los hombres mal entrazados y el lacónico expresivo empleado.

«Qué dicen? Qué dicen?» preguntában mis compañeros, volviéndose á mí, como á la fuente. Y la fuente respondia: «No les entiendo!» y fuerza era responder la verdad, porque mi turbacion era visible.

Pero como el gesto expresivo de uno de los hombres, indicara los cuadraditos de bronce numerados que yo conservaba en la mano, mayor fué mi confusion que mi cautela, y por vermè libre del importuno, se los entregué, y así cesó de mortificarme.

Ah! Pero con aquel calor y aquella atmósfera

sofocante, hubiera, como Esau cedido hasta la más preciosa de mis prerogativas, por un baño.

Subimos por fin al ómnibus, y comenzó entonces ese ávido mirar del viajero, que se vuelve todo ojos, al penetrar en una ciudad desconocida ó conocida, si por fortuna ésta es Paris.

Nada hay más grato que volver á ver á Paris; creo, lo afirmo, la impresion que se recibe al ver la Capital de la Francia por vez primera, no es tan intensa ni tan completa, como la que se siente al volver á verla.

La admiracion, cuando va acompañada de sorpresa suele ser ménos atractiva, y, sobre todo, ménos razonada. Pocas cosas hay más susceptibles de crecer y educarse que la admiratibilidad. El salvaje no se da cuenta de los edificios que ve por vez primera; los ve mal, los juzga con su criterio estrecho de salvaje. Para comprender lo bello, es forzoso tener en nosotros un ideal de belleza, y cuanto más elevado es éste, mayor es nuestro goce, por mucho que el reverso de la medalla, produzca en nosotros, cierta insaciabilidad estética, si la palabra es permitida, y nos incline un tanto al pesimismo.

CAPÍTULO II.

Si en vez de llegar á Nueva York de dia claro, con aquel sol rajante, desapiadado, atravesando en un mal *coche de alquiler*, la muy larga distancia, que media desde el muelle hasta la parte elegante de la ciudad, me hubieran desembarcado dormida y encerrada, como las princesas de las Mil y una noche, en misterioso palanquin, al despertar, de seguro habria exclamado: «Estoy en Lóndres!» Idéntica arquitectura, igual fisonomía en las calles, en las tiendas, en los transeuntes, que parecen todos apurados; y lo están en realidad.

El cosmopolitismo hállase más acentuado en Nueva York; pero la raza sajona descuella allí sobre las demas é imprime á la metrópoli norte americana, todo el carácter de una ciudad inglesa. Si se exceptuan los *tobacconish*, con sus colosales cigarros de madera chocolate ó sus indias de lo mismo, adornadas con el clásico tocado y la cintura de plumas rojas y azules, que tienen un sello puramente americano.

La animacion es portentosa, y cuando se entra á *Broadway*, la grande arteria de la suntuosa ciudad, aquel nombre de *calle ancha*, parece ridículo.

Los ómnibus, los tramways, idénticos á los nuestros, los carros de tráfico, con sus inmensos paraguas-avisos, que libran al conductor de los rayos del sol y anuncian al viajero el mejor sitio para comprar, ya sea betun para las botas, ya sean joyas para *ladies*, obstruyen el paso y suspenden por algunos instantes el movimiento de aquella Babilonia andante.

En la época á que aludo, 1860, el ferro-carril aéreo, no existia; ha sido construido despues de mi salida, y harto se necesitaba.

Más de una vez he creido imposible salvar la distancia que separa á *Union Square* del embarcadero del ferro-carril de Pensilvania, á pesar de salir con sobrado tiempo del hotel, para tomar el tren de la mañana.

Carros, tramways, ómnibus, carretas de todas formas y dimensiones, obstruyen la calle; y por más malhumor y agitacion que se gaste, el vehículo que conduce al viajero apremiado por la hora, no puede salvar inconvenientes de *fuerza mayor*, como dice el municipal francés (*sergent de ville*) que fué.

Muchas veces me ha sorprendido la flema inalterable, con la cual los Yankees, los hombres más ocupados del mundo, esperan, resisten y soportan

esos escollos, inherentes á las grandes aglomeraciones de poblacion. Momentáneamente, parecen no sentir siquiera la demora y contentarse con mirar su reloj, repitiendo: *Plenty time* (tiempo de sobra). Pero así que llegan al término de la jornada, no descuidan de seguro, medio alguno de remediar aquel inconveniente, para que no se repita y poder de esa suerte ganar el *tiempo que es dinero*.

En nuestra raza, se produce el fenómeno contrario; en el momento crítico, la impaciencia toma proporciones vastas, el malhumor sube de punto, el viajero se queja, rezonga, vocifera, maldice y amenaza la Compañía si está en ferro-carril y la Municipalidad, si va en carruaje: pero llega y olvida y nada se remedia: ahí está el mal.

El policeman yankee, tan parecido al inglés, aunque ménos grave, llamó mi atencion desde ese primer momento y más tarde, no tuve un amigo más *seguro*, que aquel gordo, rubio, que hacia el servicio diurno en la esquina de *Broadway* y *Union Square*. Sin él, ¿qué señora, qué niñera con niños, se hubiera atrevido jamas á cruzar de una acera á otra, sin ser infaliblemente atropellada por los tramways ó los ómnibus? El policeman levanta la macanita corta y reluciente que lleva en la muñeca, pendiente de una correa, y como si ésta fuera una varilla mágica cesa el movimiento en la ruidosa avenida. Luégo, con un ademán blando, que contrasta con su talla

gigantesca, toma de la mano á la *lady* que debe proteger y poner en lugar seguro, en la opuesta vereda; y sin exagerada prisa, con un niño en cada brazo, dando la mano á la *lady*, cruza la calle. *Thanks!* (gracias) murmura la dama, sonrien los chiquitines y el policeman, sin aparentar oír ni ver; pero, oyendo y apreciando las *gracias* y la sonrisa infantil, agita de nuevo su vara milagrosa: un movimiento autoritario nada ridículo, sino *quite the thing*, y vuelven de nuevo á circular los ruidosos vehículos; en tanto él, grave, sereno y vigilante, continúa su pacífica tarea.

Las iglesias, no producen en Nueva York el mismo efecto que en las ciudades europeas, aún de menor importancia. Por lo general, son poco bellas, modernísimas y con el sello de construcción de ayer, que les quita gran parte de su encanto, no sólo arqueológico, sino estético.

En la América del Norte, como en la nuestra, el viajero no halla esos preciosos recuerdos históricos, revelados por los monumentos, por la fisonomía misma de las ciudades. Todo es allí obra del presente, nuevo, novísimo y exento de ese encanto misterioso que el tiempo imprime á las piedras, á los edificios, á las cosas.

La historia de ese país, como sus monumentos, es toda de ayer, de ahí la pobreza relativa que impresiona desagradablemente al viajero que llega

de Europa, si bien comprende toda la riqueza y poderío que esa parte del Nuevo Mundo encierra. Halla mucho que le sorprende; pero poco que le seduzca.

La nueva catedral que acaban de construir á su costo los católicos de Nueva York, es bella y lujosísima. Toda de mármol blanco, tallada con gran primor, recuerda un tanto la Santa Sofía de Constantinopla, atrae las miradas del viajero desde luego, lo deslumbra de lejos por su blancura nítida y su corte admirable.

En general, los templos son góticos, de un gótico moderno, que sólo ha conservado de aquel orden arquitectónico, tan bello y adecuado al pensamiento religioso de la Edad Media, el corte agudo de sus torres y ese estrechamiento perfilado del conjunto, prescindiendo de adornos, molduras, y de ese mundo de estatuitas, gárgolas, rosetas, grifones y agujas, que son al orden gótico, lo que las hojas de acanto al *corintio* y la columna estriada al *dórico*.

Las *churches* de Nueva York, de un gótico desnudo, sin galas, son escuálidas, frías, como el culto á que están dedicadas, y desde luego me fueron antipáticas. Quiero hacer una excepcion, en favor de una, cubierta de graciosa yedra, colocada á la derecha en Broadway, al subir hácia Union Square; no recuerdo su nombre y no me importa. Esa iglesia gótica, que más bien parece la capilla de

un cementerio, vista á la luz de la luna, evoca pensamientos de penetrante melancolía : es una protesta muda, en aquella ruidosa calle donde se agita y bulle el pueblo más vivaz de la tierra.

En cambio, las casas que son en los barrios lujosos, por lo general, de piedra oscura, de corte sencillo y elegante, revelan desde el exterior el *comfort* del hogar (*home*) inglés, y aún algo de más grandioso y vasto. Edificadas, como las de Inglaterra, sobre una serie de gradas elevadas, con el *basement* subterráneo, son de tres y cuatro pisos. Cada uno de éstos, tiene un uso particular. En los bajos, la cocina, el *laundry*, (cuarto para lavar y planchar) y en algunas casas de gente modesta, el comedor. Los ricos tienen en el primer piso los salones lujosamente amueblados, el comedor, la biblioteca, todo esto rodeado por un *hall* ó corredor enlozado de mármol blanco ó enmaderado con mosaicos tan relucientes, como los de un salon parisiense en verano. Las casas son dobles, con habitaciones en ambos lados, con grandes ventanas sobre la calle, que se cierran de arriba abajo, corriendo los cristales; el nombre de este sistema es odioso, por eso lo callo.

Los Americanos, como los Ingleses, gustan mucho de adornar sus casas con una ó dos ventanas más grandes que las ordinarias, á que llaman *bow window*. Son éstas unas aberturas que émpiezan en el piso y suben hasta el techo; en vez de estar como

todas las ventanas, ras con ras con la pared, avanzan hácia el exterior y forman una especie de cancel ó nicho, sobre la calle. El efecto es muy bonito en el interior, pues deja penetrar la luz desde arriba como en los *studi* de los pintores; y por fuera, rompe la monotonía de la línea recta.

Las *bow-window* tienen siempre ricos cortinados de brocato en el invierno, cuando el calorífero que viene del *basement* y mantiene la temperatura noche y dia á 71 grados Farenheit, hace olvidar el frio polar, que desola las calles y congela lagos y rios en la parte Norte y Oeste de la Union.

En el verano, blancos tules y leves muselinas velan la *bow-window* y la vuelven aún más misteriosa y atractiva. Flores en vistosos jarrones y lujosas macetas, mesitas con libros y chucherías, adornan aquel misterioso buen retiro de la americana *firtation*, tan grata cuanto peligrosa.

En el segundo piso están los aposentos con sus anchas camas matrimoniales, que la mujer norte americana, ostenta siempre, en las noches de recepcion, con sus dobles almohadones con fundas blancas, cubiertas de bordados y con la sábana lisa bien doblada sobre la colcha, invitando al reposo; sin que le ocurra siquiera, fuera más elegante y más púdico, velar esos misterios de la alcoba, con una sobrecama de oscuro raso.

En un ángulo del aposento vése indefectiblemente

el lavatorio, adherido á la pared, con sus dos llaves para el agua fria y la caliente; delante de la ventana, la mesa de *toilette*, cuadrada, ancha, cómoda, y cubierta de muselina con viso azul ó rosado, adornada con frascos y pomos con tapas de plata ú oro; y esos numerosos cepillos para el cabello, que más que el peine usan como las Inglesas, las rubias Yankees.

El gabinete de *toilette*, propiamente dicho, no existe allí. Está reemplazado por el cuarto de baño; pero en éste no hay sino la bañadera, tanto en las casas particulares, como en los hoteles.

Al último piso, están relegados los sirvientes y los niños: costumbre inglesa.

CAPÍTULO III.

En Broadway, hasta la altura de *Union Square* (plaza de la Union), en donde está una estatua de Jorge Washington, el gran patriota americano, obra que hace muy poco honor al gusto artístico de los descendientes de los puritanos, hay pocas casas particulares. Abundan tiendas, especialmente las suntuosas, *emporios* como llaman los Newyorkeses á esas lujosísimas construcciones, por el estilo de la tienda del archimillonario Stewart, que ocupa una manzana de las nuestras, ostenta mármoles como palacio florentino y reúne las novedades de toda Europa, desde medias de Escocia, como las calza la *graciosa* soberana de la Gran Bretaña, hasta las maravillas inéditas de Worth y Laferriere. Pero aún hace más aquel emporio, se da el lujo de pertenecer á un ciudadano, que siendo nombrado Ministro por el Presidente Grant, al inaugurar su gobierno, renuncia á la cartera, si ésta ha de ser incompatible, como lo era, con su oficio activo de tendero. Tal cosa no pasa sino en Estados Unidos.

Stewart ha dejado una fortuna que es la segunda del mundo, y, sin embargo, cuando sus dependientes, llegaban á la tienda con media hora de atraso, tenian que pagar una multa de *cinco dollars*. Puedo asegurar que la pagaban rara vez, pues *time is money*.

Pero, en cambio, ¿qué poder humano, qué mujer, por bella que sea, puede hacerse despachar en Estados Unidos, ni siquiera una vara de cinta, luego que dan las siete de la tarde, la hora oficial, asignada para la duracion del trabajo del empleado comercial? Ninguna! Yo lo he conseguido en Washington; pero, por quién? Por el dueño del establecimiento, que tuvo á bien, *por deferencia, hacerlo él mismo*.

Esto da á los empleados libertad para ocupar agradable y aún útilmente sus noches; pero entristece no poco las calles.

Las tiendas se cierran temprano, naturalmente, y el viajero suspira en vano por gas, animacion y vida, que solo se encuentra en los teatros, escasos relativamente á la poblacion de Nueva York, segun nuestras ideas; en los *Oyster's Saloons* y en esa serie de teatruchos de mala muerte y peor forma que abundan en *Broadway*, ostentando estrellas de gas, letreros luminosos y aún carteles transparentes, con figurones expresivos y nada artísticos.

Lo repito, el viajero no tiene, como en Paris, en Viena ó en Madrid, ese Madrid que parece despertar despues de las once de la noche, el recurso de pasearse por las calles como en nuestro país, tomando el fresco de la noche, si es verano, ó si es invierno, agitando la sangre, con el paso gimnástico, mientras que los ojos y el pensamiento se recrean, sin gastar un centavo, con las tiendas iluminadas y las vidrieras coquetamente adornadas para la revista de la noche.

En Nueva York es forzoso gastar, y no poco, ya en teatros, ya en espectáculos de un género ó de otro, si no quiere uno morir de tedio ó de dispepsia á fuerza de tomar helados ó *sherry-cobler*, la pasion de los Americanos y de sus bellas hijas.

Á mi llegada á Clarendon - hotel, ¡cuál sería mi asombro, al saber que todo el equipaje nos habia precedido y estaba ya en el *hall*, esperando para ser colocado en nuestros cuartos! Aquel milagro, lo habia realizado la Compañía Adam; esa *institution* (los Yankees llaman, por broma, *institution*, á todo invento útil), que como una red inmensa, envuelve en sus benéficas mallas á toda la Union y evita así la plaga de los viajes: el transporte del equipaje, preocupacion que envenena el placer de llegar y amarga el de partir, por la serie de alfilerazos inevitables que asestan al espíritu del viajero. Para apreciar todo el beneficio

de la *institution* « *Adam's Express Company,* » es menester, haber vivido como yo, algunos años en los Estados Unidos é ir luego á Europa, á luchar en Francia con los coches de galería, los carros ómnibus, el pesaje de los baules en la hora crítica de *tomar el billete*, ese momento psicológico que agita la bÍlis del *pater familia*, destempla los nervios de la elegante mamá, saca de quicio á los chiquitines que corren traviesos por el embarcadero, topan con el horrible *camion* atestado de baules y ponen á la infeliz institutriz, niñera ó correcta camarera, en serios aprietos.

No es posible pesar el equipaje sin tener los billetes, pero el *guichet*, aquella ventanilla misteriosa, en la cual fijan ávidas miradas los apeñuscados viajantes, no se abre sino diez minutos ántes de la salida del tren.

En Francia, país de reglamentacion excesiva, la operacion es todavía más practicable, sin sufrir un exceso de emociones crueles. Ay! Pero en España, en Inglaterra, es como para desarrollar una neurosis crónica.

« ¡Quién pudiera viajar sin equipaje! » exclaman los viajeros, en todo el Continente Europeo.

Los Yankees han realizado ese conato, ó mejor dicho, la Compañía Adam, mediante aquellos famosos cuadritos de bronce. Carros con buenos caballos, excelentes empleados : el misterio no es

otro. En cuanto al importe, el hotelero lo incluye así en su cuenta: *Trasporte de equipaje*; y el viajero paga, y paga con agrado.

Cuando he sugerido en Europa la idea de una Compañía por el estilo, háseme objetado, la dificultad invencible, que oponen las Aduanas de nacionalidades diversas y de exigencias idénticas, de que está la Europa surcada. En nuestro país, la cosa sería facilísima, extendiéndola como la Compañía Adam, á trasporte de encomiendas, no sólo en la Union, sino con correspondientes europeos.

La vida de hotel en Estados Unidos, no se parece á la de ningun otro país; hay holgura, facilidades y ventajas, que constituyen una de las especialidades de la Union; cierto es que sólo allí se ve este fenómeno curioso por demas: familias enteras que toda su vida han vivido de hotel en hotel.

Matronas he conocido, graves y reservadas, que me han dicho estas palabras: « Cuando me casé con John, tomé el tren en Baltimore, vinimos al hotel en Nueva York, nos alojamos en el espléndido *cuarto de los novios*, que debe Vd. visitar; y luego, tomamos éstos, que desde entónces ocupamos. »

La dama en cuestion llevaba por lo ménos dieciocho años de vida conyugal, á juzgar por el desarrollo de dos preciosas rubias, que ostentaban vistosas *toilettes* y elaborados peinados, con ese desenfado y gracia, peculiares á la mujer

norte americana. Mina y Jenny habian nacido y crecido bajo el techo hospitalario del *New York-hotel*. Más tarde trataré de estudiar la influencia de ese género de vida, en las familias, y en las costumbres de la Union.

Por lo general, en el hotel se paga un precio redondo de ocho á diez dollars por persona; y se tiene derecho á un cuarto cómodo con baño, etc., almuerzo desde las ocho hasta las once, lunch de la una á las tres, comida á las seis, té de las ocho á las diez y cena hasta las doce y media.

Es asombrosa la liberalidad en las listas de las diferentes comidas (*meals*) á que dan derecho los tales ocho *dollars*. Para empezar, té, café, chocolate, con esa serie de panes calientes de todo género, que hacen las delicias de los Americanos y que yo hallo execrables, pero ésto es cuestion de gusto.

En el almuerzo propiamente dicho, ofrecen huevos, hechos de más de seis maneras, carne igualmente variada en su aderezo, con legumbres diversas y la opción á té, café ó chocolate. El vino no se incluye nunca en el *bill of fare* (lista de comida); pero sí, en cambio, una abundancia de agua helada pasmosa.

El lunch, que es frio, se encuentra servido en el vastísimo comedor, y el viajero toma lo que mejor le cuadre. Á esas horas sólo se ven algunos negros, vestidos de blanco, invierno y verano, ya sea abanicándose con grandes pantallas de paja, ya

asomándose por las puertas á mirar á la calle; que en vez de la obsequiosa amabilidad con que acuden por la mañana al menor signo, responden con distraccion y á veces continúan *sentados* leyendo un diario. Es la hora de la huelga, una huelga relativa; pero cuyos efectos los siente el viajero.

El ceremonial del almuerzo, más complicado, ofrece una fisonomía bastante curiosa, en los hoteles que son verdaderamente *yankees* y que no afectan formas europeas. Y digo afectan, porque con los criados que florecen en la América del Norte, tratar de hacer las cosas con la correccion que éstas se hacen en Francia, en Inglaterra ó en Italia, es problema insoluble.

El *head waiter* (mayordomo) es por lo general un negro viejo, robusto, de andar acompasado y que reviste un frac estrecho y algo lustroso, sobre un chaleco de piqué más ó menos blanco, según la hora; lleva corbata igualmente dudosa y anchos guantes de algodón. Este personaje importante, tiene bajo sus órdenes un enjambre de negrillos de todas tallas y edades, que marchan detras de él con paso militar y cómica gravedad.

La obsequiosidad del *waiter* (mozo de hotel) de los Estados Unidos, no tiene rival. «Cómo está Vd., Mr. Minister?» dicen, alargando la mano para estrechar afectuosamente la del incauto que, ya por

distraccion, ya por creer que tal conviene á su dignidad en país democrático, le tiende la suya.

Infatigables los risueños negros, ofrecen para el almuerzo *oysters*, aderezadas de más de diez maneras, y toda clase de mariscos, que los Americanos devoran en cantidades fabulosas.

El extranjero poco acostumbrado á esa clase de alimento matutino, que pide simplemente costillas ó un *beefsteak*, causa á los retintos *waiters* una sorpresa mezclada de cierto desden; y á veces, hay que repetir la órden, con voz de mando.

Increible es la cantidad de ostras que se consume en los Estados Unidos. *Oysters* es la palabra, el grito que llama la atencion del viajero que llega en Otoño: *Oysters, oysters!* se oye repetir en todos los tonos en las estaciones de los ferro carriles á los muchachos, que alternan con los vendedores de diarios y *candies* (dulces) tan malos y poco dulces para un paladar de los nuestros, cuanto deliciosas son esas ostras fritas, envueltas en biscocho rayado, colocadas en capas superpuestas en cajitas de carton, que, calientitas y apetitosas, vienen á dejar grato contentamiento en el recuerdo y en el estómago del viajero famélico.

El viajero tiene siempre buen apetito. Será la locomocion? Qué será? Los niños devoran en viaje; y los grandes ansían por llegar á la estacion.

Brillat Savarin ha dicho: *Dime lo que comes, te*

diré lo que eres. Apoyada en este axioma, voy estudiando al pueblo americano con cierto detalle, hasta en sus alimentos. Es éste aquel que consume mayor cantidad de mariscos, *frutos de mar*, como dicen los Italianos. Las preciosas niñas yankees de delicadísima tez y delgada cintura, se alimentan especialmente de ostras, cangrejos y langostas. Nunca podré olvidar el asombro que me causó en mi primer comida, en el hotel de Nueva York, ver devorar á una elegante muchacha de dieciocho años, la mitad de una langosta, chupando hasta las antenas, con una delicia, que con elocuente expresion se trasparentaba en su bellissimo semblante.

El pueblo inglés vive, no de *roastbeef*, como vulgarmente se cree, sino de papas y de aguardiente, que esa tan mentada carne inglesa, no la prueban los pobres; y ellos forman el pueblo.

En los Estados Unidos, las ostras bajo forma de sopa que se vende por las calles á un precio ínfimo, en grandes tarros de lata, como lo eran en otros tiempos los de nuestras mazamórreras, es la base del alimento del pueblo.

En las tertulias naturalmente, se sirven ostras; eso sí, la diversidad en la manera de condimentarlas es en extremo variada; y fuera de ese país, nunca las he comido más sabrosas, pues las famosas de Ostende, delicia del Parisiense, se comen tal cual las produjo el mar.

La tortuga de tierra (*terrapin*) forma igualmente uno de los alimentos favoritos de los Americanos; hacen con ella una especie de bodrio, que además de insípido y de apariencia grosera, tiene el inconveniente de ser malsano, como ciertos hongos: la terrapin suele ser venenosa.

Causa dolor ver á esas rubias, transparentes, poéticas Yankees, vestidas de encajes; deslumbrantes de lujo y atavio, verlas digo, sentadas prosáicamente en esa actitud femenina que permite apoyar un gran plato sopero sobre las rodillas, un tanto separadas. Solo el realismo de Zola, puede dar acabada idea del espectáculo, del olor, del ambiente, que rodea á esas bellas mujeres escotadas y coquetas. Devoran por cucharadas el líquido negrusco en el cual flotan grandes pedazos de carne resistente, ajitando á la par que sus dorados rizos, sus activas mandíbulas.

«Estoy desesperado!» me dijo una vez un enamorado Secretario de Legacion. «He llevado á Nelly, crema y plantillas; y me ha pedido otra vez tortuga y ostras. Me voy!» Y lo hizo como lo decia. Tuvo razon.

Esas mujeres que parecen vivir del aire, como nuestras orquídeas del Paraná, comen y beben como héroes de Homero. Y, sin embargo, lo primero que preguntan, á las demas mujeres, cuando tienen confianza, es: «¿Cuántas libras pesa Vd.?

Yo no peso sino tantas.» El mérito estético para ellas, está en razon directa de su poca abundancia de tejido celular. No les falta razon, hasta cierto punto; pero á veces las bellezas yankees carecen de ciertas redondeces atractivas, que tienen su razon de ser.

Curioso es y vale la pena de estudiarse bajo el punto de vista higiénico y fisiológico, la influencia de las ostras, las langostas y las tortugas, acompañadas de mucha agua helada, un poco de champagne, aguardiente y menta, bajo forma de *mins julep* sorbido por una paja. En otra raza los efectos serian aún más dasastrosos.

La *dispepsia* crónica, que destruye el mejor estómago, es uno de los males reinantes en los Estados Unidos; el abuso del hielo y del pan caliente contribuyen no poco á desarrollar tal enfermedad. Además, el Americano vive mucho de jamon frio. En la *City*, ese lugar donde bulle la gente ocupada, comerciantes, bolsistas, hombres de negocios y hombres de ley (*men of law*) como abogados, procuradores y toda esa *gens* de ley, como decian los Latinos, el almuerzo y el lunch consisten en ostras, sandwichts de pescado, jamon y aún carne, que comen de pié, no sólo los pobres dependientes y ministriles, sino los opulentos banqueros de la Quinta Avenida y los abogados más famosos del foro newyorkes.

Time is money; y el *bar room* en el cual se encuentra á mano, comida y bebida, *sin sentarse*, es preferible á todo, cuando el tiempo precioso escasea y hay que economizarlo. Esas comidas malas, indigestas, hechas así, de paso, pensando en cosas ingratas y aún á veces crueles, producen más tarde atroces gastralgías ó dispepsias, que ni Vichy, ni Ems bastan á curar. La naturaleza tiene exigencias imprescindibles y faltar á una sola de sus leyes, es procurarse más tarde terribles arrepentimientos; de todos los acreedores, es el más desapiadado: suele cobrar tarde; pero, cobra siempre.

CAPÍTULO IV.

No es posible hablar de los Estados Unidos, sin penetrar un tanto en su vida política.

Los hombres que iniciaron el movimiento que desprendió los Estados Unidos de la metrópoli inglesa, bien merecen se les dedique un capítulo especial. Aquellos lectores que de la Historia no gusten, pueden saltarlo; no por eso comprenderán ménos bien mis impresiones de viajera.

Hace poco más de un siglo, la Inglaterra no era lo que es hoy. La Australia, colonia de ayer, disfruta de las inmensas ventajas que la experiencia y la marcha de las ideas, han impreso en la mente de los estadistas británicos.

Cuando en 1773 estalla el movimiento revolucionario én Boston, una de las trece colonias inglesas que en el nuevo mundo existían, el grito de los patriotas norte americanos fué: *Franquicias, libertad.*

La metrópoli inglesa, abusando del floreciente estado de sus colonias, las oprimía por medio de impuestos onerosos, sobre materias de gran consumo,

como el té, el vidrio, el papel y los sellos, y pretendia aumentar con exceso la propia riqueza, pesando por demas sobre pueblos jóvenes; y, relativamente á la inmensa riqueza de Gran Bretaña, pobres.

El poeta Quintana, con filial ternura, disculpa así las faltas políticas de su patria: *Error fué de los tiempos, no de España*, dice; este verso que encierra un pensamiento profundo, puede aplicarse igualmente á la Inglaterra de entónces.

El gabinete británico del siglo actual, ha adelantado, ha aprendido mucho; y si aún le vemos con harta frecuencia, mantenerse fiel á los propósitos de un egoísmo frio, elevado á credo político, en aquella tierra clásica del mercantilismo, no obstante, hoy el equilibrio europeo, creacion de ayer, sirve de valla á esa insaciable ambicion, amparando los débiles.

Los patriotas Americanos, lucharon contra la madre patria por todos los medios á su alcance. Sus mujeres se privaron voluntariamente de lujo y aún de lo necesario, pues para los Sajones el uso del té y del aguardiente, es como todos saben, necesidad apremiante. Las Norte americanas, tanto las de origen sajón, como las de origen latino, soportaron intrépidas toda clase de privaciones, ántes que consentir en pagar aquellas odiosos impuestos.

« El entusiasmo », dice un escritor de la época,

« era portentoso y todos á una concordaban en este pensamiento: *Primero la muerte que continuar siendo esclavos de la Inglaterra.*

Corta pero terrible fué la contienda; y en 1775, en la batalla de Bunker's Hill, los Americanos obtienen sobre los Ingleses, tan espléndida quanto inesperada victoria.

El primer Congreso americano se establece en Filadelfia; éste da el mando supremo de los ejércitos al general Jorje Washington, y por último, las trece colonias inglesas declaran su independendencia el 4 de Julio de 1776.

Un año despues, con la rendicion del general inglés Burgoyne, en Saratoga, los insurrectos obtienen la tan anhelada supremacia y la gran Bretaña empieza á comprender que el pueblo americano se le escapa.

Animada entónces la Francia por ese soplo de libertad, que agitaba los espíritus, en los albores de su gran revolucion, hace un tratado ofensivo y defensivo con la naciente Union y tanto en tierra como en el mar, le presta su poderoso auxilio. Lafayette, Rochambeau y tantos otros oficiales franceses distinguidos, sellan con su sangre generosa esa alianza entre el trono de San Luis y los descendientes de los puritanos de Cromwell.

Llega luego el momento en que la Inglaterra se ve en la necesidad de reconocer la independendencia

de los nuevos Estados, aceptando la paz, y ésta se firma en Paris, el 3 de Setiembre de 1783.

Ya pueden, ya deben los Americanos pensar en darse una forma de gobierno, que encierre ese ideal político á que aspiran los espíritus como Adams, Jefferson, Madisson y tantos otros patriotas.

La Constitucion se establece; y Jorje Washington es investido por sus conciudadanos con el título de primer Presidente de los Estados Unidos.

El descreido lord Byron ha cantado la gran figura americana, llamándole: *The first, the last, the best. El primero, el último, el mejor.*

Durante sus dos presidencias, Washington, que fué elegido por segunda y aún por tercera vez, da ejemplo de una honradez y altura políticas, que no han sido sobrepasadas ni aún igualadas, por ninguno de sus sucesores. Era noble de origen, gran señor de corazon, patriota y abnegado, hasta el punto de sustraerse á los altos honores de la suprema dignidad política, por enseñar á sus compatriocios el desinterés y virtudes cívicas.

Rodeado de personalidades marcantes, de hombres de un mérito incontestable, el primer Presidente de los Estados Unidos realizó en breve tiempo grandes adelantos para su país, y causó el asombro de los pueblos europeos, que con cierta natural desconfianza, seguian los pasos de la naciente Union.

Diplomático hábil, aunque no amigo agradecido, cuando en 93 la Inglaterra declara la guerra á la Francia, Washington se apresura á establecer la neutralidad de los Estados Unidos y acredita así, lo que más tarde ocurre en la terrible lucha de la Alemania y la Francia, es decir, que los dioses, que segun Platon, escogieron el Egipto para nacer en él, por existir allí una ley contra la ingratitud, de seguro, no hubieran dado tal preferencia á *Yan-keeland*.

Los Estados Unidos, cuyo vasto territorio se halla colocado entre los dos Océanos, abraza todas las zonas. Cruzado por diversas cadenas de montañas, como los Alleghany y los Montes Azules, que se extienden paralelamente al mar, es uno de los países más bellos y pintorescos que puede verse. Las montañas Rocallosas separan la Union Americana de México y van luego á dividirse en dos, formando la meseta de México, que toma el nombre de Sierra Madre, y por el Oeste la Sierra de Potosí. Surcado por vastos rios como el Misisipi, el San Lorenzo, el Oregon y esa serie de lagos, como el Michigan, el Superior, el Erie y el Ontario, ofrecia á los patriotas los elementos de riqueza, que más tarde han convertido esa nacion en una de las primeras del mundo, no sólo por su opulencia y feracidad, sino tambien por su belleza.

Es pasmosa y de un efecto admirable, la cantidad

de canales, que como red de cristal, cubre el territorio americano. El silbido de las locomotoras, alterna sin cesar con el de los vapores que cruzan de día y de noche por ríos, lagos y canales. Donde uno ménos piensa, se encuentra con el agua, ese elemento de vida, sin el cual, como decia un gran pintor flamenco, *todo paisaje está muerto*.

De suerte que, tanto en la iudustria, como en la estética de la naturaleza, el mismo fenómeno produce idénticos efectos: belleza y riqueza.

CAPÍTULO V.

Después de este rápido boceto de la historia de los Estados Unidos, me ocurre ser del caso hacer una comparación, igualmente rápida, entre los prohombres que crearon las libertades norte americanas y aquellos que, continuaron más tarde practicando y gozando de esas libertades.

Mr. Laboulaye dice, que los « Norte americanos aman, sobre todo, su Constitución y que así como otros pueblos se agrupan en torno de su bandera, el Yankee, prefiere al constelado pabellon, su Constitución. »

Yo pienso que tienen razón, dada la índole de ese pueblo práctico y nada sentimental. Esa Constitución, para ellos ha resultado ser perfecta, pues al través de las vicisitudes de todo género, que ha atravesado, se ha mantenido siempre la misma, sin que á nadie ocurriera la idea de modificarla, de alterarla.

Indudablemente, al leer los nombres de los diversos Presidentes que han tenido los Estados

Unidos, se nota un decrecimiento marcado en las personalidades. Otro tanto acontece con sus Congresos, sus magistraturas y sus municipios. Se diría, que á medida que la Union crece, se vigoriza y centuplica su poder, que su comercio rivaliza con el de la Inglaterra, y llega un momento en que disputa á la antigua metrópoli la supremacia de los mares, sus hombres van perdiendo, no sólo el prestigio del talento, sino aún algunas de esas virtudes del patricio, de que hizo tan justo alarde Jorge Washington, *el primero, el mejor, el último.*

Politician, se llama hoy á aquellos, que un dia merecieron el sagrado título de *patriotas*.

El negociante, el industrial, esas fuerzas vivas de la Union Americana, desprecian á los politiqueros, y sobre todo, los aborrecen. Y, sin embargo, muchos tienen que ser aquellos á quienes tal nombre convenga pues por tal se entiende todo individuo que directamente tenga atingencias con la cosa pública. Y como en la Union, cuya contestura administrativa es en extremo complicada, varian incesantemente todos los empleados, pues con el cambio de Presidente, cada cuatro años, se renuevan hasta los porteros de la Casa Blanca, indudablemente el número de *politicians*, ya activos, ya pasivos, es numeroso. El mal, segun yo creo, consiste, no en la cantidad, sino en la calidad, porque cada candidato político, para triunfar, ofrece

sin reserva, empleos y puestos en el Gobierno.

Van, vienen, se suceden, se trasforman las Presidencias, en ese país, que como un médano movedizo, cambia sin cesar la fisonomía de sus administraciones; pero la Constitucion se mantiene siempre en alto, superior á todas las humanas flaquezas, á la fluctuacion de las pasiones, y dejando imaginar al soñador, que en efecto *el Espíritu Santo descendió sobre los patriotas congregados en Fildelfia*. Hé ahí el verdadero *palladium* de la gran nacion: la fe en sus instituciones, que son para ellos la última palabra de la perfeccion política.

Con no poco *esprit*, el autor de Paris en América, dice: «Nosotros los Franceses, en cuanto nos hallamos en algun apuro político, lo primero que nos ocurre es *modificar, cambiar*, hacer otra Constitucion.» Ojalá que los Argentinos tengan siempre presente tales peculiaridades, que constituyen toda la fisonomía política de esos dos países.

Sin sombra de exageracion puéde llamarse á la nacion americana, la más conservadora del mundo, salvo la inglesa; los Yankees no son en realidad sino Ingleses republicanos, y su amor á la tradicion es herencia de John Bull.

En sus hábitos, en sus ideas, en sus preocupaciones, el Norte americano es el Inglés, pues de todas las razas que han concurrido á la creacion de los Estados Unidos, la que hasta hoy le ha

impreso más profundamente su sello, es la del Reino Unido.

Entre nosotros, la fusion de las diversas razas europeas que á este suelo acuden, se ha efectuado más por completo: y el cosmopolitismo ha ido borrando las costumbres, los gustos, de la madre patria.

Aún en el idioma, se nota en Estados Unidos la anarquía que entre nosotros impera con relacion á la Lengua de la metrópoli. El inglés de los Yankees es nasal, y se halla en antagonismo de pronunciacion con el de los Ingleses. El Norte americano aspira la *h* despues de la *w*, miéntras que el Inglés hace todo lo contrario. Son la *c* y la *z* pronunciadas por el Español y descuidadas por el Sudamericano. Igualmente en la *u* y en la *r* hay gran diferencia de pronunciacion.

Es curioso, ver que se repite el mismo fenómeno respecto de ciertos verbos y nombres que, trasplantados á las Américas, cambian totalmente de sentido; sin que sea posible darse cuenta del por qué de tal metamórfosis.

Los Yankees pretenden hablar mejor que los Ingleses; nosotros no adelantamos tal proposicion: prescindimos de la España, como si la Lengua fuera nuestra propiedad exclusiva. Muy rara es esta divergencia en la identidad.

Daniel Webster, un Norte americano, escribe el

mejor diccionario inglés que se conoce, y el Venezolano Bello, hace aclamar su gramática en España. Pero diccionarios y gramáticas no constituyen la Lengua.

Los Americanos corrompen su idioma, lo prostituyen con mezclas de mucho alemán, algo de irlandés, un poco de frances y aún algunas frases pescadas en el español mexicanizado, como : *let us vámunus*, que quiere decir simplemente *vámonos* ó *si nos fuéramos*; hacer las cosas con *gosto* (gusto), palabra que sea dicho de paso, me han sostenido ser ellos quienes pronuncian, con la perfección debida.

Nosotros tomamos al frances muchos giros y palabras y al italiano cuanto nos ocurre. Cuál será en el porvenir el resultado de tales anarquías? Es de preverse una dislocación gramatical completa, que hará espeluznarse de horror á los puristas, ya cada dia más escasos en el mundo. Pero como decia Voltaire: *Quelqu'un qui a plus d'esprit que moi c'est tout le monde*; y según vamos, la democracia por el número llegará quizá hasta imponer sus giros lingüísticos.

No quiero terminar este capítulo, sin hacer observar una similitud notable, que encuentro entre el Sajon de Europa y el trasplantado al Nuevo Mundo.

Dolorosa es la historia, que llamaré privada, de los Estados Unidos, en contacto con esas tribus

salvajes, que poblaban los territorios de Nevada, Colorado, etc. Así que el Yankee tuvo una existencia política asegurada, no se contentó ya con comprar, como en otro tiempo, tierras á los indígenas, decidió destruir la raza por todos los medios á su alcance. Muerte, traicion y rapiña, han sido las armas con las cuales los han combatido; promesas y engaños, hé ahí su política con los hijos del desierto.

« Dos justicias, » decia el *Times* de Lóndres, en su cuestion con el Brasil, « una para el fuerte, otra para el débil. » Y sus descendientes han sido fieles á tal pensamiento, más cínico que evangélico: el fariseismo político de los Sajones ha hecho su camino, y la gran nacion va adelante con su *go a head*, destruyendo, pillando, anexando.

Existen en la Union, no obstante, comisionados, delegados y toda especie de empleados, en el Ministerio del Interior (*Indian Department*) cuya única mision es enriquecerse, robando sin pudor la pitanza de los pocos indios que aún quedan, y con los cuales la Administracion mantiene aparentemente buenas relaciones.

El Gobierno lo sabe, lo tolera; diré más, lo aprueba; y cuando quiere proteger á algun *good friend*, le nombra delegado del *Indian Department*.

Más de una vez he oído á algunos hijos de la Union, de corazon generoso, deplorar tan terribles

abusos; pero esas eran gotas de agua que iban á perderse en el vasto océano de la complicada máquina gubernamental de la gran nacion.

Los Sajones que se han mezclado empero, con la raza negra, hánse mantenido distantes de los Pieles Rojas, con una antipatía digna de preocupar á los antropologistas, y que debe indudablemente tener una séria razon fisiológica.

Dicen algunos pensadores, que esta separacion, esta antipatía congenial, es una de las causas del engrandecimiento de los Estados Unidos. Yo no sé hasta qué punto tengan razon.

Cuando he visto caciques Rojos, sentados á la mesa del Presidente de los Estados Unidos, en esa actitud reservada y digna, acompañada de un mirar melancólico y profundo, tan penetrante, he sentido respeto y enternecimiento por los descendientes de los dueños de la tierra, que hoy ocupa la Union, despojados, desdeñados, engañados por hombres que profesan una religion de igualdad y manse-dumbre, y que, sinembargo, no practican el principal de sus preceptos: la fraternidad. No se me acuse de sentimentalismo, ó mejor dicho, écheseme en cara el sentir, no me será disgustoso.

CAPÍTULO VI.

No es posible estudiar, como simple viajero á los Estados Unidos, ni dar una idea de los móviles del Sud, al levantarse contra la Union, sin echar una mirada rápida sobre su historia y forzosamente tambien, estudiar los elementos que formaron en su origen la Union Americana.

Pueblo de ayer, ha alcanzado en un siglo, portentoso progreso, nivelándose hoy, por su grandeza y poderío, con las más grandes naciones de Europa.

En 1497, los hermanos Gaboto descubren las primeras costas del Continente Norte Americano, y los elementos que allí llevan son una mezcla de Españoles é Italianos.

Ponce de Leon llega algunos años despues á la Florida; y Españoles y Franceses forman en su origen la poblacion de ese Estado.

En 1602, se establecen los Ingleses en Virginia y figuran en primera línea, hasta 1614, los Gosnol, Hudson y Smith. Entre tanto, los Holandeses

colonizan á Nueva York y le dan nombre: Nuevos Países Bajos.

Perseguidos sin piedad los puritanos en la Gran Bretaña, abordan las orillas del Massachusets en 1620: y poco despues los Suecos fundan el Delaware.

El Maryland, el Connecticut y el Rhode Island, debieron sus primeros habitantes á las persecuciones religiosas. Los peregrinos plantan en tierra vírgen la semilla, que debia fructificar en el Nuevo Mundo, y dar por resultado final esa aspiracion hácia un ideal de libertad, que los compañeros de Oliverio Cromwel, persiguieron hasta manchar el Libro Santo con la sangre del Rey Cárlos I.

El elegante y frívolo sucesor del decapitado Stuart, regala en 1662, al Conde Clarendon y á otros nobles señores, todo el país que más tarde forma las dos Carolinas. Contrasta con estos nobles caballeros, Guillermo Penn el cuákero, á quien, igualmente dadivoso el Rey Cárlos II, hizo presente de toda la comarca que, tomando el nombre de su fundador, se llamó Pensilvania.

Una Compañía Inglesa se establece luego en la Georgia, bajo el reinado de Jorge II.

En 1683, el Frances De la Salle parte del Canadá, posesion francesa y bajando el Misisipi, toma posesion de la Luisiana en nombre del Rey Luis XIV. En 1717 la Compañía Francesa de Occidente

funda la Nueva Orleans, levantando en 1735 el fuerte de Vincennes, en Indiana.

Dice el escritor Americano Tucker: « Dividido el territorio entre dos naciones poderosas (la Francia y la Inglaterra), no tarda en volverse el teatro de una guerra sangrienta. » Guerra que dura siete años y cuesta á la Francia el Canadá, la Acadia y la isla del Cabo Breton.

Estudiando, pues, los orígenes de esa tierra clásica de la libertad, véense surgir en su comienzo, los elementos heterogéneos que preparan para más tarde, la gran escision que toma cuerpo y produce lo que los patriotas del Norte han denominado *el gran escándalo*.

Tenemos, pues, un conjunto como origen del Sud, de nobles caballeros Franceses; y en el Norte ceñudos y no ménos aristocráticos puritanos Ingleses. Católicos fanáticos y protestantes intransigentes, hé ahí las dos grandes líneas, las dos antítesis que más tarde darán por resultado el Virginiano y el Yankee, es decir: el secesionista Jefferson Davis, los intrépidos Lee y Bauregard, en pugna con esos patriotas ilustrados é intransigentes de la nueva Inglaterra, que no sacrifican medio á la sujecion del Sud: lo destruyen; pero triunfan.

Abraham Lincoln, Sheridan, Sherman, Butter, Grant y otros, son los descendientes de esas razas

mezcladas de Suecos perseverantes, Holandeses pacíficos pero tercos, é Ingleses de la clase media, que compusieron el elemento matriz de donde debia surgir la raza que se da á sí misma el nombre de Americana, y no consiente en que los Latinos, que hemos formado tambien nuestro mundo, en este hemisferio, nos llamemos sino Hispano americanos.

Intolerantes y orgullosos, como severos puritanos, los hijos de la Union no creen sino en sí mismos, y ni siquiera dan fe, ni hacen justicia, al progreso real de nuestras Repúblicas. Nosotros les llamamos, con cierta candidez, *hermanos del Norte*; y ellos, hasta ignoran nuestra existencia política y social. Bien entendido, no me refiero en ésto á la cancillería de Washington, si bien, más tarde, narraré algunos incidentes cómicamente tristes, que me han ocurrido con Senadores y Diputados de la Union.

Á mi llegada á Nueva York, apénas comenzaba la guerra de secesion y con el correr de unas pocas semanas, la agitacion de los ánimos cobraba notables creces. El tiple grito de los boletineros que anunciaban la marcha de los acontecimientos resonaba sin cesar; boletines que el pueblo newyorkes devoraba con avidéz y pagaba á precios muy elevados. Y en las puertas de los hoteles veíanse agrupamientos de hombres, que permanecian

allí hasta la hora de cerrarse, entrando y saliendo al *Bar room* (sitio donde se venden bebidas en los hoteles y fuera de ellos). No se oía, sin embargo, una palabra más alta que otra. La raza sajona, para conversar y aún discutir, no eleva nunca, como la latina, el diapason de su voz; sobre todo, no gesticula, salvo para aplicar un puñetazo, *última ratio*.

El Sud habia lanzado su manifiesto atrevido, retando al Norte y acusándole de haber faltado á sus pactos, en estos términos: « Nosotros afirmamos que catorce Estados deliberadamente se han rehusado desde muchos años atras, á llenar sus compromisos, y en prueba de ello, nos remitimos á sus propias leyes. »

Sigue una larga y minuciosa explicacion, acerca de la manera cómo el Norte, ó el Gobierno General mejor dicho, en menoscabo de los derechos de los Estados, se ha abrogado el « derecho de decidir de la conveniencia de nuestras instituciones domésticas, (las del Sud) denunciando la esclavatura como un pecado ante Dios, derecho reconocido por la Constitucion. »

La querella entre el Sud y el Norte aparentemente basada en la cuestion de la esclavatura, y en este derecho proclamado por el Sud que « siendo el gobierno un contrato, la obligacion es recíproca, y que cuando una de las partes se niega á cumplir

lo estipulado, la otra se halla desligada de su obligacion » tenía más hondas raíces.

El partido democrático, que, desde el Virginiano Washington se había mantenido en el poder; con el advenimiento del republicano Lincoln, siente escapársele toda supremacía, á la par que, surge el gran problema económico de los proteccionistas y sus rivales los libre-cambistas. Antagónicos por demas, eran á la sazón los intereses económicos, las miras de ambos contendientes.

Representaba el Sud la aristocracia, que de otra suerte no puede llamarse, ese grupo de opulentos plantadores, dueños de aquel suelo. Vivían éstos en muelle ociosidad, explotando exclusivamente el trabajo de sus esclavos, para el cultivo del algodón, del café y del azúcar, las primordiales riquezas de los estados esclavatistas.

Esos soberbios dueños de la tierra, cuyos riquísimos ingenios contenían millares de negros, extendiéndose leguas y leguas en la comarca, representaban en la Union el lujo señorial, la elegancia de maneras hereditaria, y esa cultura del espíritu, que tan bien se hermana, con el ocio y las riquezas. Hemos visto al General Bauregard y al General Lee, desplegar talentos militares en la desigual lucha con el Norte, que han pasmado á los Europeos.

Ocupado hasta entónces, puramente, de enrique-

cerse por medio de la industria y de la inmigración, crecía el Norte sin preocuparse por demás, salvo en la Nueva Inglaterra, de pulir sus maneras ó refinar sus hábitos. Aquellos elementos eran, sin embargo, más homogéneos que los del Sud, en el cual la esclavatura, destilaba lentamente, gota á gota, su disolvente veneno.

Compuesto especialmente el Norte de Alemanes industriuosos, é Irlandeses entusiastas y trabajadores, se desarrollaba y robustecía gradualmente, por la fuerza natural de las cosas; miéntras que el Sud, con el trabajo impago de sus esclavos, que enriquecía sólo á los amos, no creaba esa fuerza real, ese sentimiento de apego al suelo, que es el elemento vital de una nación.

En realidad, el Sud debía caer, como caerán siempre las sociedades compuestas de amos y esclavos. El pobre, y la clase media, son los elementos constitutivos de todo pueblo. Aquel que espera, trabajando, llegar á formarse un bienestar para sí y los suyos, ese tiene en su corazón las fibras del ciudadano. El que espera, ama; el que ama, lucha y defiende el suelo en donde trabaja.

Sin embargo, levántase el Sud contra el Norte; pero, ese movimiento artificial, debía dar los resultados que dió; no sólo por la magnitud de los medios para contrarestarlo, con que contaba el Norte, que era la parte sana, la parte viva de la

Union, sino porque en el Sud no habia pueblo, propiamente dicho.

Aquella aristocracia tenía que perecer á manos de las fuerzas vivas concentradas durante tres cuartas partes de siglo en el Norte industrial y en el Oeste ganadero y aventurero.

Reasumiendo estas consideraciones, creo que naturalmente el Sud debía separarse del resto de la Union, de la cual entró á formar parte más tarde que los trece Estados, por los elementos constitutivos de su esencia aristocrática y climatérica, y que la cuestion económica y de supremacia política, no fué sino un resultado lógico ó una accion paralela.

No cabe en mi propósito, estudiar mas detenidamente este problema. El Sud hoy ya no existe, es decir, el Sud de los sudistas; el hierro, el fuego y la persecucion, acabaron con él. Las elegancias, los lujos, los ocios de Nueva Orleans y sus rivales, pasaron, como pasa todo, cuando llega el momento histórico.

Los esclavos están libres y los señores empobrecidos. Richmond, envuelto en el humo del incendio, cayó luchando heroicamente por una mala causa.

Mucha sangre, muchas lágrimas han corrido; pero, como decia el Convencional: *Se ha salvado un principio.*

Pobre Sud! Á pesar de sus faltas, del látigo cruento con que azotaba las espaldas de sus negros, era simpático. Lo compadezco y le dedico aquí un latido de mi corazón femenino.

CAPÍTULO VII.

Cuando el Sud retó al Norte, éste no tenía soldados, pues los Estados Unidos, luego que hubieron terminado la guerra de emancipacion, no gastaron un solo dollar en ejército.

El conflicto era grande; y todos saben que en los primeros encuentros, el Sud mostró su inmensa supremacia.

Jefes, la Union no los tenía, sino viejos, como el General Scott, que fué el encargado por el Presidente Lincoln, de levantar un ejército, es decir, de improvisarlo.

¿Cómo se verificó este propósito del Gobierno? Haciendo el llamamiento general á las armas, deramando el oro sin escrúpulos, enganchando tropas mercenarias y dando grados, á todos los que se presentaban con el número suficiente de hombres, para formar una compañía: los Coroneles debian traer un regimiento. Así se improvisaron hasta los Generales; de suerte que terminada la

guerra, habia un número considerable de oficiales superiores.

Un chusco exclamó delante de mí una vez : «Aquí no hay sino Generales y fotógrafos.» Y aunque exageraba un tanto, mucho habia en ello de verdad. No obstante podria tambien decirse, que en la Union Americana todos son Jueces, Gobernadores, Generales ó Mayores, pues esos maestros de la democracia, cuando han desempeñado un cargo público, le conservan tanto apego, que no abandonan el derecho de continuar llamándose *Judge* ó *Governor*, etc. Honor que sus esposas son las primeras en tributarles, compartiendo el placer de ser llamadas *Mrs. Judge*, *Mrs. Governor*, (es decir : la señora Jueza y la señora Gobernadora). Todos los pueblos tienen sus flacos, y si el Europeo profesa gran amor á sus títulos, el Norte americano no le va en zaga : que sean los unos hereditarios y los otros no, la diferencia es insignificante.

Esto me recuerda un incidente que viene aquí de perlas, y en el cual figuraron dos distinguidos publicistas argentinos, cuyos nombres callo, por no pasar por *enfant terrible*. Cuando se trataba de estudiar la Constitucion Americana, para calcar sobre ella la nuestra, viendo en el texto «Governor Fish, Diputado por Nueva York, y Governor Morton, Senador por Indiana etc.,» pensaron y no poco discutieron el punto, que en la

Union, se podia ser Gobernador de un Estado y Legislador á la vez.

Imaginen hoy nuestros hombres de Estado, la confusion que tan mala inteligencia, hubiera creado en nuestra Constitucion.

Asistí á la revista magna, que tuvo lugar cerca de Washington, bajo las órdenes del prestigioso General Mac'Lellan, jóven rival que no tardó en dejar en la sombra al General Scott, quien con sus setenta años y su gran corpulencia, no era el jefe indicado para llevar á sangre y fuego esa guerra, que debia dar resultados tan terribles cuanto decisivos.

Aquellos doscientos mil hombres, no formaban un conjunto belicoso, eran individuos tomados al acaso, vestidos con uniformes caprichosos, cuya desigualdad de tallas mostraba no haber sido escogidos. Algunos de esos soldados, ni uniforme tenian; cuando mucho, un kepí abollado y el fusil con una mala cartuchera por toda insignia militar.

Aquel desfile interminable, por cierto, y del cual, como es de suponerse, sólo ví una parte, pues las sombras de la noche todo lo confundieron con su capa de tinieblas, nada de imponente tenía, sobre todo, para quien, como yo, llegaba de Francia, donde el ejército, á falta de otra cosa, brillaba por su apostura y el lujo de sus uniformes. El tiempo

iba á encargarse de mostrar la vacuidad de tales soldados; cierto es que debian batirse con el primer poder militar de la época.

Los Yankees lucharon unos con otros; eso sí, con todo el salvajismo de la guerra de recursos. Y aquí me ocurre recordar el dicho de un epigramático escritor uruguayo á cierto diputado Frances, que se burlaba de la facha de nuestros soldados: «Esos soldados,» le respondió oportunamente, «como los Europeos, saben matar y morir.»

Los trenes en los Estados Unidos, construidos exactamente como los nuestros, no se parecen á los de Europa, y tienen, sea dicho de paso, el inconveniente de poner á los pasajeros en excesivo contacto, cosa bien incómoda en una travesía larga. Yo, que no tenía idea de lo que me esperaba, al tomar el tren en Nueva York para ir á la Capital, viaje de ocho horas, me instalé muy contenta con mis muchachos en uno de los *cars*, como allí les llaman, mientras que mis compañeros masculinos, iban al *Smoking car* á pagar su tributo al dios cigarro.

Á poco andar entraron varios oficiales y se sentaron en grupo; mirándome con ese desenfado propio del militar nuevo, ufano de sus galones. Algunos instantes despues, uno de ellos sacó un cigarro, me hizo una cortesía y mostrándomelo dijo: *You d'nt object?* (Vd. no se opone?) Era

yo la única señora y sin reflexionar, contesté: *No*.

Cara pagué mi condescendencia; pues no sólo aprovechó de ella el cumplido Teniente, sino todos sus camaradas; viéndome muy pronto en la necesidad de abandonar el *car* por otro, donde no se fumara, acompañada de algunas risas más merecidas que cortesés; por parte del grupo marcial.

El Yankee, sin embargo, no fuma tanto cuanto el Argentino, pues en la Union, unos fuman el tabaco y otros lo mascan; costumbre odiosa y que desgraciadamente se hace extensible en el Oeste, hasta la clase más culta de la sociedad.

Pocos atractivos ofrecía la Capital de los Estados Unidos, en el comienzo de la guerra. Sus calles anchísimas y sin empedrar, eran casi intransitables; en el verano por el polvo, y en el invierno por el lodo y la nieve. Washington es la ciudad más polvorosa que conozco, después de Buenos Aires.

Al llegar á la Capital de la Union, á esa ciudad principal del Distrito de Colombia, á la cual dió su nombre Jorge Washington, la impresion es ingratisima; se siente un gran vacío. Nueva York, Filadelfia y aún la misma Baltimore, la ciudad de las mujeres hermosas, hacen esperar algo, que seguramente estaba léjos de realizarse, al llegar á la Capital de la magna Union Americana, en 1860.

Los bosques del Maryland, que para llegar á Virginia se atraviesan, son bellísimos. En el otoño los árboles que revisten tintes rojos, dorados y violáceos, toman una apariencia fantástica. Á medida que van perdiendo el color verde, los matices subidos, muy subidos, del ocre, rojo y mordoré, alteran las hojas y las abrillantan de tal suerte, que el bosque todo aparece como un inmenso ramillete de vivísimas flores. No ví nunca en la vegetacion nada más encantador y prestigioso, que esas hojas de otoño. Los Americanos tienen en gran aprecio sus *Autumn leaves*, y las conservan en albums, mediante un ligero barniz. La variedad es infinita; sus poetas las han cantado en todos los ritmos, y es tema obligatorio para los adeptos de las Musas. Longfellow ha hecho una composicion célebre, llamada *The Autumn leaves*.

En ninguna parte del mundo, he visto la transformacion de las hojas, como en Estados Unidos. Alguna vez en Francia, ciertos arbustos, truecan el verde, por un dorado caliente, como dicen los pintores, y un rojo pálido; pero que no llega al lujo de colorido de las *Autumn leaves*, á la par que, ciertas manchas negruscas, indican la muerte de la hoja. En Norte América, parece que una paleta mágica hubiera pintado con todo el brillo y el vigor de la primavera, aquellas hojas, que caen de la rama, tan frescas y vivaces, como si

la naturaleza despertara recién, en vez de prepararse á la larga noche del invierno del Norte.

Háse atribuido ese fenómeno, á la gran cantidad de humedad y vaporizacion de la atmósfera, en conjunto con un Sol, cuyos rayos son siempre muy fuertes, pues en esa latitud, en la América del Norte, como entre nosotros, el Sol calienta siempre por muy alejado que de la Tierra se halle.

Llegar á Washington, es ir en busca del Capitolio. El viajero no cesa de preguntar una vez que ha pasado Baltimore, cuándo se ve, y á qué distancia podrá divisar su blanca cúpula.

Inútil es hacer esfuerzos visuales; el edificio no se divisa sino cuando uno ha llegado, ha salido de la plataforma y se enfrenta, por fin, con la ancha avenida de Pensilvania. Ahí está el Coloso de mármol que parece tocar el cielo, con su cúspide elegante, rematada por una estatua dorada, que representa la América, bajo la forma de una india con el tocado americano y cintura de plumas.

El Capitolio es un edificio magno; muy bello como conjunto, que sintetiza, por decir así, la riqueza y poderío de la nacion americana. Sus columnas innumerables, de níveo mármol, de la mayor pureza, evocan el recuerdo de ciudades como Babilonia, Tyro ó Persépolis. Inmeuso por su extension, colosal por su elevacion, deslumbrante de blancura y nitidez, parece obra de civilizaciones

antiguas. Situado sobre una ligera elevacion, se destaca, esbelto é imponente á la vez, con un lujo de formas y materiales que ningun monumento moderno sobrepasa. El órden arquitectónico á que pertenece, es, creo, el composito; es decir, un composito fantástico, en el cual campea el eclecticismo, no siempre del mejor gusto; pero como conjunto, bello.

Dice Mr. Laboulaye, que los Americanos no aman sino su Constitucion. Esto es exagerado, siento reconocerlo, poniéndome en pugna con mi amigo el autor de París en América.

Segun mi sentir, el Americano se envanece, y ama sobre todo cuanto posee, su Capitolio. Oh! Es menester oir á un Yankee, decir: *Ha visto Vd. el Capitolio?* para comprenderlo. Hay en esa pregunta y en el tono con que es hecha, toda una revelacion. El Americano del Norte es el ser más vanidoso que he tratado, y su patriotismo se compone de mayor vanidad que amor.

Para, él *American* quiere decir: ciudadano de la América del Norte; no conoce otra América que la de la Union; el resto no lo toma en cuenta; los instruidos la desdeñan, los ignorantes la ignoran. Algo saben de México, y eso, porque dia á dia han ido apropiándose algun pedazo del antiguo imperio de Moctezuma; ya sabemos lo que fué y lo que es la California para el Yankee. Conocen el

camino á Centro América; pero de Sud América, que para ellos suele ser el Brasil, ay! qué poco saben! Y diré aún, que nada se les importa.

Cuando el Congreso de 1776 decidió levantar un monumento que fuera digno de albergar en él sus dos Cámaras, esa manifestacion viva de la democracia americana, su idea fué alzar un Capitolio, que superara las más grandes y bellas obras arquitectónicas de la Europa. La idea era grande y estrecha á la vez; el sentimiento de rivalizar con el Viejo Mundo, que guiaba en ese momento al Congreso americano, no carecia de puerilidad. Qué sucedió? Se construyó un edificio portentoso, de un lujo babilónico con la cumbre en el cielo, rodeado de casuchas sucias y enterrado en el lodo.

Pero aún ocurrió algo de más curioso; el Capitolio *debía mirar de frente á la ciudad*; y por un fenómeno extraño, del cual no han podido darme cuenta cabal, aquellos á quienes lo he preguntado, ésta se ha extendido por el lado inverso, hácia el Potomac, de suerte que la estatua de América, que termina la atrevida cúpula, vuelve desdeñosamente la espalda á la vasta ciudad, hoy ya monumental.

Nada de más triste y sin relieve, que el aspecto de la avenida de Pensilvania, por donde se penetraba en 1860 á la Capital de la Union. Era ésta una anchísima calle sin empedrar, con casuchas de

madera, las unas, otras de piedra informe; pero todas igualmente feas.

Yo no podia conformarme con que aquello fuese la Capital; y cuando el cochero del horrible vehículo que nos habia tomado en la estacion del ferro carril, se detuvo, delante de un caseron de dos pisos, con una fachada sucia y en cuya puerta habia una gran cantidad de hombres de aspecto vulgarísimo, exclamé en un inglés más correcto que expresivo: *Llévenos Vd. al Hotel Williams; aquí no es!*

El cochero no se dignó contestar, y abrió la puerta del coche en desdeñoso silencio. Un enjambre de negros sucios y risueños, bajaron por fuerza á mis chiquitines, y ofreciéndome galantemente la mano, repitieron: *Por aquí, Miss.* El tratamiento de señorita, era una galantería, que hubiera hecho las delicias de una dama Chilena ó Limeña.

Aquel hotel, en nada se parecia al suntuoso *Clarendon* ó al *Correcto Everet* de Nueva York. Era algo de tan malo, que lo confieso sin rubor, sentí que mis ojos se humedecian, como si tuviera motivo serio para ello, y las risas de mi hijita de cinco años, me hicieron volver en mí. Mis pobres nervios, despues del gran trayecto recorrido, no podian resistir al humo de los cigarros de los militares que bebian wiskey y brandy, apeñuscados en el gran comedor; era aquello insoportable.

La cama en que pasé mi primera noche en la Capital de la Union, era malísima; y mi primer pensamiento al empezar el dia, fué procurar otro alojamiento. Debo, sin embargo, consignar aquí la grata sorpresa, que en mí produjo la esquisita cortesía de los Yankees que no bajan nunca una escalera en los hoteles, sin quitarse el sombrero respetuosamente delante de las *ladies*. Esto no lo he visto en parte alguna del mundo.

Gracias á la cooperacion eficaz de un amigo diplomático, tuvimos la suerte de hallar la cosa más rara que á la sazón podia encontrarse en aquella ciudad, atestada de politicians y militares. Tuve la suerte de alquilar una casita, que acababa de dejar con todos sus enseres el general Scott. Largo y lastimoso fuera narrar la lucha descomunal que tuve que sostener con las dos *helps* (ayudantes) femeniles, que allí habia dejado el General y que formaban parte de la casa; en otro capítulo me detendré en este tópicó, que se presta especialmente para dar una idea de las costumbres norte americanas.

CAPÍTULO VIII.

Abraham Lincoln ocupaba entónces la Presidencia; á él incumbia la colosal tarea de defender la Union, de salvar la patria, amenazada por aquellos hijos desnaturalizados, como los unionistas del Norte, llamaron á los sudistas confederados.

El hombre que debia caer bajo la bala de un demente, pues Booth, el actor, no era otra cosa, inició aquella defensa, ó mejor dicho, aquel ataque estupendo con una energía y una seguridad de vistas, que, parecia penetrar ya en esos sobrehumanos horizontes, á los cuales iba pronto á encaminarse.

Los acontecimientos forman los hombres y les hacen desarrollar fuerzas latentes, que en ellos existian ocultas. En una época normal, Lincoln hubiera sido un Presidente como cualquier otro, mas honrado y recto, á no dudarlo. Pero estalla la guerra, su personalidad se encumbra, cobra proporciones vastas y la luz del martirio la ilumina.

El sudista Booth, actor malo, desconocido, silbado, concentra todos sus resentimientos de artista

envidioso, en un patriotismo feroz, que se convierte luego en ódio implacable al tirano. Á falta de otra apoteosis, el fanático separatista escoge la del asesinato; y como para él, los aplausos más gratos, son los de la escena, como no hay luz que prefiera al brillo de los oropeles centelleando al reflejo de los quinqués, el teatro es el lugar que escoge para herir. Hierre como actor y por la vez primera de su vida, representa bien un papel trágico; éxito que arranca á unos, frenéticos aplausos, y á otros un furor que nada puede igualar. *Sic semper tyranni!* dice el cómico con voz enfática y gesto dramático, al disparar su revolver; y al sangriento episodio que subleva de horror los corazones de los patriotas, Booth le imprime, sin embargo, un sello de ese ridículo, que como un estigma cruel, marca todos los actos del actor *manqué*. Lincoln nada de tiránico tenía, y sin Booth, su figura política no hubiera pasado, es probable, de un nivel que me place llamar *bourgeois*.

Cuando por vez primera ví al Presidente de los Estados Unidos, me chocó la expresion enfermiza de su aspecto. Era alto, muy alto, seco, estrecho de hombros, con tez cetrina y cabellos renegridos, que usaba en extremo largos. Vestia siempre de negro, y su mirada revelaba profunda melancolía, algo como un gran cansancio. Aquella cabeza inclinada, aquel cuerpo desgajado, que recordaba al sauce

lloron, tenía actitudes, que no carecian de cierta elegancia. Era en extremo serio, y su voz, bien timbrada, no se elevaba nunca, á un diapason alto ; ántes se mantenía en las notas graves. Me produjo el efecto de un sér agoviado por un enorme peso ; quién sabe si la muerte no vino á libertarle de responsabilidades, superiores á sus fuerzas. No era posible encararse con Abraham Lincoln, por lo ménos en aquella época, sin sentir gran respeto.

La compañera del Presidente, formaba contraste con su marido ; era una mujer rechoncha, en extremo vulgar y antipática, llena de chiches comunes, que se armonizaban perfectamente con su figura pretenciosa y anti-artística ; parecia haber monopolizado todo el contentamiento que á Lincoln faltaba.

Les visité en la Casa Blanca, sin más título que el de extranjera *distinguida*, pues en ese momento aún no habia llegado á los Estados Unidos el Jefe de Legacion, de la cual era mi marido Secretario. Confieso que tuve pereza de hacer explicar su carácter de *Comisionado especial para estudiar los Tribunales de Justicia*.

Aquel título tan largo, no se prestaba cómodamente á la presentacion. Los espíritus en la Union, estaban en gran efervescencia, y el Yankee, que todo lo acorta y laconiza, no hubiera prestado

atencion por ser tan complicado. Bastó un « *Señora* García, de Sud América. »

Mrs. Lincoln me acogió con cierta amenidad protectora, y el Presidente, con blandura y distraccion; es posible que aquellos ojos tristes, fijos en un más allá sin límites, no me vieran siquiera.

En los Estados Unidos, el dia primero del año, el Presidente se debe á todos. Desde que dan las nueve de la mañana, recibe á sus Ministros (*Cabinet*) en traje de ceremonia, frac negro y corbata blanca. En seguida llega la Corte Suprema, el segundo Poder y luego el Cuerpo Diplomático, de gran uniforme, encabezado por su Decano. Asisten las damas diplomáticas en traje de paseo, y el ceremonial consiste puramente en el casi silencioso, *shake hands*.

Llegan los carruajes á la verja del *White House*, penetran por la ancha avenida de castaños seculares, sin hojas en esa estacion, y van en seguida á detenerse delante de las gradas de la mansion presidencial. Es ésta, blanca, como lo indica su nombre, rodeada por un costado de columnas de mármol con un perístilo igualmente de blanquísimo mármol. El edificio, un cuadrilátero no muy elevado, tiene dos pisos con grandes ventanas sobre la avenida de Pensilvania, y otras sobre el parque, con vista al rio Potomac. Rodeada por jardines amenos, árboles elevados y coposos, durante la

primavera es un sitio encantador, donde no penetra el polvo, ese enemigo terrible de la ciudad de Washington.

No se ve allí nada de oficial que revele la presencia del Jefe del Estado. Parece más bien la mansion de una familia acaudalada, pero modesta en sus gustos; reina allí una atmósfera de paz, de bienestar, que no ahuyenta ni turba en su retiro, al sinnúmero de pajaritos que anidan en el parque.

En las ceremonias, dos ugieres vestidos de negro, con una cadena de metal blanco al cuello, abren las portezuelas de los coches, que se deslizan en ese primer día del año sin ruido, sobre la blanca nieve algodonosa, que cubre con su helado manto los despojados árboles y el afelpado cesped, cambiando totalmente la fisonomía del paisaje.

Toda la ciudad queda envuelta en aquel frio sudario, que produce en el espíritu una melancolía profunda y *blanca*, segun el decir de un poeta amigo mio.

El vestíbulo está lleno de empleados de los Ministerios, Secretarios del Presidente, amigos de la casa y aún curiosos distinguidos.

El día primero del año, es día de efusion y de apretones de manos; no sólo al supremo mandatario se le debe esa atencion; ésta, se extiende igualmente á todos los conocidos, aún los más indiferentes.

De pié en el salon cuadrado, el Presidente, teniendo á la derecha á la Presidenta y á la izquierda su Secretario de Estado, los demas Ministros están en grupo detras, va recibiendo el apretón de mano (*shake hands*) que, simultáneamente vánle dando por órden gerárquico, las diversas Corporaciones nacionales, representadas hasta por sus más modestos oficinistas.

Despues de los diplomáticos de todas categorías, que desfilan por el gran salon rojo, por donde salen á tomar sus carruajes, vienen los Senadores y les siguen los Diputados. Como es de suponerse, teniendo en cuenta el gran número de éstos y demas empleados de las diversas Oficinas, que tienen acceso tambien por su órden, las horas pasan, y el Presidente, que permanece siempre de pié, comienza á sentir el cansancio. Pero en tal dia, el ciudadano que preside los destinos de la gran nacion, debe por fuerza olvidar las flaquezas de su cubierta mortal y sobreponerse á ellas. El pueblo soberano, ese pueblo que le ha puesto donde está; confiriéndole la suprema autoridad, va á exigirle lo único que el Yankee exige de su Jefe una vez al año: el placer de estrechar su mano. Á aquel se le recibe en el salon rojo, el más vasto de la Casa Blanca.

Parece tan modesta, cuanto fácil de ejecutar tal exigencia: tan sólo estrechar una mano, y pasar. Ay! pero, cuando ese apretón de manos se ha

repetido, casi sin intervalo, unas dos mil veces, el hombre más robusto, siente flaquear las piernas y desfallecer el brazo, que sostiene aquella tan estrechada mano.

Sólo durante dos horas cesa la ceremonia.

El Presidente y el pueblo comen; la Casa Blanca queda desierta.

Pero terminadas esas dos horas de tregua, la marea humana vuelve de nuevo á desbordar. Entre las sombras de la noche, se destaca luminosa y á pesar del frio polar que congela rios y canales, el gentío inunda el ancho parque, pisoteando, ensuciando, la alba nieve que borra los senderos. El pueblo está ahí, silencioso, reservado, respetuoso pero implacable. Rústicos obreros, mujeres, niños, pobres en mangas de camisa, inmigrantes desgredados y súcios, penetran en el lujoso entapizado salon; todos estrechan aquella mano simbólica, que dirige los destinos de la Union.

Cuentan que Lincoln tuvo la idea, y la puso en práctica, de hacerse construir un brazo articulado, como sólo se ejecutan en los Estados Unidos, para usarlo en la recepcion de la noche. Esos brazos tienen una mano tan perfecta, que pueden tomar una alfiler de sobre una mesa.

En la recepcion nocturna que dura hasta media noche, nunca hay música, ni dentro ni fuera de la Casa Blanca; reina el más completo silencio, á

pesar de la aglomeracion de gentes. Es la fiesta de la democracia sajona, sin efusion, sin entusiasmo, sin alegría. Imágen del deber, del patriotismo escuálido, que representa un amor á las instituciones, formado más bien de racionio que de ternura.

En la noche no concurren generalmente á la Casa Blanca gentes de la sociedad, salvo los curiosos, que por una vez sola, se atreven á desafiar las apreturas del pueblo soberano.

En ese dia, la costumbre exige que las señoras se queden en sus casas á recibir visitas, y que el elemento masculino, recorra las de sus amigas, para darles el consabido apretón de manos y tomar la indispensable copa de *egg nut* (ponche de huevo y nuez moscada,) sin el cual el *shake hands* perderia toda su eficacia.

Dejo á pensar, en qué estado se pondrán las cabezas de los visitantes, luego que han recorrido una docena de casas; y quién en la Union, donde hay tanta facilidad para visitar, no tiene por lo ménos, derecho á penetrar en tal dia en una ó dos docenas de casas? Así que la noche se aproxima, la efusion de los visitantes toma grandes proporciones, y llega un momento en que para evitar accidentes, de un género tan variado cuanto desagradable, no hay más recurso que cerrar la puerta de calle.

Las miss, revestidas con vistosas *toilettes*, emperifolladas é insinuantes más que nunca, ofrecen ellas mismas la copita de *egg nut*, humeante, que sirven de una gigantesca ponchera con honores de palangana: recuerda el tonel de las Danaides, al revés.

Ese día se inician ventajosamente cerca de la clásica ponchera, que despide efluvios alcohólicos irresistibles, las *flirtations* de la estacion; se escoge el *bean* (novio), de broma, bien entendido, al cual incumbe la suprema dicha de ofrecer á su *belle*, ramos de flores, billetes para el teatro, y toda especie de regalitos, pues las muchachas Yankees gustan de practicar el adagio que dice: *Les petits cadeaux entretiennent l'amitié*. En cambio, el novio baila toda la noche, durante la estacion, con su novia, la acompaña á los paseos, á los teatros, á las visitas, cuándo y cómo quiere, sin tener el inconveniente de soportar ni á papá ni á mamá, que no figuran ni aparecen en sus relaciones con la jóven miss. Mi amigo Eduardo Davison, que por tantos años fué Consul Argentino en Nueva York, pretendia que la *flirtation* es una institucion benéfica y como tal tiene derecho á un capítulo por separado, que oportunamente vendrá.

CAPÍTULO IX.

La guerra que se iniciaba en los Estados Unidos, llamaba la atención de los Europeos, no sólo por los inmensos aprestos bélicos, que por una y otra parte se hacían, sino por venir, hasta cierto punto, á demostrar la ineficacia de las instituciones democráticas. Tal era, por lo ménos, el pensamiento de los estadistas Europeos. Los republicanos del Mundo Viejo, deploraban aquella escisión en un cuerpo, al parecer tan robusto y sano, como la Union Americana. Los sostenedores del trono aplaudían y esperaban la gran disolución del coloso, que durante medio siglo, había causado asombro, y aún inquietud, inquietud moral, bien entendido, á los mantenedores de la vieja tradición realista.

Todos sabemos, cómo se terminó la titánica contienda, y el lustre que las instituciones republicanas han cobrado desde entónces.

El Sud debía asombrar por su constancia, su heroísmo, la pericia de sus Jefes, demostrada en esa serie de hechos de armas, tanto en tierra

como en el mar, entre los cuales han quedado en lo más alto los nombres de Maury, Bauregard, Lee y Davidson.

El Norte á su vez, acumulaba los elementos de destruccion, con un lujo de inventiva sin ejemplo en los anales de guerra alguna. Reunida una masa de hombres que por su magnitud recuerda los ejércitos asirios y persas, derrama el oro á torrentes y se propone sacrificar, si es necesario, en defensa del gran pacto político amenazado, pues la emancipacion de los negros no viene en realidad sino en segundo término, hasta su último dollar. Los *green backs* hacen su aparicion entónces y la deuda del Norte asciende de improviso á sumas colosales. El práctico Yankee comprende que, ha llegado el momento de sacrificar el todo por el todo, y no retrocede ante nada.

Conjuntamente con nosotros, llegaron á los Estados Unidos los Príncipes de Orleans, Luis Felipe, Conde de París, y su hermano Roberto, Duque de Chartres, que venian como voluntarios, á tomar servicio en el ejército del Norte. Esos Príncipes, ambos muy jóvenes, hijos del malogrado Duque de Orleans, nietos del Rey Luis Felipe, y el mayor heredero del trono de Francia, habian sido educados en el destierro, en Inglaterra, por su madre la Duquesa de Orleans, Condesa Elena de Mecklenburgo, una de las princesas más distinguidas por su

carácter, su gran corazón y su instrucción vastísima.

En casa del Ministro del Brasil, conocí á los Príncipes. El de Joinville, casado con doña Januaria del Brasil, acompañaba á sus sobrinos; y el representante del Imperio, debía naturalmente hacer los honores de *Yankeeland*, al consorte de la hermana de su soberano. Esta circunstancia, creaba ciertas dificultades al diplomático imperial. Dificultades político-sociales, que asumen á veces proporciones vastas, para ciertos espíritus estrechos.

El monarca de Tullerías, podía formalizarse y reclamar por aquella amistosa cordial acogida, hecha á la destronada dinastía; y el Brasil, á pesar y sobre todo, á causa de su doble alianza de familia con los de Orleans, hallarse en un conflicto. Las monarquías pasan á cada instante por percances de esa magnitud, y sus representantes, no omiten detalle, por nimio que parezca, al dar cuenta á sus jefes de lo ocurrido en casos análogos. ¿Será esta la razón por la cual, en general, los diplomáticos Europeos tienen cierta tendencia marcada á la pomposidad un tanto frívola? Bien pudiera ser.

Qué malos ratos sufría en aquel salón diplomático, en tan críticos momentos, mi amigo de Geoffroy, orleanista por su familia y á la sazón representante del Imperio bonapartista!

Se pasaban allí horas muy gratas; però el reverso de la medalla, era el trayecto que debía

recorrerse para llegar hasta la hospitalaria mansion. Aunque situada ésta á corta distancia de la avenida de Pensilvania, era forzoso cruzar barriales atroces, hundirse en pozancones hondísimos, donde las ruedas de los coches se enterraban y á veces se corria el peligro de tener que abandonar en brazos salvadores, cuando habia quien lo hiciera, al prisionero vehículo, á trueque de ó no llegar, ó enlodarse hasta los ojos.

« Buen viaje, » era la expresion con que nos despedíamos á la puerta de la Legacion Brasileira.

Madame Lisboa, era en esa época una de las estrellas del cielo diplomático; brillaba por su belleza un tanto *sur le retour*, su elegancia incontestable, su amabilidad algo ceremoniosa y ese no sé qué tan atractivo de las brasileras, cuando son bonitas, mezcla de indolencia en las actitudes y vivacidad en la mirada. El *high life* se daba allí cita.

Las reuniones de la Legacion brasileras, eran muy animadas y un tanto artísticas. Una de las niñas cantaba con cierta gracia, y la otra hermana, la preciosa Guagüita, que debia morir en sus primeros abriles, pintaba, y encantaba con sus hechizos. Se bailaba, se charlaba, se tocaba y se cantaba. Algunos aplausos de dilletanti distinguidos, como mi amigo Blondel, el viejo Ministro de Bélgica, han hecho palpitar allí dulcemente mi corazon.

Vestidos con el sencillo uniforme de capitán del ejército de la Union, *captain* Paris y *captain* Chartres, valsaban, polkaban que era un gusto, y alegraban la reunion con su buen humor, especialmente Roberto, el menor, que reflejaba en su fisonomía toda la pillería del *gamin* de París, de ese París, que no conocia ni él, ni su hermano Luis Felipe. Creados ambos con cierta sencillez relativa, pues sus alianzas con casi todos los soberanos del mundo, les habian familiarizado y acostumbrado á la etiqueta de las Cortes, más de una vez por su *laisser aller* chocaban y escandalizaban al ceremonioso representante del Imperio brasilero.

Algunas miradas severas dirigidas por el finchado hidalgo, me han valido, las brechas al ceremonial, que *Sus Altezas* hacian, en favor de una *simple Secretaria de Legacion de una República de nada*, como el Plenipotenciario brasilero, me llamó un dia, delante de un chismoso colega, que se apresuró naturalmente á repetirme la expresion. Era yo jóven entónces; confieso que me reí de buena gana, y, lo que es peor, no me enmendé; que en realidad nada de deslumbrante, sino de amable y sencillo tenian para mí aquellos descendientes del galante Enrique IV.

Muchas veces el Conde de París se me acercaba y me decia: *No bailemos esta polka, conversémosla; Vd. me contará á París.*

Y yo le hablaba de los teatros, de los boulevares, de los Campos Elíseos, del bosque de Boulogne, y él me escuchaba *ravi* (encantado), segun su expresion. En una ocasion, me pidió le narrara algo sobre Tullerías; yo lo hice sencillamente, pintándole con toda franqueza, aquel lujo, aquel boato y sobre todo el gran realce que á la pompa imperial prestaba, la belleza de la Emperatriz Eugenia, entónces en su apogeo. El Conde no perdía una sola de mis palabras, y parecia oirlas con sumo placer, á pesar de la penosa impresion, que el desterrado del palacio de sus abuelos, debia indudablemente experimentar, al relato de tales fiestas.

Alguna vez le mostré mi extrañeza á ese respecto, y su respuesta tan sencilla cuanto patriota, fué: *Madame, n'oubliez pas, qu'avant tout, je suis Français.*

Desde esa época, el Conde de Paris y yo nos hicimos muy amigos, amistad séria que ha persistido, á pesar del alejamiento. Cuando le volví á ver en París, durante la presidencia de M. Thiers, me presentó á la Condesa de París y á sus preciosos hijitos. Aquí, en el Plata, no hace mucho, he recibido una carta suya muy expresiva sobre mis CUENTOS.

Los Príncipes permanecieron en los Estados Unidos poco más de un año, batiéndose como ciudadanos Norte americanos, y haciéndose notar y

aún admirar del Yankee, poco amigo de reconocer superioridades, por su obediencia á la disciplina y la serenidad de su actitud ante el enemigo.

El Conde de París ha escrito sobre la campaña del Norte, una obra muy completa, sensata y voluminosa, acompañada de mapas y planos tomados sobre el terreno. Este trabajo, que ha sido muy aplaudido, revela aptitudes militares serias en el nieto favorito de Luis Felipe. Tengo esa obra, que me fué regalada por su autor, y de la cual se tiraron pocos ejemplares.

Las Norte americanas son muy entusiastas por los príncipes; y en esa tierra clásica de la igualdad, he visto hacer á las damas, en favor de los felices mortales que poseen título, demostraciones, no sólo excesivas, sino inusitadas en los países monárquicos. El elemento masculino no procede de igual suerte; ántes, muestra cierto desden digno y un tanto irónico, á los vástagos de familias nobles que á América llegan, ya en el Cuerpo Diplomático, ya como viajeros. Estudiando el por qué, pudiera descubrirse, quizá, algo que se relacione más con un sentimiento que prefiero llamar humano, por no encontrar otra palabra que mejor le cuadre, que con intolerancia democrática; sea de ello lo que fuera, más me gusta en tal caso la actitud de los hombres que la de las mujeres.

Las muchachas Yankees, de suyo tan expresivas,

tan coquetas, tan provocantes, llegan hasta ponerse en ridículo, por su excesiva adulacion y terneza con individuos acostumbrados á la gravedad y etiqueta, que imperan en los grandes centros sociales de Europa, donde, cuanto más encumbrado es el personaje, más reservada es su actitud con los extraños.

Dolor me ha causado alguna vez, ese descoco de criaturas tan preciosas, y en una ocasion levanté yo misma por un brazo, á la hija de un General, que estaba arrodillada en mi salon, delante de un Conde Ruso. Es de notarse, que la concurrencia era numerosa. Qué pedia tan humildemente la jóven *miss*? Puramente un nocturno de Chopin.

CAPITULO X.

La Capital de la Union, era en ese tiempo considerada por los diplomáticos, una especie de destierro; y á decir verdad, no les faltaba razon, si bien á pesar de los grandes cambios que se han verificado en ella, durante los últimos doce años, los Agentes Europeos, y aún los Americanos, no se abordan nunca en la *Pensilvania* (el nombre de *avenida* se suprime), el paseo obligatorio de los desterrados, sin exclamar: *Cuándo dejaremos esta horrible ciudad!*

Con calles anchísimas, en las cuales el empedrado y las casas brillaban por su ausencia, el aspecto que presentaba Washington al comenzar la guerra de *secesion*, es decir, sesenta años despues de haber sido construido el pomposo Capitolio, era desolador. Entre casuchas de madera, habitaciones de negros, pues debe recordarse que el Distrito de Colombia, federalizado para hacer allí la Capital, está en la Virginia, y que en las Virginias abunda la raza negra, se elevaba como vergonzante una

que otra *mansion* de piedra chocolate, propiedad de algun rico *politician*, que compró el terreno por una miseria, ó lo obtuvo por algun otro medio. Monumentos públicos no habia, tráfico comercial tampoco; que aquella ciudad era puramente habitada por los empleados nacionales. Veíanse militares que galopaban sin cesar de un lado á otro de la desierta Capital, y prestaban, con el brillo de sus galones, más ó ménos relucientes, y el agudo sonido de sus cornetas, cierta animacion á la mística silenciosa ciudad de los politiqueros, convertida á la sazón en campamento.

Tramways no habia, y el único medio de locomocion, consistia en unos ómnibus pequeños, súcios, medio ladeados, arrastrados penosamente por caballos hambrientos y pelechados, que causaban compasion. Los coches de alquiler eran de la misma fuerza.

En las ciudades donde no hay comercio, se ve poca gente por las calles; parecen inhabitadas, especialmente, cuando como en Estados Unidos, siempre la puertas permanecen cerradas. Nadie tenía entónces allí carruaje propio, con excepcion de un landó bastante viejo y feo, perteneciente al señor Lisboa, representante del Brasil. Lincoln no salia nunca en coche, era gran caminador.

Reinaba el fastidio como soberano absoluto. Y como no habia paseos, aunque los alrededores sean

pintorescos, el mal estado de los caminos los hacia inabordables; ya puede juzgarse lo que éstos serian, por lo que ántes dije de sus calles.

La prosa más desoladora, ha presidido á la nomenclatura de esas calles. Las unas tienen nombres de números, y las otras de letras; yo he vivido en la calle *Y*. Esto puede ser cómodo, por la combinacion que se hace luego con las decenas, para dar idea de la altura á que se halla una casa en el *Block*, aquí lo llamamos manzana; pero, es de una monotonía desesperante.

En Nueva-York usan el mismo procedimiento, *práctico* no lo niego, pero feísimo.

Confieso que el fastidio no tardó en apoderarse de mí, en aquella tristísima ciudad, sin teatros, sin paseos, sin más vida que el ruido de los sables y el relincho de los caballos. Á pesar de las tertulias diplomáticas de la legacion Brasilera, y de la amistad, que algunas personas nos demostraban, hice cuanto pude por alejarme de la Capital de la Union é irme á Filadelfia, la ciudad de los cuákeros.

Á poca distancia de Washington, despues de haber recorrido un camino, que nada de pintoresco tenía, llegamos á un sitio encantador: era el puente suspendido sobre el Susquehannah, uno de los rios más bellos de los Estados Unidos y cuya anchura y extension son considerables. Éste descende de

los montes Alleghany, atraviesa el Estado de Pensilvania, entra luego al Maryland y cae en seguida en la bahía de Chesapeake.

El efecto que producía ese puente tan ligero, que parecía de hilo y obra de las arañas, era mágico. Temblaba bajo el peso de la mole andante, como un sér animado; el agua que por todos lados lo rodeaba, producía una sensacion penosa, á pesar de la gran belleza de aquella masa líquida, donde se reflejaba un cielo azul y despejado. Poco tiempo despues, los sudistas cortaron ese puente, causando la destruccion de dos regimientos unionistas.

El ferro carril, al llegar á la estacion de Baltimore, se detiene, tanto para dejar pasajeros, como para cambiar de medio de locomocion. La máquina se desprende, y los caballos la reemplazan, hasta atravesar la ciudad, donde vuelve de nuevo á engancharse otra locomotora. Esas locomotoras tan preciosas y coquetas, que hacian las delicias de mis chiquitines, sobre todo el *cow catcher*, especialidad norte americana. Es éste un gran enrejado movible, en forma de abanico abierto, colocado debajo de la máquina, que sirve para apartar y recojer los objetos de la via, por grandes que sean; en prueba de ello, su nombre: *recoje vaca*. En una ocasion, al llegar á la estacion de Baltimore, el conductor se encontró con una negrita,

que habia sido recojida por el *cow catcher*; sabe Dios dónde, y que se hallaba ilesa.

En ese mismo viaje, ví algo que conmovió profundamente mi corazón materno. Era un niño como de ocho años, vestido modestamente, pero con aseo, que recorría de un lado á otro el wagon, para ir con los demás niños, á abrir la canilla colocada en un rincón, por donde corre generosamente un chorro de agua helada. No hay peligro de sufrir sed un instante en los wagones americanos, y los niños usan y abusan de tan generosa cuanto útil *institution*.

El niño en cuestión, llevaba colgado al cuello un gran cartel de cartón con estas palabras: *Este niño va á Nueva York en busca de su padre, se le recomienda á la benevolencia de los viajeros y del conductor*. Preguntando yo á éste, si la criatura aceptaría una limosna, me contestó un expresivo: *Oh! no!* Insistí para saber cómo se terminaría el incidente, y el conductor me dijo con su flema sajona: *Ya vendrán por él*. Viendo que la cosa le parecía muy natural, cesé de interrogarle, y una señora, que habia oído mis preguntas y comprendido mi interés, me dijo: «Esto es usual. Vd. como extranjera lo ignora.

Confieso que durante la travesía, que sólo duró tres horas, más de una vez mis ojos se volvieron cariñosos hácia el niño del cartel, mis chiquitines le

dieron *plenty candies* (muchos dulces), y al bajarme en Filadelfia, á pesar del *oh! no!* del conductor, puse en la manecita del jóven viajero un dollar y en su frente rubia un beso. El niño me sonrió agradecido, y los míos no cesaron durante algunas horas de repetirme en todos los tonos: *Habrá encontrado á su papá el muchachito?* Yo les contestaba: *Sí!* Pero sin tener seguridad de lo que afirmaba. Llegar solo á una ciudad tan populosa como Nueva York, es algo de triste para un hombre; cuánto lo será para un pobre niño!

El silbido de la locomotora que se alejaba en direccion á la vasta metrópoli, resonó en mi oído como un lamento infantil, y fué con esta penosa impresion, que penetré en la ciudad, que debe su nombre al filántropo Guillermo Penn.

CAPÍTULO XI.

Montesquieu llamó á Penn, fundador de Pensilvania, el moderno Licurgo. La vida de este hombre ilustre, ofrece un ejemplo constante de virtudes.

Con una caballerosidad digna de los héroes del Tasso, trató Penn á esas tribus salvajes, dueñas de la Pensilvania, cumpliéndoles siempre fielmente la palabra empeñada, en los muchos pactos que con ellos celebró. Los indios lo adoraban, y todos los sectarios religiosos fueron bien acogidos por él. La intolerancia católica de su padre, que de la casa paterna le arrojara, por haber el jóven Guillermo abrazado el protestantismo durante su viaje á los Países Bajos, le enseñó sin duda á ser tolerante, *non ignora malis mísero socorrere disco*, como decia la reina de Cartago, al dispensar su hospitalidad al piadoso Enéas.

Antes dije, que el rey Cárlos II de Inglaterra, hiciera donacion de la tierra de Pensilvania á Penn; pero, no que fuera para cancelar una deuda de

la Corona, que ascendia á quinientos mil francos, suma, que representaba entónces el cuádruple valor que en nuestros dias.

Guillermo Penn, era un espíritu de primer orden, una naturaleza superior, que supo elevarse sobre las ideas de su época, descubriendo vastos horizontes filosóficos y políticos.

Abolió la esclavatura en la Pensilvania, y la Constitucion que el Licurgo Americano dió á los colonos, sirvió más tarde de base, para la gran Constitucion de la Union. El fundador de Pensilvania, es una de las figuras más grandes y completas, que se encuentran en la historia de América.

Desde que se entra á Filadelfia, se siente allí la animacion, la vida, que bulle, en los grandes centros comerciales y manufactureros; Filadelfia podria llamarse la ciudad de las fábricas. El aspecto de sus calles es poco atractivo, no obstante ser anchas y rectas, con nombres ménos prosáicos que las de Washington y Nueva York. Se llaman de la Avellana, de la Almendra, de la Nuez, etc.

Los Yankees son nacion poco imaginativa. Las casas tienen una uniformidad de color rojizo bastante feo y una arquitectura, que acusa falta de buen gusto en sus habitantes; se parecen un tanto, á las de Nueva York.

Abundan allí los *squares* con grandes árboles

poblados de pajaritos domesticados, y aún de hurones, en extremo mansos, que se acercan confiados á jugar con los niños: éstos no los persiguen.

Habiendo preguntado qué origen tenía tal costumbre, especial á Filadelfia, de crear hurones en las plazas, nadie supo contestarme de una manera satisfactoria.

Como en Nueva York, hay allí muchos monumentos públicos, especialmente iglesias; tanto las católicas, como las protestantes, son góticas y carecen de mérito arquitectónico.

Visité la Casa de Moneda, única en la Union, y ví acuñar esas lindísimas y correctas monedas de oro y plata, que por un lado ostentan la elegante águila americana, de alas desplegadas, y por otro el constelado escudo. Así que se hallan terminadas, tienen que ser pulidas, bruñidas mejor dicho, y esta operacion final la ejecutan mujeres. Mágico era el espectáculo que presentaba aquel vasto salon. Oro, oro, plata, por todos lados, con fantástica profusion. Sobre grandes bandejas, veíanse apiñadas las medias-águilas, las águilas y las doble-águilas, que bruñian una por una las obreras, con grandes badanas. El sonido metálico que al chocarse producian, tenía algo de musical. Aquel oro rubio, rutilante, deslumbraba y recordaba la fábula del rey Mídas, que convertia en oro cuanto tocaba. Habia tanto, que por su gran abundancia,

á mí, por lo ménos, me parecia perder su carácter de medio para comerciar. En la retina se producía algo, parecido al deslumbramiento que causa la luz del Sol cuando se mira con fijeza; encontré mucha semejanza entre el gran astro, centro del movimiento planetario y aquella masa metálica. Los Griegos representaban al Sol con cabellera de oro; no se equivocaban, el símbolo de atracción es perfecto.

Cada una de esas águilas parecia una joya preciosa, y su valor intrínseco se olvidaba, al admirar su belleza artística. Pregunté si no habia ejemplo, que desaparecieran algunas monedas. *Imposible*, fué la lacónica respuesta, y hube de contentarme con ella.

La plata es, indudablemente, muy inferior al oro como belleza; al lado de las águilas, los dollars parecían pálidos, descoloridos; y confieso que á mí me hicieron más efecto de moneda circulante.

La Biblioteca-Museo, fundada por Franklin, posee, además de sus millares de volúmenes, preciosas colecciones de grabados, dibujos y mapas. Allí admiré la gran obra de Audubon, el ornitologista, trabajo admirable por la belleza de sus planchas coloreadas, que parecen haber sorprendido infraganti el secreto de la naturaleza, y por el mérito especial de su texto. Michelet en *L'oiseau*, cita de continuo á Audubon.

Audubon era Francés, pero los Americanos lo reclaman como compatriota, y pretenden que tanto éste, como Agassiz, el naturalista, deben ser Americanos, puesto que son ciudadanos de la Union. El argumento es especioso, mas no carece de lógica, y ofrece ademas, ventajas á las naciescentes naciones del Nuevo Mundo.

La Universidad, fundada en 1755, vasto edificio gótico, llama la atencion por la altura de sus torres; los estudios que allí se hacen son tan clásicos, tan profundos quanto los de Boston; pero la rivalidad, más acerba, existe entre la Universidad de Boston y la de Pensilvania. Ambas tienen sus sectarios y sus detractores furibundos. Ardua por demas es la tarea, para que yo emprenda dar una opinion sobre el mérito especial, de cada uno de esos centros de la humana ciencia, En Inglaterra, Oxford y Cambridge, son igualmente Universidades rivales, que cuentan con adeptos apasionados y aún rabiosos. Las rivalidades académicas, que desde los tiempos aristotélicos dividen la humanidad en dos campos, son quizá más terribles que las amorosas. Lástima es que Shakespeare, no haya pintado el tipo del Otelo universitario.

Filadelfia es sede de Corte Suprema y Obispado católico y protestante; despues de Nueva York, es la ciudad en que hay más variedad de sectas religiosas: esto se debe á la liberalidad de su fundador.

Posee una Escuela de Medicina en extremo renombrada; grandes hospitales, y el de la Marina, el más afamado de los Estados Unidos. Establecimientos tipográficos de vastas proporciones, y sus librerías lujosísimas, que rivalizan con las de Nueva York y Boston. Su penitenciaría celular, una de las primeras del mundo, se cita siempre. Recuerdo con amargura, no obstante, estas palabras de su Gobernador: *Los casos de reincidencia son aquí numerosos.* El corazón se oprime al pensar en el terrible problema social, que tal expresión encierra, y el espíritu se contrista al recordar esa horrenda y fatal necesidad de las sociedades, que se llama la pena de muerte.

En el comienzo de la guerra, la alta sociedad filadelfiana, era casi toda sudista; y aquellos que no tenían en realidad opinión decidida, no perdían ocasión, sin embargo, de decir á los extranjeros: *Oh! Sólo en el Sud existe la verdadera elegancia.* Parecía este dicho ser como un exponente de buen gusto, de refinamiento, y quizá lo era: es decir, que la moda consistía entónces, para los elegantes, en ser sudistas, ó si se quiere, que los sudistas, habiendo hasta entónces, empuñado el cetro de la elegancia, no lo habían cedido aún, á esas nuevas capas sociales, que surgieron más tarde con su ruina.

Notable cultura de maneras, elegancia y riqueza, observé en aquel centro de familias acaudaladas,

que formaban el núcleo del *high life* filadelfiano.

Asistí á un concierto en casa del Cónsul Francés, Mr. Foret, casado con una señora de Filadelfia; y sólo entónces, tuve ocasion de apreciar las grandes dotes sociales de las damas de la Union. La ejecucion musical fué perfecta; casi todos los *dilettanti* sobrepasaron aquel ideal musical, que yo me habia formado con relacion á la raza sajona.

La dueña de casa, ejecutó con rara maestría la rapsodia de Liszt, la gran polonesa de Chopin; dos hermanas preciosísimas, que nunca habian salido de Filadelfia, cantaron con suma correccion, el duo del segundo acto de Norma, y una dama Inglesa vocalizó como *Jenny Lind* el ária del *Flauto mágico*.

Debo confesar, que mis ideas respecto á las dotes musicales de los Sajones, eran entónces otras, y que, ni en Italia, he oido cantar mejor por aficionados. En la tierra clásica de la música, hay muchos cantantes: quién no canta en Italia! En esa Lengua que por sí sola es música! Pero, no por eso, la perfeccion se encuentra allí con mayor frecuencia, que en otra parte, entre los aficionados.

Sabido es que como masas corales, los Alemanes dejan muy léjos á los Italianos. Esta propension innata en esas dos razas, puede bien explicar la índole de sus respectivas músicas. El Italiano triunfa en la *canzonetta*, la melodía; y el tudesco armoniza en sus coros, sintetiza su pensamiento musical.

Qué lujo de trajes, de galas, el de las damas de Filadelfia! Desde que se abría el gran comedor del hotel, aparecían éstas vistosamente ataviadas. En pintoresco conjunto, veíanse allí todos los colores, especialmente los claros. Según mi apreciación, la mujer Yankee, es una de las más bellas del mundo, hasta los veinticinco años; pasada esa edad, pierde la frescura de la tez y la gracia de las líneas, por el enflaquecimiento: todo lo contrario de lo que ocurre en nuestra raza, donde las mujeres se enfeocen por exceso de desarrollo.

Mi sorpresa, al ver llegar á esas elegantes á la mesa del almuerzo, cubiertas de joyas, no tuvo límites. Medallones, zarcillos, brazaletes, cadenas, relojes, anillos relucientes, nada les faltaba, finos ó falsos, alternando los brillantes, con los diamantes de Alaska, que no son sino vidrio preparado, según tengo entendido, y no engañan á nadie.

Con el sombrerito coqueto, el triunfo de la Yankee, y el traje muy corto, en extremo corto, adelantándose á la moda reinante entónces en Paris, llegaban, se sentaban en la mesa, almorzaban con apetito yankee, bebiendo impunemente en vez de agua, leche (crema). Piden siempre especialmente *cream*, y luego pasan al *parlor* de las señoras, donde toman el tramway ó el ómnibus, solas ó en compañía.

CAPITULO XII.

La mujer Americana practica la libertad individual como ninguna otra en el mundo, y parece poseer gran d6sis de *self reliance* (confianza en s6 mismo).

En los hoteles hay siempre dos puertas, la grande, para los hombres y los recién llegados, y una m6s pequena, llamada de las *ladies* y exclusiva para 6stas.

Creo haber dicho que un Norte americano, no bajar6 nunca una escalera 6 cruzar6 un corredor con el sombrero puesto, delante de una se6ora; conocida 6 desconocida. Esta galanter6a, se entiende hasta el punto de creer, que una dama no debe entrar ni salir por la misma puerta que los hombres, en sitios tan concurridos por toda clase de individuos, como los hoteles. Imagino, que, tal refinamiento de cortes6a, habr6 de parecer 6 exageracion 6 lisonja de mi parte, 6 aquellos que tan injustamente representan al Americano del Norte, como el prototipo de la m6s acabada vulgaridad.

Yo, por lo que á mí toca, los he hallado siempre muy corteses, suaves de maneras con las mujeres y los niños, y en extremo sensitivos en cuestiones de crítica social. En apoyo de lo que avanzo, citaré el siguiente episodio: Cuando Mrs. Trollope, despues de haber viajado por la Union, donde fué acogida con suma amabilidad y aún cierto entusiasmo, por sus dotes literarios, escribia de vuelta á Inglaterra: *Los Yankees son groseros y se sientan con los piés más altos que la cabeza.* En los teatros, así que alguien se permitia estar ligeramente inclinado, no faltaba un chusco que gritaba: *Trollope! Trollope!* Y al punto el aludido, tenía buen cuidado de poner su cuerpo lo más vertical posible.

Verdad es que en los *reading rooms* (gabinetes de lectura), en los *bar rooms*, los Yankees gustan mucho de esa actitud, que consiste en extender las piernas y levantarlas casi á la altura de la cabeza, postura cómoda para los hombres y que tiene, segun lo he oido decir á un médico, cierta influencia favorable sobre el cerebro. Sea de ello lo que fuera, delante de *ladies*, nunca, jamas, un Yankee se permitirá esa libertad, puedo asegurarlo. Habrá, sinembargo, quien sostenga lo contrario, que ciertas preocupaciones hacen camino; pero tales cuentos, pertenecen al repertorio, más ó ménos pintoresco, en que figuran, la navaja en las ligas de las damas Españolas, el traje de colores varios de los Brasileiros

y el cigarro de las Hispano americanas. En mis viajes, me han repetido sin cesar esta expresion: *Fume Vd., señora; ya sabemos que es costumbre en su país.* Al principio, este dicho me irritaba, lo confieso; pero luego llegó á causarme risa. Oh poder de la costumbre!

Curioso fuera el estudio de las preocupaciones é ideas falsas, que aún conservan las naciones unas de otras, en estos tiempos prácticos, en que Morse y Edison lo van acercando todo. De seguro, con el andar de la electricidad, la parte imaginativa de los individuos perderá un tanto de su brillo; pero, lo que en éste se pierda, será en provecho de la verdad.

En algunas ocasiones he observado, no obstante lo ya dicho, gran desnivel aparente, entre la mujer Norte americana y los hombres.

Parecíame que esas muchachas tan bellas, tan engalanadas, tan elegantes, que encontraba en los ómnibus, en los vapores, no podian ser hijas ni mujeres de los individuos que las acompañaban, un tanto sencillotes en sus trajes y en sus maneras. Pero este fenómeno suele notarse en nuestro país; así, creo inútil estudiarlo detenidamente, por ahora. Sinembargo, no resisto á la tentacion de decir, que la diferencia es más de superficie que de realidad.

Debajo de la corteza un tanto rústica de esos padres de familia, de esos maridos, que pasan el

dia entero, ocupados en ganar el dinero para el hogar, *down town* (la parte comercial de la ciudad), hállase bondad y finura innatas. El Yankee es generoso como pocos; y sus mujeres, sus hijas, no tienen sino manifestar un desco para que *sea satisfecho*. Verdaderas máquinas de trabajo, aquellos hombres, al parecer tan interesados, gastan cuanto ganan, para contentar á los suyos. Y esto, qué indica? Es acaso vulgaridad? Todo lo contrario. Que cuanto más refinado es el sentimiento que la mujer inspira al hombre, mayor es la dosis de elevacion que el corazon de éste encierra.

La mujer, en la Union Americana, es soberana absoluta; el hombre vive, trabaja y se eleva por ella y para ella. Es ahí que debe buscarse y estudiarse la influencia femenina y no en sueños de emancipacion política. Qué ganarian las Americanas con emanciparse? Más bien perderian, y bien lo saben.

Las mujeres influyen en la cosa pública por medios que llamaré psicológicos é indirectos.

En el periodismo, véseles ocupando de frente un puesto que nada de anti-femenino tiene. Los periódicos en los Estados Unidos, el país más rico en publicaciones de ese género, cuentan con una falange que representa para ellos el elemento ameno. Mujeres son las encargadas de los artículos

de los Domingos, de esa literatura sencilla y sana, que debe servir de alimento intelectual á los habitantes de la Union, en el dia consagrado á la meditacion.

Son ellas tambien las que, por lo general, traducen del aleman, del italiano y aún del francés, los primeros capítulos de los nuevos libros, con que el periódico engalana sus columnas; ellas las que dan cuenta cabal y exacta de las fiestas, cuyos detalles finísimos y acabados llevan el sello del *connaissanceur*. Reporters femeninos, son los que describen con *amore* el color de los trajes de las damas, su corte, sus bellezas, sus misterios, sus defectos; y á fe que lo hacen concienzuda y científicamente. Los Yankees desdeñan, y con razon, ese reportismo que tiene por tema encajes y sedas; hallan sin duda la tarea poco varonil. Es lástima que en los demas países no suceda otro tanto.

En ello ademas, las mujeres tienen un medio honrado é intelectual para ganar su vida: y se emancipan así de la cruel servidumbre de la aguja, servidumbre terrible desde la invencion de las máquinas de coser. Mas tarde debia aparecer la mujer *empleado*, ya en el Correo ya en los Ministerios.

Una buena reporter gana en los Estados Unidos de doscientos cincuenta á trescientos duros mensuales.

Merced al frac y á la corbata blanca, penetra el reporter masculino; la gasa ó la muselina abren

las puertas de los salones de baile á las muchachas reporters; éstas, por lo general, son jóvenes de dieciocho á veinte años. He visto siempre acoger con gran simpatía, á esa pléyade intelectual en todas partes, y yo tuve gran amistad y aprecio por miss Snead, la primer reporter de la Union. En dónde no se encontraba á la aérea y elegante escritora tan alegre y jocosa? Era curioso observarla. Parecia ocupada como las demas muchachas en bailar y en *firtear*. Pero un solo detalle no se le escapaba, y al dia siguiente su crónica era de seguro la más completa; y casi siempre, por más que esto parezca inverosímil, la más benévola. Indudablemente, la tarea del reportismo concienzudo, ejerce una influencia benéfica en el espíritu de la mujer y ensancha las tendencias más ó ménos estrechas de su carácter y las aleja forzosamente de la crítica envidiosa.

No se crea por esto, sinembargo, que el reportismo femenino se compone puramente de miel y ambrosía. Oh! no! Y algunas veces he deplorado el mal gusto empleado para criticar, ya sea el atavío, ya el físico ó las maneras del desgraciado ó desgraciada, que en la gran falta incurria, de no caer en gracia á la autora de la crónica; pero, este mal no es especial á sexo alguno en ningun país. He leído cosas atroces referentes especialmente al Cuerpo Diplomático, de reporters barbudos

ó con tez de rosa. Ese *Corp*, sinembargo, que es para los Americanos el prototipo de la elegancia y del buen tono, servia con frecuencia de blanco á tiros desapiadados; sin duda, á causa del gran ideal que evocaba, eran los reportes de ambos sexos más exigentes con él. El *Sunday Gazette* de Washington, solia traer críticas acerbas sobre la mezquindad de la manera de vivir de uno ú otro Representante de naciones de primer orden, entrando en detalles penosísimos, no sólo para la víctima, sino hasta para sus colegas favorecidos. En ninguna parte la prensa trata esas cuestiones diplomático-sociales con mayor desparpajo. Entre nosotros, tales abusos, dieran quizá márgen á reclamaciones: en los Estados Unidos nadie puede evitarlos, ni mucho menos castigarlos.

Ha visto Vd. el Opera House? Era la primer pregunta que en Filadelfia me hacian las señoras, y agregaban: *No deje Vd. de admirar el chandelier;* debilidad un tanto provincial era ésta; excusable, sinembargo, pues la mentada araña del teatro es hermosísima y alumbra por sí sola toda la sala muy espaciosa y acústica.

Il Ballo in Maschera horriblemente ejecutado por una compañía de tercer orden, fué el espectáculo á que asistí en Filadelfia. Llegaba yo de París, donde Mario terminaba su carrera musical, con esa partitura, en compañía de la Penco: no es de

extrañarse, pues, si la representacion me pareció aún peor, quizá, de lo que en realidad lo fuera. El público, no obstante acogió á los cantantes con especial benevolencia: fueron aplaudidos y hasta *silbados*, que los Yankees para expresar el colmo de su entusiasmo, hacen precisamente lo contrario de los demas pueblos, silban con furor. Prevenidos los artistas de antemano, de esta aberracion, saben á que atenerse, y el odioso silbido, acaricia más bien que hiere sus oídos. La Patti alguna vez me ha confesado el horror que los silbidos le produjeron siempre, á pesar de haber comenzado su carrera, en los Estados Unidos; yo creo que á mí me hubiera sucedido otro tanto: el palmoteo parece signo natural de contento.

Gusta mucho el pueblo Americano de la repeticion de un motivo que ha sido bien ejecutado y lleva su exigencia, á veces, hasta el extremo de pedirlo, de exigirlo cuatro y cinco veces seguidas. Como se supone, la correccion musical nada gana con esos *encores*, pues los Yankees, es la palabra francesa que usan, en lugar del *bis* latino usual en Francia. No poca gracia me causó en un teatro de *Minstrels*, (son éstos cantores que se pintan y disfrazan de negros, para cantar y bailar música bufa), ver en los costados del proscenio, dos grandes letreros con estas palabras: *No enchores*. Pregunté al amigo que nos acompañaba, y su

explicacion despertó en mí tal acceso de risa, que al recordarla, aún me rio. La *h* que figuraba en medio del *encore* era un presente sajón, hecho á la Lengua de Moliére, que hubiera inspirado, de seguro, al autor *des Precieuses ridicules*, alguna chispeante sátira.

CAPITULO XIII.

Las Norte americanas no se vestian entónces *in full dress*, (traje de baile) para la ópera; así es que el golpe de vista que presentaba en esa noche el gran teatro de Filadelfia, nada de notable tenía.

La mujer Yankee es por lo general más atractiva en *toilette* de paseo, y como lo sabe, evita el escotarse, siempre que es posible. Delgada, muy delgada, generalmente, carece de esa gala escultural, que el traje de baile, forzosamente revela. Se pinta mucho, con exceso, usa y abusa del colorete más que las Francesas, pues el *maquillage* es exclusivo en Francia á cierto nivel social ó á esa edad terrible, denominada en todas las lenguas con el aljetivo benévolo, *cierta*.

Pero en Norte América las muchachas más frescas y hermosas, acuden sin escrúpulo al artificio de los afeites. Fué allí, que por vez primera ví esas cabelleras rubias, producto triunfante de la química, aplicada al embellecimiento.

De los Estados Unidos pasó á París la moda de

las rubias artificiales. Las elegantes Romanas de la corte de Augusto, hubieran, á no dudarlo, sacrificado todo un rebaño, para obtener de los dioses el secreto maravilloso, que en pocas horas cambia el ébano de una trenza en hilos de oro.

Parece simbolizar ese amor á los cosméticos, este hecho, que ocurre en la Union: los perfumes, las esencias de Atkinson y Lubin, los sachets de Guerlain, la veloutine de Fay, el rouge de Violet, se venden exclusivamente en las boticas. En ninguna parte existe mayor variedad de *blanco de perla*, *blanco de lirio*, *blanco de cisne*, *blanco de Vénus*, y cuantos *blancos* puedan ocurrir á la imaginacion fertilísima de un químico poeta, que en el *drugg store* de los Estados Unidos. Mientras que los gentlemen, apuran el espumante vaso de soda water, que brota ruidoso bajo la reluciente llave, las *ladies* escogen sin misterio alguno, los tintes varios que les faltan para completar su belleza. En el reluciente mostrador de mármol, se confunden, se combinan los afeites, con las píldoras de Holloway y Brandz, y los elíxires de Helnold Buchu y Hall.

Los alrededores de Filadelfia son muy pintorescos, y el Parque, en esa época en que el *Central* de Nueva York, era puramente un terreno baldío, en el cual comenzaban apénas los trabajos de nivelacion, se consideraba como el más bello paseo de los Estados Unidos.

Los Norte americanos no tenían en esa época gran lujo de carruajes, según éste se entiende en Europa. Sus caballos eran de media raza, por no decir ménos, mal enganchados, mal conducidos y con cocheros vestidos sin asomo de elegancia. En cuanto á los coches mismos, dejaban mucho que desear como forma y como *tenue*. Falta en la Union el elemento principal, especial, para conseguir ese lujo de equipajes que es el exponente más expresivo del verdadero lujo: la servidumbre. El dueño no improvisa los sirvientes. En los Estados Unidos no los hay. El criado es allí el *help* (ayudante). Con ayudantes, no se tienen esos coches, esos trenes que encantan al viajero y lo deslumbran en *Hyde park*, en el Bois de Boulogne ó en el Prado. El oficio de sirviente, es más complicado de lo que en las Américas se cree, y tanto nosotros como los Yankees, estamos servidos por *aficionados*.

Naturalmente el Girard College, ese monumento debido á la largueza póstuma del Banquero que le dió su nombre, fué objeto de una excursion. Vale la pena de hacerla, y por la primera vez de mi vida, al visitar un establecimiento de ese género, sentí algo parecido al deseo de quedarme allí con mis hijitos. Qué Parque tan pintoresco, qué salas y comedores tan espaciosos; todo parece allí grande, generoso, fácil, y lo es, debido al pensamiento

inteligente y dadivoso de su fundador, que lo dotó con una renta considerable. El Norte americano sabe ser caritativo mejor que nadie, y en la Union se hallan á cada paso monumentos de esa clase regalados por particulares.

Abundan las bibliotecas, las escuelas, los hospitales, que no siempre llevan el nombre de quien los instituyó. Esto prueba, que el reproche de vanidad que se ha echado en cara á los filántropos como *Peabody*, no es justo.

El acueducto que surte de agua á Filadelfia, que dicen ser obra de ingeniería de gran mérito, tiene un estanque vastísimo que presenta una vista muy pintoresca, con sus elevados muros cubiertos de yedra, que semejan una fortaleza antigua. Recuerdo, sin embargo, el horror que sentí, al pasar por delante de ese edificio cuando un amigo cicerone me dijo : « Hace algun tiempo, habiendo agotado los depósitos del agua, se encontró en uno de ellos el cadáver de un niño de pocos meses : algun infanticidio. »

Tales palabras me produjeron una impresion muy penosa, y confieso me amargarou el paseo, que sin ellas me hubiera dejado grato recuerdo.

Los alrededores son hermosísimos, abundan allí las villas pintorescas y confortables á la vez. Los Norte americanos han heredado de los Ingleses el gusto por la gran hospitalidad señorial, y reciben en

el campo á sus amigos, con anchura y cordialidad, como lo hacen los grandes propietarios del Reino Unido. Si falta á veces la correccion inglesa, en esa tierra democrática, en la cual nadie quiere ponerse una librea; no obstante, la cordialidad, la franqueza, compensan más de un vacío, que se nota por la carencia de criados bien habituados al refinamiento y á las exigencias del *high life* europeo.

No puedo prescindir de recordar aquí la respuesta que me dió algunos años despues, un Virginiano, cochero, á quien exigia se pusiera la librea con los colores de la República Argentina: « Señora, » me dijo, « *yo sé bien que eso no deshonra á nadie; pero soy tan joven . . . y quién sabe si llego algun dia á ser Presidente . . . pueden reprochármelo.* » « Tíene Vd., razon, John, » le contesté; y tomé un negro.

Pero ¿ cómo pensar en Filadelfia sin recordar á mis buenas amigas las Moss episcopales y las Moss judías? En aquellos *homes* hospitalarios he pasado horas inolvidables; con Josefina, tan artista, tan alegre, hemos cantado noches enteras, hasta quedar á veces roncas y exhaustas; aquella muchacha tenía el don de interpretar á Gordigiani como la Alboni, y, sin embargo, no habia salido nunca de los Estados Unidos.

Curiosa era la intimidad y homogeneidad de esa familia, compuesta de elementos tan heterogéneos, al parecer, como cristianos y judíos. Jamas noté,

sin embargo, la menor desavenencia entre las primas, y más bien debo, para ser justa, recordar que entre Sister Charlotte y Sister Mary, episcopales ambas, ocurrió una noche, mientras tomábamos el té, cierta discusión, un tanto ágría. Cuál fué su causa? Los méritos respectivos de un predicador y su rival, recién llegado. Sé que por algunos momentos ví turbada la armonía de aquella reunión íntima, en la cual éramos todas *ladies*: mis amigas, solteras, habían pasado los cincuenta.

Temblé por el dulce bienestar que disfrutábamos, y gracias, lo confieso sin modestia, á mi *savoir faire* diplomático, la disputa, que tal lo era, cambió de rumbo y pude saborear con delicia mi plato de *peaches* á la Moss, como yo había bautizado, los duraznos cortados y sopados en leche, con azúcar y canela, que preparaba como nadie Sister Charlotte. Pobres amigas, que tanto me mimaban y festejaban mis chistes, admirando no poco la belleza del *handsome secretary*, con esa franqueza y sinceridad únicas en la mujer Norte americana. Franqueza y espontaneidad, que en algunos casos llegaron á herir en mí cierta fibra íntima; pero, no de seguro en boca de mis sencillas y virtuosas amigas las hermanas Moss.

CAPÍTULO XIV.

La distancia que separa á Nueva York de Filadelfia, se recorre en tres horas, y gracias al *Adam's Express Company*, los inconvenientes del equipaje desaparecen, como ántes lo dije.

Cuando se está ya á poca distancia del *Ferry*, vaporcito que toma los pasajeros de Pensilvania, y á guisa de flotante puente los trasporta á la otra orilla del Hudson, es decir, á la ciudad de Nueva York, aparece en el wagon cierto individuo, armado con un registro y un lápiz. Pronuncia tan sólo la palabra *luggage* (*bagaje*); y todos los viajeros que comprenden su lacónico *luggage*, le entregan los famosos cuadraditos. El viajero, despues de recibirlos en la estacion del ferro carril, los guarda en su saquito de viaje, si es *lady* como yo, y de lo contrario, los echa simplemente en el bolsillo, y difícil es perderlos, por su peso y el ruido metálico que al caer producen.

El encargado del bagaje, así que toma los cuadritos, pregunta: *Qué hotel?* y si la persona sabe

el número del cuarto ó de los cuartos que se le destinan, puede, á su llegada, tener la grata sorpresa, de hallar todo su equipaje en sus habitaciones. Fuerza es reconocer, que viajar así es delicioso.

Llegando de Filadelfia, el movimiento de Nueva York parece aún mayor que al desembarcar de Europa; se reconoce al punto ser aquella la primer ciudad de la Union.

Las damas de Nueva York para pasear en las calles, se visten tanto ó más que las de Filadelfia. El triunfo de la Yankee es *Broadway*.

Con tacones de altura inverosímil, caminan con una ligereza y una rapidez, que no carecen de gracia, las esbeltas hijas del Hudson. Son en extremo coquetas para el calzado; tienen el pié pequeño, como las mujeres de nuestra raza; han degenerado de las Inglesas, lo saben y lo aprecian. Sólo en Nueva York, he visto botitas doradas, calzando con primor los piecitos de una bellísima *miss* de quince años, que hubiera podido disputar el premio de Cendrillon, á mi amiga Magdalena Gálvez, la Limeña más Limeña que he conocido, por su gracia, su zalamería cariñosa y la pequeñez de sus piés.

Madame de Metternich tenía en su *boudoir* sobre una *etagère*, como adorno, una diminuta botita de terciopelo azul turquí, que compró á precio de

oro, al zapatero de la *charmante* esposa del Representante del Perú.

La extravagante Princesa, mostraba esa maravilla á sus amigos, repitiendo: *Elle la chausse!* pues parece que, á fuer de Princesa y de Embajadora, se permitiera un dia entre risueña é impertinente pedir á mi amiga, le enseñara su pié, mostrándole la botita. La Limeña, que era vivísima, se vengó, calzándose la; *sin calzador*, repetian las crónicas del Imperio.

El calzado es carísimo en Nueva York, como en toda la Union, y no exagero, al decir, que un par de botines de cabritilla para señora, se paga veinte y veinticinco duros.

La Yankee se estrecha el pié tanto, cuanto la mano, que tiene generalmente pequeña, y la aprisiona con guantes uno ó dos números ménos que su medida: valen éstos de siete á ocho duros. Todavía, la elegante Americana no ha llegado al refinamiento de la gran señora parisiense, que usa los guantes, para proteger sus manos y conservarlas bellas al sacárselos.

Todo lo que es importado, es carísimo en Estados Unidos, y vale tres y cuatro veces más que en Europa. De suerte que el lujo resulta realmente inabordable, para bolsillos medianos.

En cambio, la vida material es bastante barata; el mercado de Nueva York lo es tanto, que los

vapores de las Compañías trasatlánticas, prefieren surtirse allí, á hacerlo en Inglaterra ó en Francia.

No me causó poca sorpresa que, en la tierra clásica de la democracia, todos los carruajes particulares, ostentaran en sus portezuelas aristocráticos blasones. Más tarde, cuando conocí á fondo aquella sociedad, y recibí cartas de damas elegantes y de políticos estirados, ví, ser casi general, el uso del escudo, real ó apócrifo de la familia, y que con raras excepciones, los Norte americanos, como los Irlandeses, pretenden descender todos de regia estirpe.

En los Estados Unidos, se producen fenómenos capaces de preocupar, y trastornar las nociones de equilibrio social, en el espíritu del pensador más profundo. Por ejemplo, el catolicismo, en constante pugna histórica, con las libertades de todo género, en el Viejo Mundo, se amalgama admirablemente en la tierra de Washington, con republicanos y demócratas, que lo consideran puramente como una secta religiosa, que nada tiene que ver con la política. Los jesuítas mismos, esa piedra de escándalo, esa *bête noire* del liberalismo militante, viven en santa paz con los protestantes ultra liberales, en Yankeeland, y tienen allí colegios renombrados y florecientes. La libertad de las instituciones los atrae y la de cultos los ampara.

En la Union, el clero católico es muy distinguido

y realmente digno; por sus virtudes y su saber, recuerda el de Francia.

Otro tanto digo de las Hermanas de Caridad, que practican con elevacion la enseñanza y cuidan con evangélica dedicacion de los enfermos.

Cuando los pueblos civilizados tienen creencias, la tolerancia les es natural. En Norte América ésta se halla basada en el mútuo respeto. Allí no hay quien no tenga una religion y la practique. Los Domingos hasta las dos de la tarde, véñese las calles llenas de gentes, que van al *service*, ya pertenezcan á esa serie de sectas en que se ha fraccionado el protestantismo, ya al catolicismo. El Sábado es el dia de los Hebreos. No es posible habitar la Union, digo, los hombres, sin asistir por decoro á alguna iglesia, pues las mujeres, con raras excepciones, tienen siempre en todas partes del mundo algun credo religioso.

Desde el Presidente de los Estados Unidos, hasta el modesto empleado de la más insignificante reparacion, todos concurren á la iglesia *on sabbaths'day*. Y es de notar, que allí no hay religion del Estado; cada cual sostiene su culto. Frecuentemente ocurre en las familias, que el padre sea episcopal, por ejemplo, y la madre metodista ó baptista; pero tal diferencia no acarrea divergencia alguna radical: es puramente cuestion de iglesia. Ya he dicho, en apoyo de lo que antecede, que mis amigas las Moss,

cuya familia era numerosa, se dividian en protestantes y judías, este ejemplo lo he visto repetirse muchas veces.

Igualmente he oido decir á padres de familia : *Mis hijas no tienen religion alguna fija, van tan pronto á una iglesia, tan pronto á otra ; de ese modo, cuando se casen, tomarán la de su marido.*

Tan desconocido es el fanatismo religioso en aquel país, que, en general, las familias protestantes prefieren tener sirvientas católicas, que abundan, pues las Irlandesas, lo son siempre sin excepcion.

La confesion es un freno y una garantía, me decia mi amiga Mrs. Judge Park, episcopal devota ; *y cuando tengo queja de Jane, la mando á su confesor.* Fuerza es reconocer, que la dama protestante carecia de lógica ; pero su intencion era buena. Yo me guardé bien de decírselo, y por lo contrario, le contesté : *You are right* (tiene Vd. razon) ; que, en cuestiones religiosas, la discusion es por lo ménos inútil y la buena crianza nos enseña, á respetar todas las creencias, aunque éstas no existan en realidad y sean puramente un barniz social, más ó ménos sólido.

Quizá, con ese espíritu práctico, eminentemente utilitario de los Americanos, la dama protestante se hacia este racionio, en extremo correcto : *Siendo católica, mi sirvienta no tendrá inconveniente*

en servirme el Domingo, y de esa suerte podré utilizarla como los demas dias de la semana.

Y á fe que no le faltaba razon. No hay nada más incómodo, que el servicio intermitente que prestan los criados protestantes, para los cuales, el Domingo representa mucho despliegue de galas, dos horas de iglesia y el resto de paseo.

Vale la pena de soportar los inconvenientes de la católica Irlandesa; éstos son el ayuno forzado, la vigilia durante toda la cuaresma, con sus exigencias de alimentos delicados, acompañados de incesantes tazas de té, y al caer la tarde, el inevitable primo, que viene á visitarlas por el *basement*.

Pobre Maggie! tan activa, tan abnegada, tan cariñosa con mis hijitos; no he tenido una sirvienta más perfecta que esa rolliza Irlandesa, de ojos azules y cabellos negros. Llorando como una catarata, se despidió de nosotros, repitiendo entre sollozos: *Yo iria, yo iria . . . ; pero mi primo . . . y me ha prometido casarse!*

No quiero terminar el capítulo, sin declarar que el primo ha cumplido la promesa, y que hoy Maggie, mi buena Maggie, se halla á la cabeza de un floreciente establecimiento de licores en Washington, y de una familia de seis Yankeecitos católicos.

CAPÍTULO XV.

Las muchachas Norte americanas no tienen prisa por casarse. Prefieren hacerlo tarde, disfrutando, según dicen, de su libertad. No les falta razón; pues si son coquetas y *firt* como nadie, cuando solteras, así que se casan, dejan de serlo, especialmente en la clase media. Las ricas, tienen los defectos inherentes al medio social en que viven, á esa necesidad de la mujer desocupada, de emplear sus ocios y de sacrificar á la diosa moda, inflexible minotauro que devora seres humanos, bajo todas las formas.

Difícil tarea fuera, reducir á un cálculo estadístico la mayor ó menor cantidad de matrimonios felices, que existen en una ú otra parte del mundo. Háse dicho, con generalidad, que en Francia, por la manera como las uniones se hacen, tiene forzosamente que ser mayor el número de los matrimonios mal combinados. Esto no deja de tener una base aparentemente sólida, pues se pone irrefutablemente de lado á priori, como

inútil, el elemento amor; pero dada la inestabilidad de las cosas humanas, su fragilidad transitoria, bien puede creerse que, en esos que se llaman matrimonios de conveniencia, si se entienden por tal, no sólo las uniones que armonizan la fortuna, sino tambien las que consultan los hábitos, la educacion y aún el temperamento de los conyuges, acaso ese género de conveniencias resultara ser una base sólida y estable, para la consolidacion de la familia futura.

Desgraciadamente, tal no sucede, y el *auris sacra fame*, todo lo confunde y funde, de suerte que, la caza de dinero, suele excluir, ó excluye generalmente, el reparar en esa armonía de ideas, de gustos, de temperamentos, ántes lo dije, que, á no dudarlo, debieran contribuir á asegurar la paz y la dulzura de la asociacion *ad vitam*, que se llama matrimonio.

Los Norte americanos tienen el recurso del divorcio, del cual no abusan, pero sí usan. Yo he conocido varias damas muy distinguidas, que, despues de divorciadas de su primer marido, por causas que ignoro, habian contraido matrimonio con el *Master* tal, bajo cuyo nombre yo las conocí, sin desmerecer por eso en la sociedad. Pero, lo repito, usan, no abusan, de tal recurso.

Se me dirá, en qué consiste tal moderacion? Yo creo que consiste especialmente, en las tendencias

de raza ; aunque no de una manera absoluta, pues no es posible desconocer, que los Sajones tienen, mayor reserva y frialdad que los Latinos. Me equivoco quizá al considerar la cuestion divorcio bajo esa faz. Es muy posible. No tengo al respecto una opinion hecha. La familia, tal cual hoy existe, habrá de pasar, á mi sentir, por grandes modificaciones, que encaminen y dirijan el espíritu de los futuros legisladores, para cortar este moderno nudo gordiano.

Las Norte americanas se casan por amor ó lo que por tal se entiende generalmente, es decir, que los padres no les imponen tal ó cual marido : ellas se lo procuran, lo escogen á su gusto. En cuanto si es siempre el dios ciego, el que á esas nupcias preside, yo me he permitido dudarle en algunos casos. Sea lo que fuere, ellas disfrutan, y creo con alguna justicia, de la fama de buenas esposas.

Desgraciadamente, una sociedad tan floreciente, tan rica, tan admirada, y aún tan envidiada, tiene, como todo lo humano, un lado muy flaco. La familia, que debia, al parecer, bajo tales auspicios, desarrollarse floreciente, con la exhuberancia de la vegetacion tropical, no alcanza nunca gran desarrollo, en los grandes centros civilizados de la Union.

Como á mí me repugna por demas, tratar esta cuestion, de una importancia vital, empero, para todas las sociedades, recomiendo al lector, que

guste de profundizarla, las obras del Dr. T. Gaillard Thomas, célebre Profesor de Nueva York, especialista de obstetricia, sumamente interiorizado en las costumbres de la sociedad Yankee.

Yo prefiero pasearme tranquilamente por la Quinta Avenida, esa espléndida calle de mansiones de mármol blanco, que parece pertenecer á ciudades de las Mil y una noche.

El hotel que lleva su nombre, completa la ilusion; es un altísimo edificio de deslumbrante blancura, y despierta en el espíritu pensamientos risueños y aún elevados. Verdad es, que á cierta altura de la famosa calle, el viajero se encuentra con la suntuosa habitacion de madame T . . . y que al preguntar, quién es esa riquísima propietaria, una sonrisa fisgona, contrae los semblantes masculinos. Pero, cómo evitar que una mujer que practica el oficio de la madre de Sócrates, haga fortuna, en esa tierra clásica de las libertades? Á mí, ademas, no me importa el cómo, ni quiero escuchar lo que de ella se cuenta; á ser verdad, fuera demasiado horrible: yo me guardaré bien de escribirlo. Basta y sobra con haber encontrado en mi camino ese misterioso palacio, cuyo recuerdo me pesa.

Non ragonar di lor, ma guarda é pasa.

Con el pensamiento, que al fin es libre, me trasporto á Broadway, frente al museo Barnum. Esto, por lo ménos, es genuinamente Yankee, y

presenta otra faz del carácter norte americano, que contiene igual dosis de candor y de pillería.

Pero tal mezcla no es posible, se me dirá. Yo respondo con el mismo Barnum, ciudadano de la Union, nacido en la Union, el cual, pasa su vida mistificando aquel pueblo de libres, con fenómenos y prodigios de esta fuerza. En 1860, el charlatan Norte americano, el inventor del *humbug*, esa palabra intraducible, que significa á la vez engaño, exageracion y farsa, exhibia con gran pompa y respetuosa simpatía, la nodriza de Washington; y sus compatriotas, pagaban felicísimos dos dollars, por enternecerse, ante una negra cualquiera, con motas blancas y ojos azules de idiota, que por toda respuesta, decia: *Yes, mass!* (Sí, el amo).

La fachada del Barnum *Museum*, semeja un teatro ambulante de feria; de esas *fêtes* que tiene lugar en Francia en los *villages*, regularmente una vez por año.

Las maravillas pintadas en el exterior de las paredes de lienzo, deben dar una idea de las sorpresas y prodigios, que, en el interior esperan al dichoso mortal, que mediante una paga moderada, alcanzará á penetrar en el misterioso recinto. Estas atracciones externas, deben ser suficientemente tentadoras, para aguzar los deseos sin satisfacerlos. Por ejemplo: si se exhibe en el interior una mujer gorda, el retrato de la rolliza Vénus,

debe ser igualmente robusto y un tanto escotado, sin chocar con exceso á la modestia. En un letrero con letras bien visibles, colocado á la altura de la boca, dirá: *podrá hablarsele*; y en otro, artísticamente puesto, sobre la liga de una pierna con proporciones mastodónticas, que la carnuda diosa, con cierto descuido enseña, recogiendo graciosamente el traje, se leerá: *podrá tocarse*. Tal incentivo, hace que el curioso, más estimulado que satisfecho, desembolse gustoso su dinero.

Barnum ha seguido idéntico sistema, solamente como su museo es una casa de piedra, de paredes sólidas, el exterior está guarnecido con bastidores de lienzo pintarrajeado, que ofrecen al curioso maravillas de todo género.

El dia en que yo, en mi calidad de viajera distinguida, visité el gran museo, en la puerta ví el retrato lilipuciano del Comodoro Nut, el enano rival del célebre Tom Pouce, acompañado de esta tentadora inscripcion: *El Comodoro declamará, cantará y bailará*. Cómo resistir?

Dos enormes boas constrictor, pintados con esos colores especiales á la paleta de los Michel Angiolo Yankees, y una foca colosal de humanos ojos, acompañaban el retrato del correcto Comodoro, y atraian la atencion de una turba boqui-abierta, que, miraba extasiada, aquellas maravillas del arte moderno.

Resonaba una música chillona, estridente y confuso rumor de vocerío. Reinó el silencio. Barnum *in propria persona*, presentaba al respetable público al famoso Comodoro, en el momento solemne, en que tuve la dicha de penetrar al recinto reservado, merced á un dollar extra, pues el de la entrada sólo servia para entrar. Era una estafa, pues el anuncio decia: *El Comodoro Nut, por un dollar*. Pero, á quién quejarse? Y sobre todo, cómo resistir á la sonrisa insinuante del galoneado ugier, que repetia con voz melíflua: *Ladies and gentlemen, el Comodoro Nut, por sólo un dollar*, enseñando un índice simbólico y cabalístico. Hubiera sido necesario un estoicismo antiguo para resistir, y nadie resistia.

Sobre un proscenio mezquinamente decorado, apareció el Comodoro, que nada de monstruoso tenía, sea dicho de paso. Parecia un niño de cinco años perfectamente conformado; y, quién nos asegura que, estando en casa de Barnum, tuviera los veinticinco años anunciados en el cartel? Vestia un coqueto uniforme de Comodoro de la Union y se apoyaba en una ligera varita. Con modales blandos y fáciles, se acercó á la boca del telon, saludó á las *ladies*, sacándose su gorrita galoneada, y un trueno de aplausos y silbidos le contestó entusiasta. Cesó la música y el Comodoro, con vocecita de niño, pronunció un

speech de pocas palabras, sobre el honor que sus conciudadanos le dispensaban. Otro trueno de aplausos, y el telon cayó.

Yo dije para mí: será el principio de la funcion. En efecto, la música comenzó de nuevo á hacer oír sus discordes armonías, y poco despues volvió de nuevo á alzarse la cortina y aparecieron dos actrices feas y mal entrazadas, que comenzaron una pantomima insulsa, esa pasion de los Ingleses, que para ser resistible, necesita ser ejecutada con perfeccion.

Salto, muecas, gestos más ó ménos expresivos, dirigidos á un vejete, que parecia, desde que se presentó, querer simbolizar por sus actitudes reservadas y púdicas, la casta Susana, perseguida por sus dos terribles amadores, fué el espectáculo que presenció el público, en compañía del Comodoro, que no tardó en mostrarse de nuevo. Esta vez venía de particular, y un lacayo, que medía tres piés, *sin zapatos*, segun la expresion Yankee, le seguia, acarreando penosamente una sillita de paja, en la cual tomó asiento gravemente el exíguo Comodoro.

Las peripecias de aquel torneo femenino, en el cual el gaje de la vencedora, debia ser el desdeñoso monstruo pintarrajeado, de arratonada peluca, fueron numerosas; pero, no variadas; sinembargo, el Comodoro se dignó, más de una, vez chocar sus

manecitas fenomenales en signo de aprobacion. Electrizado el público con aquel aplauso inteligente, daba tan ruidosas muestras de contento, que llegué á temer por la solidez de la sala. Las irresistibles *ladies*, vencieron por fin á fuerza de piruetas la resistencia del Adónis sexagenario, que cayó por fin, rendido de hinojos, ante los piés de la beldad.

En el lenguaje coreográfico, levantar los ojos al techo y llevar las manos al corazon, oprimiéndolo con repeticion, significa: *yo os amo*. Las damas comprendieron, y en signo de alegría, al son de una música, que recordaba la de los circos ecuestres, comenzaron un furioso *cancan*, en el cual, oh dolor! no sólo tomó parte el rendido viejo, sino hasta el imponente Comodoro.

El entusiasmo de la sala no tuvo ya límites, al presenciar aquella ronda-catonga, que nos habia costado dos dollars. Cayó el telon y comenzaron los *enchores* con tal furor, que no me fué posible resistir el espectáculo por más tiempo, á pesar de las súplicas de mis chiquitines.

Cuando salí de nuevo al aire libre y contemplé la luz del dia, pues aquella sala estaba iluminada con gas, me pareció despertar de una cruel pesadilla.

Viéndonos ganar la puerta, el amable uquier, influenciado sin duda por la magia del *cancan*,

repetía: *Faltan las boas y la foca! No se paga, agregaba en tono confidencial, está incluido!* Mis muchachos me tiraban de la mano, repitiendo: *Todavía falta; todavía falta;* pero yo tuve la crueldad de responderles: *No!* y me lancé arrastrándolos desapiadadamente hacia Broadway, donde tomamos el ómnibus, que debía conducirnos al hotel.

CAPÍTULO XVI.

Los vapores que suben el Hudson, son verdaderos hoteles flotantes, donde el viajero halla toda especie de comodidades. Allí se encuentran, además de camas y divanes confortables, para pasar la noche, libros, periódicos, billetes de ferro carriles, fotografías de los diversos puntos que se van recorriendo, y sobre todo, una excelente cena, con acompañamiento de helados de sabores varios, ese *ice cream*, sin el cual no hay comida completa en la Union.

Al ponerse el Sol, nos embarcamos en uno de esos lujosos vapores, y al rayar el alba, llegábamos á Albany, la capital del Estado de Nueva York, donde se toma el tren que conduce al Niágara.

Las orillas del Hudson son verdes y pintorescas; y merced á una luna casi llena, en un cielo despejado, disfruté sobre la cubierta, hasta muy entrada la noche, de una vista encantadora. Aquellos blancos *cottages* dormidos entre árboles y jardines, que nos enviaban, merced á la brisa de tierra, sus

olorosas emanaciones, recordaban, á la luz tibia de la luna, fantásticas habitaciones de hadas. El vapor parecia rozar dulcemente las floridas márgenes del rio, y los pensamientos perezosos, que vagaban por las regiones de la fantasía sin fijarse un instante ante una idea, preparaban dulcemente al sueño.

Albany, la capital del Estado más importante de la Union, es una ciudad sin movimiento, y sus calles silenciosas y desiertas, con grandes edificios antiguos, traen á la memoria las ciudades de provincia de Francia, en las cuales hay poquísimos tráfico: á ciertas horas, esas ciudades parecen inhabitadas.

En Albany, como en Washington, el elemento oficial es el reinante; el comercio casi nulo.

Los trenes en aquella época, eran en extremo incómodos, y el contacto forzado de los viajeros, unos con otros, durante muchas horas, en los penosos dias de verano, hacian el viaje insoportable. El lujoso *Pullman Cart* de hoy, con sus sillones giratorios y sus departamentos reservados, aún no existia. Aquel largo trayecto, me pareció en extremo penoso; pues, á pesar de que el ferro carril sigue de muy cerca, el curso de dos rios, que corren entre altas colinas, cubiertas de bosques, el polvo y el calor todo lo oscurecian, todo lo volvian ingrato y desabrido. El uso de la leña para las locomotoras,

produce un humo espeso que sofoca y ensucia : los desdichados viajeros, llegan con unas caras imposibles ; el *duster* (guarda polvo) es de absoluto rigor.

Tuvo fin aquella interminable jornada : habíamos llegado al Niágara. Al notar el asombro que se pintaba en mis ojos el amigo que me acompañaba, dijo: *Es la catarata!* Un retumbo sordo, parecido al estampido de cañones lejanos, resonaba sin cesar. Volví la vista en todas direcciones, con esa avidez del *touriste*, y nada ví. *Despues*, agregó mi inolvidable compañero Molina, decano entónces del cuerpo diplomático en la Union, ó Molinita, como le llamaban mis hijitos ; y ofreciéndome el brazo, nos encaminamos juntos al *Niagara Falls Hotel*.

Un baño y una hora de descanso, me volvieron la vida. Dormí arrullada por aquel rugido bronco é incesante, que debia resonar en mis oídos, mientras me hallara en las cercanías de la catarata, produciéndome un intenso malestar nervioso. Hay quien pretende que ese ruido, se oye á más de dos leguas ; yo no lo sé. Chateaubriand, dice: « Que el rugido de la catarata ensordece, á más de dos leguas. » El autor de René, cuando fué al Niágara llegó en la clásica diligencia ; pero yo me acerqué y me alejé en el ferro carril, que devora las distancias y cubre todos los sonidos. Lo que el viajero gana en rapidez, lo pierde en inspiracion el artista.

Generalmente los viajeros van en busca de la catarata en coche; esos son los neófitos, que se dejan explotar inconcientes por los cocheros pillos, de profesion, que, despues de arrancarles dollar tras dollar, acaban, finalmente, por llevarles por vias más ó ménos curvas, al *Prospect Park*, único sitio, de donde puede verse la catarata. Yo, gracias á la experiencia de mi excelente *cicerone*, evité todos esos escollos.

¿Podré dar una idea de lo que experimenté, al enfrentarme de improviso, en una de las vueltas del camino con aquella masa espumante y atronadora? No lo creo. El temblor que se apoderó de mí al divisarla fué tal, que tuve que apoyarme pesadamente en dos brazos amigos. No podia dar un paso, me estremecia bajo la doble impresion del espectáculo y del frio intenso, que de repente cambió la temperatura; un velo de lágrimas cubria mis ojos, y aquel retumbar de las aguas, complicaba terriblemente el cúmulo de emociones que me atormentaba. Recuerdo que repetí de una manera inconciente: *Por Dios, qué ruido!* y me desmayé.

Cuando volví en mí, el fragor incesante fué lo primero de que me dí cuenta. Hice un esfuerzo supremo para ponerme de pié, y conseguí afrontar la vista de la cascada.

El rio Niágara, que une el lago Erie al Ontario,

y sirve de límite al Alto Canadá y á los Estados Unidos, al separarse del Ontario, forma la famosa catarata, cuyas aguas, divididas por la pequeña isla *Goat Island*, se precipitan de una altura de más de cincuenta metros, en dos cascadas maravillosas: la de la Herradura, por el costado del Canadá, que tiene seiscientos metros de ancho, y la del lado de los Estados Unidos, que sólo es de doscientos.

El espectáculo es incomparablemente más grandioso, desde la orilla americana; pero ménos pintoresco y armonioso, si la expresion es aquí permitida. Aquella masa espumante que ruge y se desploma con vertiginosa rapidez, acelera los latidos del corazon, produce espanto y evoca pensamientos, que parecen ajenos á este planeta.

Me sentí arrastrada á pesar mio, atraida magnéticamente por aquella hirviente espuma, por aquella fuerza viva, que se manifestaba con una exhuberancia titánica; y sin el celo afectuoso de mis compañeros, me hubiera precipitado en el abismo. Ellos espiaban atentos en mi semblante los fenómenos nerviosos, producidos por la vista de la catarata: *la fiebre del Niágara* me poseia como á pocos. Lancé gemidos angustiosos, que fueron á perderse en aquel trueno sin fin y un raudal de lágrimas benéficas, alivió por fin mi pecho oprimido.

Aquella tarde no ví más. Me volví al hotel, seguida por el constante rumor de las aguas; y

en la noche, agitada por tantas emociones, no se si dormí, sólo sé que en la mañana desperté exhausta y sin fuerzas.

Naturalmente, yo no subí al puente suspendido sobre la catarata, que produce un vértigo á que pocos viajeros pueden resistir, no sólo por la altura en que se halla y la atraccion misteriosa del abismo, sino por el temblor incesante que lo agita. No bajé tampoco á la *Caverna de los vientos*, en donde, como dice un viajero frances, se contemplan en toda su infernal sublimidad las convulsiones de la catarata. Ni mucho ménos, me embarqué en el *Ferry*, como cáscara de nuez, que atraviesa valeroso, por entre las crestas de espuma de una orilla á otra; mis compañeros masculinos lo hicieron, revistiendo el traje de goma, indispensable para no llegar mojados hasta los huesos.

Yo me quedé en el hotel, mirando, no tengo inconveniente en confesarlo, en el estereoscopio colosal, que decora el gran salon, las admirables vistas de la cascada, en todas sus várias fisonomías. El rumor de las aguas hacia la ilusion más completa. Me parecia por momentos sentirme salpicada por las frias gotas de la espuma.

Ah! Pero al dia siguiente, desde la Sister Island, situada á poca distancia de la Goat Island, pude contemplar un espectáculo bellissimo, que nunca olvidaré: el de los *rapids*.

El río es allí más ancho; y como las aguas hallan sin cesar una serie de arrecifes, de escollos, que les impiden el paso, se levantan, se encrespan, se sublevan irritadas, formando torbellinos de nevada, sedosa espuma, donde el Sol refleja la magia de su iris. Sinfonía viviente de luz y de colores, que acompañan los ecos del Niágara y los gemidos del viento, que agita las elevadas cimas del bosque secular situado á poca distancia.

Atravesando al Canadá, lo que se efectúa fácilmente en carruaje, divísase el Niágara americano, que yo hallo más bello, más armonioso, pues allí, la altura de la cascada está en proporciones mas correctas con su anchura, de sólo doscientos metros, y el paisaje que le sirve de marco, es más accidentado y pintoresco.

Dos días pasé escuchando, como dice Chateaubriand *la voix solitaire du flot puissant et éternel*, y luego tomé el tren que va á Lewiston, pequeño puerto situado sobre el lago Ontario, en la embocadura del Niágara. Allí nos embarcamos en un vaporcito, que en pocas horas nos trasladó al steamer, que hace la travesía del Ontario y del río San Lorenzo. No sin haber comprado antes en *Cataract House*, situada en la calle única del Niágara, donde abundan las tiendas de curiosidades, esa serie de fotografías de la cascada, que

se ven allí *pêle mêle* con abanicos, pantallas, bastones y chucherías variadas, que se venden como industria local.

El rio San Lorenzo lo forman, en realidad, una serie de lagos, que van estrechándose continuamente y acumulando esos torbellinos ó *rapids*, que hacen su navegacion tan pintoresca.

Las Thousand Islands (mil islas) que hallamos en nuestro camino, son, como lo indica su nombre, un gran conjunto de islas é islotes, cubiertos de arboleda y de una vegetacion lujosísima.

Cada vez que el vapor salva uno de esos torbellinos, se le siente levantarse como si un brioso Leviatan, lo suspendiera sobre sus gigantescas espaldas.

El último de esos torbellinos situado á algunas millas de Montreal, entre el village frances de Lachime y la aldeita india de Caughnawaga, es el único que seriamente recuerda los *rapids* del Niágara.

Muy gratos recuerdos me ha dejado esa travesía.

Los viajeros eran poco numerosos; el estado de los espíritus, la agitacion que reinaba en el comercio, no permitia á los Americanos, entregarse á las delicias del verano, con la anchura y el lujo de costumbre. Los pasajeros eran casi todas personas modestas; habia poquísimas *ladies*, pero no faltaban los negros guitarreros, que por la noche

subian sobre la cubierta á cantar sus graciosas canciones virginianas. La más favorita entónces, era una patriótica, de un ritmo muy animado y cantante, cuyo refran era *Ill' give my money for the Unions boys* (daria mi dinero á los muchachos de la Union). Naturalmente, los cantores tenian buen cuidado al terminar, de venir á presentar á los viajeros su sombrero. Las monedas caian con más ó ménos generosidad, segun el entusiasmo que despertaba en el ánimo de los unionistas, el recuerdo de los *boys*, que, en ese caso, significaban los soldados del gran ejército.

No quiero olvidar una circunstancia, que puede parecer frívola; pero, que para mí no lo era. La comida de abordo, tenía un *cachet* americano especial, que me recordó el clásico puchero con choclos de la patria ausente.

Pero ya estamos frente á Montreal, ya se divisa el *Victoria bridge*, el puente suspendido más largo de América y quizá del mundo entero.

CAPÍTULO XVII.

Montreal es una ciudad mitad inglesa, mitad francesa; en sus calles se oye tan pronto hablar la lengua de Racine como la de Byron; pero, igualmente alteradas una y otra. El acento canadiense especialísimo en ambos idiomas, es de una gran suavidad.

Poquísima animacion reinaba en esa metrópoli en la época en que yo la visité: el calor era tórrido y hacia dudar, de un hecho reconocido por todos los viajeros. Es decir, que el frio del Canadá es tan rígido, como el de Rusia, y que allí, como en Moscow y en San Petersburgo, el invierno dura siete meses.

Dividida la ciudad por el rio, en dos ramales, es bastante pintoresca; el Oeste, es el costado inglés, habitado puramente por ingleses; así como el Este, pertenece exclusivamente á los Franceses.

Curiosa es la buena armonía, que reina entre esos dos elementos de poblaciones, que no tienen sin embargo, gustos ni afinidades que les sean

comunes; pues fuera de las transacciones forzadas de la vida comercial y política, no se les ve nunca mezclarse, ni mucho ménos casarse, unos con otros. Existe entre ellos, como una antipatía de raza, templada sólo por ese buen sentido práctico del Sajon, y, fuerza es reconocerlo, del Francés trasplantado al Nuevo Mundo.

Los ricos, los banqueros, los grandes industriales, son allí de raza inglesa todos, con poquísimas excepciones, aunque Franceses é Ingleses sean igualmente súbditos de S. M. Británica.

El Canadá, es una poblacion de cuatro á cinco millones de habitantes, que forma una confederacion dependiente de la Inglaterra. La metrópoli inglesa, se limita, sin embargo, á nombrarle un Gobernador, pues el Canadá se gobierna con instituciones que le son propias y tienen mucha analogía con las Americanas. El Gobierno inglés paga una guarnicion de dos mil hombres; pero el Canadá posee una guardia nacional que, segun dicen, tienen más de francesa que de inglesa, y, cosa extraña, en las Cámaras canadienses se habla tan pronto inglés como frances.

La influencia del clero católico, es poderosa; existiendo entre católicos y protestantes, cierta rivalidad muy marcada, que se manifiesta en la prensa.

Asistí á una representacion muy curiosa en

Montreal, por ser ésta mitad en frances, mitad en inglés; sea dicho de paso, que el teatro era feísimo y los artistas malísimos.

En cuanto á los hoteles, no se parecen en nada á los de los Estados Unidos: son sucios y carecen de *comfort*, y naturalmente se habla en ellos, ó mejor dicho, se estropean alternativamente los dos idiomas reinantes.

En las tiendas se habla una curiosa algarabía; pues con ese espíritu especialmente frances, que consiste en tratar al *marchante* con exquisita cortesía, resultan frases tan grotescas como esta: *Madame, toujours at your service.*

Poco tiempo permanecí en Montreal. La ciudad no ofrece gran interes para al *touriste*.

Mi objeto era visitar á Saratoga, ese Baden Baden de los Yankees, ántes de volver á Nueva York.

Muy de mañana cruzamos el puente Victoria, y á poco andar, llegamos á la frontera Americana, y seguimos costeano el admirable lago Champlain, uno de los más bellos de América. Sin embargo, al viajero le espera aún la sorpresa del lago Jorge.

En un vapor por el estilo de los del Hudson, se navega, durante algunas horas, literalmente entre flores. El lago es estrecho, sembrado de islotes cubiertos de vegetacion, de esos lirios de agua,

de pétalos blanquísimos y cáliz dorado, que exhalan un perfume tan penetrante, que llega á ser opresivo.

En ambas márgenes, hay quintas con jardines que avanzan hácia el lago, y vienen á bañar en aquellas aguas trasparentes los troncos de sus magnolias. Esos árboles, crecen allí silvestres, y en el verano, sus flores ocultan totalmente las hojas. El ambiente que se desprende de las orillas, cubiertas de muchachas graciosas, reclinadas sobre la yerba, otras tantas flores animadas, es embriagador. Se recuerda la isla de Calipso, y la diosa rodeada por sus ninfas; y si me atreviera, diría más, evocando el recuerdo del sabio Ulíses y sus compañeros. Las guitarras, ó mejor dicho, la guitarra yankee, el *banjo*, resuena sin cesar, y se oyen esas canciones virginianas tan atractivas y seductoras por su lánguido ritmo de habaneras cubanas.

Todos esos encantos presagian la llegada á Saratoga, el sitio *attractive* por excelencia, segun los Yankees.

Un verano en Saratoga, e poi morire, me decia poniendo los ojos en blanco, un abogado de Nueva York, que creia hablarme en español.

Yo no puedo decir otro tanto. El hotel á la moda entónces, que parecia un cuartel, era un vasto edificio de madera sin gracia ni *comfort*. Los aposentos daban sobre un corredor estrechísimo

y eran tan pequeños, que no fué posible hacer entrar en ellos ninguno de mis baules, que, seguramente no tenían dimensiones excesivas, pues yo viajaba puramente como *touriste*, y me habia guardado bien, de embarazarme con *toilettes* inútiles. Mi contrariedad, que llegó á degenerar en malhumor, era excusable. Los baules no podian quedar en el corredor, y era imposible abrirlos en lo que allí se llama el *porch*, es decir, un inmenso vestíbulo, lleno de gentes que van y vienen. Y, sin embargo, no hubo remedio: fué preciso hacerlo así é ir acarreando objeto por objeto, hasta los diminutos camaracheles que iban á servirnos de aposentos.

« Pero cómo hacen estas mujeres; » preguntaba yo indignada á nuestro paciente *cicerone*, « para vestirse con tantas sarandajas en esas cuevas que ni espejo tienen? » y Molina, sonriendo, respondia: « Son Yankees, señora. »

Mal ó bien, yo y mis chiquillos cambiamos el polvoroso traje de viaje, por galas parisienses, que á decir verdad, hallé insuficientes, cuando penetramos en aquel comedor, preparado para cuatrocientas personas.

Las *ladies* estaban todas, sin excepcion, vestidas de baile, salvo que los corpiños eran subidos; pero no les faltaban ni encajes, ni joyas, ni mucho ménos, flores artificiales en la cabeza. Eso sí,

los gentlemen vestian sacos ó jaquets de mañana, sin pretension alguna y sin asomo de elegancia. Confieso que sentí cierto malhumor, al verme tan modestamente ataviada, con mi vestido de tela cruda, que á pesar de estar firmado Laferrière, quedaba completamente eclipsado, por el de mi rubia vecina, que, á fuer de novelista de estos tiempos descriptivos, voy á darme el gusto de detallar minuciosamente.

La bella en cuestion, que tal lo era, empiezo por la cabeza, que bien merece la supremacia que le concedo, ostentaba una profusion de rizos dorados, suyos ó adquiridos á precio de oro, que encuadraban maravillosamente el gracioso óvalo de su cara. Esos rizos eran tan largos, que le llegaban hasta más abajo de la cintura, delgada, muy delgada, y creo ceñida. Vestia un traje de raso azul turquesa, guarnecido de encajes de Alençon, anchos, como se usaban allá, en los tiempos del Imperio. De trecho en trecho, los volados estaban recogidos por ramilletes de rosas vellosas, blancas. Una anchísima crinolina, hacia resaltar los elaborados dibujos de los encajes y la estrechez de la cintura. La bata era un *fouilli* de encajes angostos, rosas, brillantes sueltos, y lazos de cinta, que disimulaban, ó mejor dicho, aumentaban lo que las realidades dejaran que desear.

La *miss* comia con guantes, y comia con exce-

lente apetito, á pesar del sinnúmero de moscas, que volvian difícil y odiosa aquella tarea. Pero como estos inconvenientes, eran soportados con flema sajona por toda la sociedad, salvo nosotros, no creo del caso alabar con exceso los méritos de la coqueta rubia.

Y no se crea, que tal despliegue de lujosos atavios, fuera allí la excepcion, muy al contrario, reconozco, por mucho que me duela, que el elemento femenino fijaba en mí esas miradas frias y rápidas que comprendemos desde luego las mujeres, y que significan en buen castellano: *Quién es este cache?*

Concluida que fué aquella interminable comida, que tuvo fin cuando empezaban ya á encenderse las luces, exclamé: « Qué horror, yo aquí no me quedo! »

«Tenga Vd. paciencia, la tertulia quizá le interese,» me contestó entre risueño é irónico el amable Molinita.

Quise salir á respirar el aire, para olvidar los olores de aquel comedor, donde comian cuatrocientas personas, servidas por ochenta negros, con un calor de noventa grados; pero, mi suerte adversa dispuso que una lluvia copiosa y tenaz, nos bloqueara dentro del vastísimo salon de baile.

Allí, felizmente, pude volver á ver á mis dos chiquitines, que tenian acceso, como los demas

niños, al salón de baile, hasta las ocho, hora oficial en que penetraba la orquesta.

Mis hijitos se echaron sobre mí gritando: «Mamá, no hemos comido.» Mi indignación no tuvo límites; y preguntando el por qué, la sirvienta me respondió: «Señora, había como cien niños y sólo nos servía un negro cojo.» Y mi hijito agregó: «Y en las fuentes había moscas.»

«Esto es atroz,» dije volviéndome á Molina con voz doliente, «qué vamos á hacer?» y mi pobre amigo, que sin motivo seguramente, se creía causante de tan terribles aventuras, corrió en busca de socorro, y gracias á sus fueros diplomáticos, lo obtuvo. Éste consistía en dos platos de *ice cream*, con biscotelas, que los hambrientos viajeros devoraron en un momento, causando no poca envidia á los demás chiquitines, que, como ellos, habrían comido, quizá, poco y mal.

De repente, vimos llegar una banda de música compuesta de seis artistas negros, que comenzaron á darnos una idea de sus respectivos talentos. Tocaban con clarinetes, bastante afinados el famoso *Ill give my money for the Unions boys*, que había yo oído en mi excursión en el río San Lorenzo, y aquella melodía ya familiar, me fué muy grata, por más que ésto pueda parecer exagerado. Sin duda, ella evocaba el recuerdo del paisaje risueño y de las aguas límpidas y frescas del bello río,

haciéndome olvidar, un presente que nada de agradable tenía. Además, hay siempre cierto encanto en reconocer una melodía que ya hemos escuchado, especialmente cuando la música evoca recuerdos dulces.

Pero no tardaron las cuadrillas en borrar el surco luminoso de aquel motivo sencillo y característico; los danzantes comenzaron á patalear con tal furor, que todo el edificio se estremecía. Los Yankees bailan á la antigua, saltan, son *agraciados*, como se decía de los buenos bailarines en otro tiempo; siguen el compas y están atentos á la música, como hoy ya no se acostumbra, y que parece ridículo.

Esto pude notar, especialmente en los lanceiros, entónces tan á la moda, y en el *virginia-reed*, especie de pericon nacional, que los encanta, y en el cual yo, confieso mi pecado, tomé parte con el decano del cuerpo diplomático. Esto era facilísimo, no habia sino ingerirse en la cadena, y como en ella figuraban varios chiquitines, los míos, exaltados por el *ice cream* con plantillas, bailaron por la primera vez de su vida, y ésto en Yankee-land, el *virginia-reed*.

Los Americanos bailan pocos valeses ó polkas, prefieren las cuadrillas á todo; la razon es curiosa. Generalmente las niñas no bailan lo que allí se llama *round dances*, es decir, bailes giratorios.

Con frecuencia les oye Vd. decir á las católicas; *El Arzobispo me lo ha prohibido*; y á las protestantes: *Mamá no lo permite*.

Sea dicho de paso, que poca ocasion tendrían las mamás ni el Arzobispo de verificar el mayor ó menor grado de obediencia de las jóvenes miss, pues en los bailes no se ven ni Arzobispos ni madres. La respuesta obligatoria de toda mujer á quien Vd. le pregunta por su mamá, es: *She is an invalid* (es enferma). Declaro que, salvo en los viajes y en los hoteles, nunca he visto las madres de los Estados Unidos. Parece que la Yankee, así que envejece, se retira voluntaria ó forzosamente de la sociedad. Por lo ménos, en la clase que no se denomina *high life*.

Cuando llegó el terrible momento de encerrarse en los camarotes, que nos servían de cuartos, volví nuevamente á repetir el fatídico *yo aquí no me quedo*; pero, esta vez dándole una importancia práctica, que consistió en mandar preguntar á la oficina, la hora del primer tren para Nueva York. Y á pesar del cansancio, decidí, *ipso facto*, levantarme á las seis, para dejar sin pena al famoso Saratoga.

CAPITULO XVIII.

Volver á una ciudad como Nueva York, es siempre grato, y sobre todo lo es pasar de *Union Hotel* en Saratoga, al confortable *Clarendon*.

Con indecible placer penetré en el fresco Hall hospitalario y recibí las sonrisas de los amables *waiters*, que parecían todos decirme: *I know you*, (la conozco) en tanto, me ofrecían galantes el ancho abanico japonés, su inseparable compañero.

Mi amiga Mrs. Davison, que habitaba Staten Island, á corta distancia de Nueva York, me habia invitado á pasar algunos días en su casa de campo.

Nada más sencillo, que tomar el ómnibus en el Hotel, bajar hasta la Bateria, por Broadway, y embarcarse allí en un vapor semejante á los del Hudson.

Aquella isla era un paraíso y el chalet de madera de los Davison, una maravilla de *comfort*. Habia en el comedor, una especie de nicho mecánico giratorio, llamado *dumb waiter* (sirviente

mudo, una verdadera *institution*; colocado á espaldas de la dueña de casa, con varios botones de metal numerados que respondian á otros tantos aparatos internos; así que uno ú otro se tocaba, veíanse aparecer, como en los torneos de los conventos, tan pronto las fuentes con manjares varios, tan pronto los platos limpios.

De esa suerte, el servicio era directo desde la cocina, y la cocinera sola, bastaba; verdad es, que la señora tenía que cuidar de poner las fuentes vacías y los platos usados en el famoso torno; más como los Norte americanos casi no cambian los platos, la molestia no era excesiva. Acostumbran comerlo todo mezclado, de manera que, con excepcion del pescado ó mariscos, las legumbres, los asados, los guisos, todo va *pêle mêle*.

La respuesta que me dió una vez un Yankee, al observarle yo, que á mí me era muy desagradable tal uso, fué gráfica: *A mí no, que despues todo se junta.*

· Qué objetarle? Callé, como callaría cualquier hijo de vecino ante tal ocurrencia.

Aquel chalet, que constaba de tres pisos, tenía por todos lados bocinas con tubos de goma, que ponian en comunicacion los cuartos y los pisos. En esa epoca, el teléfono, como el ascensor, aún no eran sino un desideratum.

Pero, mediante las bocinas y campanillas eléctricas,

Jessey, la cocinera, mucama y factotum, hacia con perfeccion el servicio de la familia; y el chalet, segun la expresion de nuestras abuelas, parecia *una tacita de plata*.

Las Jessey, no obstante, son excepciones en la Union; y necesitan una patrona que las dirija y las *ayude (help)* dia y noche. La buena Mrs. Davison al caer la tarde, solia decirme: « Estoy exhausta; pero, cuando ya no pueda más, me iré á descansar . . . al Hotel. » Y así lo efectuaba, ántes de instalarse en su casa de Nueva York, para la estacion de invierno.

La isla es pequeña, pero tan cultivada, tan verde, que todo el tiempo se pasea entre jardines. Los caminos son excelentes, recuerdan los de Francia, y el viajero se cree léjos de esa tierra Yankee, donde abundan los vapores y los ferrocarriles; pero, donde los caminos carreteros son tan execrables como los nuestros. La familia Davison era numerosa: se componia de tres varones y dos niñas.

En los Estados Unidos, el baile es considerado como un elemento de educacion muy principal, Sussy y Mabel me anunciaron, que en la próxima semana, iba á tener lugar un gran baile de niños en su escuela (*dancing school*) y que forzosamente, debia yo conducir, á esa fiesta á Eda y á Manuel.

Tuvo lugar ésta en Nueva York, á pesar del

calor sofocante, y fué, como dicen allí, *quite a success*.

El salon, que era muy vasto, estaba *ciré* á la francesa y adornado con ramas de árboles y algunas flores.

Notábase ausencia completa de sillas, pues las Norte americanas no se sientan nunca en las recepciones y mucho ménos en los bailes. Son de una resistencia inaudita, y me han causado siempre sorpresa y aún envidia.

El baile era una *matinée*, pues los Estados Unidos son la tierra clásica de las *matinées*, á pesar del calor urente de esos crueles dias de verano.

Precioso el espectáculo, deslumbrador!

Las chiquillas, casi todas rubias, con los cabellos ya *crimped*, es decir ondulados, la pasion de las Americanas, ya en largos rizos dorados, que les caian más abajo de la cintura. Qué frescura, qué elegancia, qué animacion portentosas! Parecian ángeles, flores animadas, mujercitas en miniatura, houries de paraíso mahometano, achicadas por ese procedimiento chino, que reduce el olmo arrogante y la robusta encina á dimensiones lilipucianas, sin que pierdan en proporcion ó en belleza: parecian muñecas de cera, primorosamente modeladas y vestidas por las hadas Muñequinta y Juguecunta: parecian sueño encantado de mimosa hija única; todo, ménos niños. Y digo niños, porque el elemento

masculino no formaba contraste, á pesar de sus pocos años, con la correccion y elegancia de sus compañeras femeninas. Veíaseles, sin sombra de la *gaucherie* inherente á los muchachos en los demas países, revolotear alrededor de las bellas engalanadas; y la palabra *papillonner*, mariposear, venía á imponerse á la imaginacion.

Vestidas con lujo digno del Paris imperial, bailaban con esquisita gracia y correccion, las discípulas del ceremonioso Mr. Tucker y su apostura nada de infantil revelaba.

Mis muchachos, que no habian querido asistir á la fiesta, hubieran hecho allí fea figura. Es decir, figura de muchachos, contrastando con aquellos que no lo eran, ó por lo ménos, no lo parecian.

En la escuela de baile ví la *flirtation* en boton; ví la naciente flor, que más tarde, aquella misma noche, debia florecer en todo su esplendor en casa del banquero Phelps.

Chiquillas habia en *the school*, que revelaban ya una disposicion marcada, para ésa coquetería *sui generis* que Sardou ha pintado con maestría.

Ví igualmente cabecitas de siete y ocho años, adornadas ya, con pelucas exhuberantes que corregian las precoces omisiones de la madre naturaleza.

En esa noche se aclamaba *the Queen of May* (reina de Mayo): tuve la suerte de verla conducir hasta un sillón elevado sobre gradas, especie de trono,

donde toda la corte infantil, venía luego solícita á prestarle pleito homenaje en forma de cortesía coreográfica. Lo que tal ceremonia, que se efectúa por votacion, tenga de moralizador para las niñas, escapa á mi penetracion.

Sonreia la reina benévola y con gracia hechicera aceptaba los ramilletes de flores de sus súbditos. Sea dicho de paso, más de una afelpada mejillita, ví surcada por reveladoras lágrimas, enjugadas furtivamente y algunas mamás me parecieron *disappointed*. Pero no ciertamente la de Sussy y Mabel, que, por lo contrario, desaprobaba tal ceremonia como antidemocrática y conducente á nada bueno.

El banquero Phelps, uno de los magnates de la Quinta Avenida, daba aquel mismo dia un baile en honor de los Príncipes de Orleans, que se hallaban de paso en la ruidosa metrópoli.

Á las nueve de la noche, penetré en la espléndida mansion, y si se exceptúa el inconveniente, de tener que bajar del carruaje en plena vereda, expuesta á las miradas de la mosquetería, que era numerosa, la entrada poco tenía de incómodo. Subir las gradas del perístilo de mármol en verano, es agradable, pues, el tapiz que las cubre, si bien tiene el inconveniente de moverse á cada paso, no espone al peligro de romperse una pierna, como ocurre cuando la nieve cae incesantemente

y moja sin piedad la alfombra, que se arruga, se adhiere á los piés; ó cuando el frio excesivo hiela cuanto toca. Entónces, aquélla ascension en traje voluminoso y complicado de baile, con ligeros zapatitos de raso, elevados sobre tacos, se vuelve una ascension séria, peligrosa y llena de crueles peripecias.

El *hall* ó galería era relativamente estrecho en la lujosa *mansion*. Subimos al primer piso á dejar nuestros tapados, y esto no se efectuó fácilmente, porque las bellas *Yankees*, así como acostumbran á tomar el fresco sobre las gradas de sus puertas en la noche, gustan de sentarse en los bailes sobre los tramos de la escalera, solas ó en compañía de su *beau*.

El efecto es pintorésco; aquella escalera cuajada de preciosas muchachas que rien, charlan y ostentan sus lujosos atavíos es lindísima, es una viiente *escala de Jacob*; pero, como comfort, no obstante, para subir ó bajar, deja mucho que desear: Los *gentlemen* se ponen de pié, para facilitar el paso, pero como las *miss* se quedan sentadas, el espacio resulta ser muy escaso para los ángeles que ascienden ó descenden. De ahí saludos, risas y cierto atropello, que debe tener algo de grato; pero, que tambien, como toda rosa, no carece de espinas.

Pero, ya he conseguido llegar hasta el ancho

dormitorio de la lujosa banquera. Allí está el peñusco de *ladies*, las unas sentadas cambiándose las medias ellas mismás, ó tendiendo el pié para que la *maid* les pase la finísima calada, que ha de reemplazar las comunes de algodón, con que vinieron á pié, y los zapatitos de raso en que se truecan los *substantial* botines.

La práctica Yankee, lleva á las tertulias, en un *bag* (bolsa) de género de lavarse, nada elegante, pero muy cómoda, todo un arsenal de toilette, y, cuando despues de cruzar calles y avenidas en ómnibus ó en tramways, llega al deseado puerto y consigue enfrentarse allí con *the toilet table*, mesa de toilette, comienza la metamórfosis que suele durar cerca de una hora.

Muchas veces me he asombrado del tiempo que trascurria entre el campanillazo que anunciaba la presencia de una invitada, y el momento de su aparicion en mi salon. Y mi camarera exclamaba: « *Ah! madame*, traen el *chignon*, las flores, los zapatos, las medias, *dans leur affreux sac*, y empiezan á pedir polvos, orquillas, alfileres y cuanto les hace falta. »

Confieso que no penetré en el dormitorio de Mrs. Phelps: despojándome de mi capa en el *hall* la abandoné á su suerte, en poder de una de las negritas, que me aseguró *tendria de ella great care*. (mucho cuidado).

Comencé el descenso, y éste lo hallé más penoso aún.

Las muchachas inmóviles y parleras, sólo interrumpian su charla para mirarme de arriba abajo y decirme con su mirar frío é inquisitorial: *Baja como puedas*. Yo no cesaba de repetir el semi risueño *Allow me!* (permítame Vd.) y ellas respondian: *Certainly!* pero, con elegante impertinencia, no se movian. Mas, como todo acaba hasta el bajar una escalera alfombrada de rubias *beauties*, halléme al fin en tierra firme y mediante vigorosos *push*, pude penetrar en el repleto salon de baile.

El lujo me envolvió en sus efluvios cálidos y penetrantes, la atmósfera mezclada de perfumes artificiales y naturales, oprimió mi respiracion; la luz desapiadada del gas, en toda su fuerza, me produjo el deslumbramiento vertiginoso, que las ondas sonoras de la música danzante, parecen acrecentar, y mis nervios adquirieron esa tension especial, que podria denominarse la neurosis de las fiestas y que no carece de cierto *mordente* penoso.

El salon, que era muy vasto, estaba ricamente decorado con cortinados de brocato rojo y cuadros de grandes dimensiones. Eran copias medianas de Madonnas de la escuela italiana y española, en marcos lujosísimos.

El Yankee no es conocedor en materia de artes; pero, bien dirigido, es dócil, como lo demuestra Stevens en París, gran amigo de Arsène Houssaye, que tiene una bellísima colección de cuadros y estatuas de precio y mérito real. Pero los que llegan sin tener el hilo de Ariadna que los guie en aquel laberinto, compran las malas copias que allí abundan y no siempre baratas; el que no sabe es como el que no ve, y al fin todos los cuadros son cuadros, para ciertos compradores.

Aquellas Vírgenes, especialmente la de la *Seggiola*, que nunca falta en casa de un Yankee rico y *artist*, eran notas falsísimas en el *dancing saloon*, de la Quinta Avenida. Las de Murillo, con su expresión más humana, chocaban ménos, y el desnudo niño Jesus, que parecia agitarse con las vibrantes notas de un *schotish*, creaba cierta ilusion de movimiento muy extraña. En el fondo del vasto salon, el Descendimiento de Rubens, copiado toscamente, chillaba, rugia con sus vivísimos colores; y sobre todo, creaba una de esas disonancias dolorosas, como suele con frecuencia producir la pintura, en consorcio mal *assorti*, con la música. Las artes que más difícilmente se hermanan, son la pintura, ó la escultura, con la música. Pero, cuando esto ocurre, el efecto es admirable. Escuchar la sonata patética de Beethoven delante de la Niobe ó de la Pietà de Miguel Angel, es algo que sublima el sér y lo

levanta á esferas superiores, donde el aire respirable es éter puro.

Vestidas con las modas de Paris, en extremo exageradas, como ocurre siempre en el exterior, resplandecian las Newyorkesas entre tules esponjosos, deslumbrantes de pedrería. En Estados Unidos hay joyas muy bellas, y á pesar de los altísimos precios que por ellas se pagan, las Yankees tienen muchas alhajas. Entónces, especialmente, el furor eran *the bijoux*, pues más ó ménos, segun sus medios, todas las reinas de la moda pretendian imitar á la rubia Eugenia, la soberana que más joyas haya tenido en el mundo.

Las mujeres Americanas tenian adoracion por Eugenia, adoracion compuesta de una mezcla muy humana de envidia y de este pensamiento falaz: *Si Luis Napoleon me hubicra conocido á mí, yo, y no Eugenia, sería hoy Emperatriz.* Que á decir verdad, el *Eugenia, tout court*, era más síntoma de desden que de cariño, llegando algunas cándidas á creer, que la condesa de Teba, era puramente una mujer cualquiera, recogida *en el boulevard* por el afortunado autor del Coup d'Etat; y no una dama encumbrada, de ilustre linaje y grandes vínculos sociales; sin olvidar ademas el prestigio soberano de la belleza, uno de los más poderosos, cuando á él se unen el lujo y la elegancia.

Pocas *round dances* se bailaban en esa noche;

en cambio las parejas eran siempre las mismas, y la *temporada*, como dicen mis compatriotas, era el elemento motriz de la *flirtation*.

Pero, qué es *flirtation*? Si mal no recuerdo, creo haber prometido un capítulo especial dedicado á ese tema.

Pero despues de reflexionarlo, me ocurre que no vale la pena.

En el ángulo más apartado de un pequeño saloncito algo solitario, hay un *pouff* bastante estrecho; sinembargo, en él caben dos, apretándose un tanto. Y en efecto, dos personas lo ocupan y atraen mis miradas. Pero lo que en realidad se ve, es una preciosa rubia muy lánguida y bella, que ostenta una crinolina de proporciones exageradas, sobre la cual, un traje de tul celeste se ahueca y esponja como un globo, describiendo una vasta circunferencia. Envuelto, confundido, aprisionado, disimulado, entre los tules, está á su lado, un mancebo, por lo ménos así lo parece, á juzgar por sus bigotes rubios, finísimos, y sus ojos chispeantes, que es lo único que alcanzo á divisar entre la confusion nebulosa de los tules de color cerúleo. Eso es *flirtation*.

Pero no es todo: á poco andar, penetrando en la *serre* ó invernáculo indispensable, pues en toda casa de gente que tiene pretensiones fundadas á ser considerada rica, ésta no falta, hallo igualmente

en la penumbra, que forma el gas tamizado por bombas de colores y elevados dracenas y lustrosas gomas, otras parejas estrechadas, silenciosas, que tambien representan genuinamente *the american flirtation*.

De *flirtation*, *flirt* el verbo y *flirt* un sustantivo, que se usa así: « Esa muchacha es muy *flirt*, » dicen. Y no me ocurre cómo traducirlo, pues el: « She is a *coquette* » (es una coqueta), es considerado en Yaukeeland como algo de muy duro y severo. Así, pues, me queda la duda de lo que en otras lenguas equivalga á *flirt*, y, como Sardou, uso la palabra tal cual.

El Norte americano usa mucho la palabra *soirée*, que él pronuncia *sori*.

Es igualmente difícil la salida de una de esas *sori*, porque la ceremonia del despojamiento, larga y complicada, requiere tiempo y espacio: el tiempo no falta, pero sí el espacio. Algunas veces he tenido lástima á las opulentas dueñas de casa que cedian así su aposento, el aposento en que iban despues á descansar, á esa alegre turba danzante. Y no ha dejado de sorprenderme, no les ocurriera tener un sitio *ad hoc*. Pero las Yankees son valerosas y sufridas; de otra suerte, cómo se atreverian á lanzarse á pié á la calle para ganar sus nidos, despues de una fiesta, desafiando el frio desapiadado y la nieve del invierno?

Con botines *substantial* y medias gruesas, capucha de lana, un gran pañolon y el infaltable *beau*, la Yankee salva las distancias más grandes, despues de haber bailado cuatro horas; y al cerrarse la magna puerta de calle tras de ella, aún se oyen sus cristalinas carcajadas y los alegres *take care*, con que bajan las resbaladizas gradas. Se comprende que con tales escollos, las matronas no desafien los inconvenientes de las fiestas y voluntariamente se retiren á cuarteles de invierno. Las niñas, si no van con *Pa*, llevan *the key* (la llave) y mediante el *beau*, respectivo que las escolta, *all is right*.

El high life, es decir, el que tiene coche ó como pagarlo, no va naturalmente á pié; pero ni la riqueza, ni el highlismo excluyen el *beau*, que es *institution*.

CAPITULO XIX.

El doctor Acosta, un compañero de viaje, es decir, de travesía trasatlántica, habíame pedido permiso algunas veces, para acompañarme á Brooklyn, repitiéndome: « Es un sitio delicioso y allí conocerá Vd. la buena sociedad Americana. »

Confieso que despues de haber viajado ya tanto, la pereza me invadia; y con el calor creciente, postergaba la excursion de un dia para otro.

Una tarde llegó, sinembargo, el momento de realizarla y me dejé conducir por el buen doctor, sin entrar en grandes averiguaciones, con un: *Vamos!* más resignado que entusiasta.

« Es cosa facilísima, » agregó mi compañero; « y ademas, esta noche mis amigas tienen concierto. »

Lo del *concierto*, algo me desconcertó; pensé en la sencillez de mi traje, que al fin soy *lady*; y casi volví á aplazar la partida para otra ocasion.

Pero, ya sea pereza, ya benevolencia, cosas que á veces se asemejan y confunden, me planté valerosamente mi sombrero, empuñé el paraguíta, mi

inseparable compañero, suspirando otro *Vamos* resignado, y nos pusimos en marcha.

Mal acostumbrada, á pesar de la experiencia adquirida en *Yankeeland*; esperaba que mi buen amigo Acosta, me condujera al famoso Brooklyn, sino en la carroza dorada de Cendrillon, por lo ménos en uno de esos coches de á dos dollars la hora, que suelen estacionar en Union Square. Oh decepcion! Mi amigo, que aunque rico y Colombiano, se habia ayankeezado completamente, así que salimos del hotel, dijo tranquilamente: «Ahora, no más, pasa el *stage*; esperemos.»

Qué hacer? Callar y subir al elevado ómnibus blanco de rayas azules que por Broadway conduce á los pasajeros, hasta Fulton Ferry, para atravesar el rio del Este. Aquello era viajar y no pasear; pero, qué remedio? Fijé mi vista en un paisaje maravilloso, pintado en el interior del ómnibus, que representaba una amazona, galopando ligera y contenta por entre peñascos azules, de un azul de añil crudo, y traté de distraerme con aquella maravilla artística.

Un momento llegué á imaginar que aquel ómnibus habia sido expresamente alquilado por el galante Hipócrates Colombiano, para que con toda anchura efectuásemos los dos solos, la travesía hasta Brooklyn. No veia otros pasajeros y tampoco quién nos reclamara paga ó remuneracion alguna.

Pero mi ilusion duró lo que dura una ilusion, en esa tierra práctica. Leí una inscripcion repetida en varios sitios del vehículo, que suplica al viajero, deposite al entrar, diez centavos en la caja que se halla colocada bien á la vista, en el fondo del ómnibus, y que para no verla desde el primer momento, es menester ser ciego ó muy dado á ilusionarse, como yo.

El proceder es ingeniosísimo y en extremo práctico, para evitar el escollo de la falta de cambio. En ese caso, se toca una campanilla colocada al lado de la caja. El cochero pone dentro de un sobre cerrado hasta concurrencia de dos dollars de cambio; el pasajero abre el sobre, cambia y pone en la caja diez centavos.

Este sistema peligroso, ahorra á la Compañía un conductor y da buen resultado en aquel país de libertad y *self respect*: ignoro si podria implantarse con éxito en otras partes.

Bajar del *stage* (ómnibus) y embarcarse en el Ferry, es cosa de nada; y como por encanto hallarse en el ameno Brooklyn, que parece, por el silencio y tranquilidad que en él se disfruta, situado á muchas leguas del ruidoso Broadway.

Cottages sin pretension y jardines á la antigua, es lo que abunda en ese faubourg de Nueva York, con calles cubiertas de arboleda frondosa. La fisonomia de Brooklyn es especial; siéntese allí la

tranquilidad, la paz de la familia inglesa, tal cual la pinta el autor del VICARIO DE WAKEFIELD. Parece que dentro de esos *homes*, plácidos, modestos, no puede albergarse sino la virtud. Al entrar en uno de ellos, la impresion que del exterior recibí, no hizo sino acentuarse.

Hasta el traje de las muchachas, las famosas amigas de mi ciccone, tenía un sello de sencillez ó provincialismo distinguido, que me ganó desde luego.

Nada de *fast* en el atavio de las Miss Duncan; todo era modesto y armonioso, aunque sin *style*, ó *chic*.

Fast es término intraducible y que mucho se usa en Estados Unidos. *Fast* es la muchacha que con frecuencia cambia de traje y de *beau*; *fast* es la que inventa modas estrafalarias y *fast* es adjetivo ménos encomiástico que despreciativo. Literalmente *fast* es *ligero*; pero, todos sabemos, que las Lenguas por lo general son filosóficas y como tal, un tanto misteriosas.

Lo repito, las Miss Duncan no eran *fast* y en el cuadro sencillo en el cual se movian, quedaban primorosamente, con sus bandós lacios, sin escrespar, moda favorita de la época, sus vestidos grises sin crinolina ni volados, y sus puños y cuello de hilo lisos tambien, que se armonizaban perfectamente con su mirar reservado y sus modales fáciles.

La madre, allí había madre, era una bellísima anciana, paralítica, de tez delicada y facciones finas; y el padre un robusto viejo sonrosado, con talla de granadero y voz de bajo profundo.

En un *parlor* pequeño, con muebles de caoba forrados de crin, como se usaban aquí en otro tiempo, que eran muy frescos si no en extremo muelles, hallábase reunida la familia al rededor de una gran mesa, donde había libros, mapas, una esfera armilar y algunos instrumentos náuticos.

El padre había sido marino, y el hijo varon, un Benjamin de doce años, iba á seguir la misma carrera; ésto explicaba los compases, la esfera, la brújula y los mapas.

A la tibia luz del gas, apaciguado por una pantalla verde, todo el grupo de familia reunido en ese momento al rededor de la mesa del centro, estaba examinando con un gran lente de aumento, una mariposita dorada que prisionera se debatía entre dos vidrios.

La voz dulcísima de la madre, que decía: *Let is go* (Déjenla ir); fué lo primero que oí al entrar en aquel recinto, en el cual reinaba una atmósfera de dulzura y de paz inapreciables.

La acogida que me hicieron fué perfecta, y la anciana madre, la belleza de la familia, me cautivó desde luego. « No puedo moverme, » dijo con voz plateada; y sin más cumplidos, agregó: « Niñas,

abran el piano y toquen, que la señora no viene á fastidiarse. »

Mina y Sara tocaron á cuatro manos várias sonatas de Mendelssohn, de una manera prodigiosa: pocas veces he comprendido mejor esa música tan llena de misteriosos contrastes. El piano era, sin embargo, un instrumento viejo, de fábrica ya desconocida; pero, oh magia de la ejecucion! aquellas dos hermanas, hubieran sacado sonidos dulces de una tabla rasa.

El robusto Comandante tocó luego la flauta con gran dulzura y correccion, acompañado por Mina, su favorita. Y como yo preguntara: « Qué melodía es ésta, tan bella y sencilla? » Respondió sonriendo el marino, un: *Never mind*, (No importa) que me lo reveló compositor. La jóven le seguia, le adivinaba, porque siempre sus inspiraciones eran fugaces.

Acosta me habia traicionado, me habia engañado, me habia anunciado, habia exagerado mi talento musical, y cuando llegó el momento de cantar en aquel centro tan artístico, tan plácido y sencillo, me sentí muy acertada. Vencí no obstante mi timidez, que hubiera podido ser mal interpretada por aquellas gentes simpáticas y modestas, y con el corazon palpitante, canté la serenata de Schubert.

Gustó mi canto, y de trozo en trozo llegué,

despues de hacerme un tanto de rogar, lo confieso, hasta cantar la *Calesera*, de Iradier.

Obtuve con ella tal éxito, que hasta la paralítica, bellísima anciana, repetía: *Encore, encore!* y *bon gré, mal gré*, tuve que repetir mi andaluzada.

Como los Ingleses, los Yankees gustan muchísimo de la música española. La experiencia me enseñó más tarde á no buscar laureles en Yankee-land, con melodías italianas ó francesas: como especialidad adopté las canciones andaluzas.

Para pasar al comedor contiguo, donde nos esperaba el substantial *te* americano, las dos hermanitas hicieron rodar sin esfuerzo el sillón de la paralítica, y el galante Comandante, me ofreció el brazo.

Muy á mi satisfaccion, resultó que el marino en sus mocedades, habia visitado el Rio de la Plata y que, oh sorpresa! doña *Augustina*, esa *sister of Rosas*, de quien me habló con no poco encomio, era mi madre amada.

No puedo expresar el enternecimiento que aquel recuerdo me produjo; *She was divine*, (era divina!) repetía él entusiasta, « y nunca la olvidaré, *opening* (rompiendo) el baile con el Comodoro Golborough.» Más tarde debia yo conocer al Almirante, que me repetia sin cesar su gran aventura en Buenos Aires, *the opening* (rompiendo) el baile *with senora Augustina*.

Era ya algo entrada la noche, cuando dejamos la grata mansion de los Duncan y corrimos en busca del último Ferry, que por suerte estaba tan sólo á punto de irse.

La despedida fué efusiva, prometí volver sin falta y lo prometí, muy deseosa de cumplir mi promesa. Pero, la suerte habia dispuesto otra cosa.

« Doctor, » dije á mi amigo Acosta, « tienen *beau* Mina y Sara? »

« Creo que sí, » contestó.

« Y se casarán con ellos? »

« Puede que sí! » Fué la sibilina respuesta, que me dió el lacónico Colombiano. Y yo, miéntras cruzábamos el rio, iba reflexinando en ese problema y aún tratando de imaginar, cómo serian, sino los dos, alguno de los *beaux* de mis nuevas amigas.

A haber tenido el don de segunda vista, hubiera descubierto entónces, lo que ví realizado algunos años despues: Mina solterona, y Sara convertida en Mrs. Acosta. Ah! Era disimulado el doctor!

Creo del caso decir, que, á pesar de la quietud, y falta de movimiento que reinaban en Brooklyn, no sucedia allí en esa época, lo que en Washington: es decir que las vacas y aún los cerdos, se pasearan á toda hora libremente por las calles, como ciudadanos de la Union; de tal suerte, que una

noche, ya en el año 70, mi excelente amigo y colega del Brasil, hubo de romperse una pierna, por tropezar, delante de la puerta de la Legacion Argentina, con una vaca negra, que dormia allí tranquila, bajo el amparo de nuestra bandera. No se trataba entónces del finchado Caballero Lisboa, sino del distinguido poeta y estadista Magalhaens, poco despues Baron de Itajuba.

El Consejo de Higiene de Washington, á cuya cabeza se hallaba entónces mi muy querido amigo y médico, el homeópata doctor Verdí, dió con ese motivo una disposicion severa, que alejó para siempre de las calles de la Capital, las descarriadas vacas y vagabundos cerdos, con gran contentamiento del *Diptomatical Corp*, que gustaba de ganar sus casas despues de las once de la noche.

El hombre propone A pesar de mis deseos, no pude visitar en la próxima semana, ni el Asilo de Sordo-mudos, ni el cementerio, que, como dice cierto viajero, « es tan espacioso, que los muertos descansan allí con anchura, ó á sus anchas. »

Me contenté con hacer una larga visita á la Libreria de Appleton; ese emporio magno, dónde hay indudablemente muchos, muchos, más volúmenes que en la famosa biblioteca de Alejandria, destruida, por los Turcos segun unos, según otros por los Cristianos; como si no fuera más natural creer, que esa obra de vandalismo fué puramente

debida á la iniciativa brutal de la soldadesca indómita.

Todos conocen esas artísticas ediciones norte americanas, que se llevan la palma en Europa como en América y dan á los libros un aspecto tan atractivo, que los hace no sólo leer sino conservar.

Los Norte americanos, como los Ingleses, tienen ódio á las ediciones á la rústica y no las ponen nunca en manos de los niños, esos grandes destructores, que sólo suelen respetar lo bello.

Qué preciosidades edita Appleton constantemente en materia de libros infantiles! Los Sajones son los primeros en ese género. Qué lujo de grabados, qué viñetas alegóricas, qué encuadernaciones doradas con ese relieve único, especialísimo á la librería americana! Y el texto? Esas *juveniles* de Abbot, Alcott, Marryat, Mayne Reed; interminable pléyade de escritores para la infancia y juventud, que escriben en prosa elegante y sonoros versos.

La mina que se encuentra al entrar á casa de Appleton, es de tal riqueza, que deslumbra, fascina y abruma. Parece imposible que el espíritu humano pueda producir tanto.

Yo confieso que en los Museos, como en las grandes Librerías, me siento tan empequeñecida, tan abrumada por la cantidad, que no acierto casi á discernir la calidad.

Me ha sido siempre difícil leer en las Bibliotecas ; aquel agrupamiento de libros, parece pesar sobre mi entendimiento y reducirlo á nada. Lo mismo me pasa con los cuadros ; me parece que se dañan unos á otros ; me producen confusion, sobre todo cuando por vez primera entro á un Museo.

Una preciosa edicion de Motley, *THE RISE OF THE DUTCH REPUBLIC*, *regateé* ese dia, como dicen los Franceses, en casa de Appleton ; pero el librero fué tan inflexible cuanto mi estrecho *budget* ; y no pude comprar aquella obra, mi favorita, vestida con el vistoso ropaje que tan bien le sentaba.

Quiso la fortuna compensarme de otra manera y aquella misma noche tuve la dicha de estrechar la mano del autor. Motley nos fué presentado por el banquero Phelps : para algo bueno sirven los banqueros ; y escuché de los labios del gran historiador estas palabras :

« Señora V. me favorece ; más fácil es escribir una buena historia que una buena novela ; y V. ha escrito el Médico de San Luis. »

Hay horas dulces para los pobres autores !

Motley iba entónces á Washington á conferenciar con el Secretario de Estado, que poco despues le nombraba Ministro de los Estados Unidos, en esa *Dutch Republic*, cuyo nacimiento ha pintado con paleta mágica, especialmente en el primer tomo, donde aparece la gran figura del Emperador Cárlos V,

sobre el cual, el patriota Americano arroja toda la odiosidad, que otros han acumulado sobre la cabeza del II Felipe y de su General el Duque de Alba, el destructor de Las Flandes. Motley moria doce años despues, en esa tierra de libertades, cuna de Guillermo de Orange, ese Taciturno que ha trazado el Bostoniano con un vigor de colorido y un brio dignos de Tácito.

Con los cabellos grises, muy abundantes y crespos, la fisonomia del historiador americano, por su dulzura y algunos de sus rasgos, recordaba la del doctor Montes de Oca, que acaba de dejar tan gran vacio entre nosotros. Motley tenía modales muy elegantes, gran hábito del gran mundo, gustaba mucho de la sociedad europea, que habia frecuentado en sus dilatados viajes y no mostraba nada del politician: verdad es que no lo era.

Alguna vez, más tarde, ví cruzar una sombra por la frente del olímpico Senador Sumner, cuando le manifesté mi admiracion por Motley.

« He is a dreamer. » Fué la respuesta de aquel personaje que no podia tolerar en América más reputacion que la suya. Sumner era, sinembargo, á más de hombre de accion, gran pensador y su erudicion vastísima, le señalaba como una excepcion entre los *politicians* de los tiempos modernos.

No ha llegado el momento de hablar detenidamente del gran abogado, del triunfante defensor de

la raza desheredada, del hombre más popular en la Union, de aquél que más contribuyó con su influencia á la caída del Sud y que, sin embargo, no fué nunca Presidente.

Pero, no quiero, ya que de él me ocupó, echar en olvido una pregunta algo cándida, que me dirigió en mi salon de Washington algunos años despues.

« Supongo, querida *señora*, que allá en el Plata Vd. y Mr. Sarmiento son excepciones? » Mi respuesta no viene aquí al caso; hay cosas que deben decirse fuera de la patria, y callarse en ella.

CAPITULO XX.

Boston, esa Atenas de la Union Americana, despertaba muy especialmente mi interes. El *trip* á la Nueva Inglaterra, lo consideraba yo como una compensacion debida á las no pocas decepciones y fatigas, por mí sufridas en el constante va y viene del viajero, que ve las más veces, cosas que no interesan y prescinde de aquello que mucho le gusta. Algo por ese estilo me habia á mí pasado, por causas tan várias como complexas; y cuando mi paciencia se hallaba por de más puesta á prueba, repetía *in petto* para consolarme: « No importa iré á Boston, » y cobraba ánimo.

Desgraciadamente las noticias que de la patria llegaron, debian influenciar poderosamente nuestras decisiones. Aquellos que han viajado conocen el momento de *leer la correspondencia*, momento solemne, crítico, dulce y penoso á la vez: momento que abre las heridas ya casi cicatrizadas, que aviva los recuerdos apagados, borra por decirlo así, las imágenes presentes y nos trasporta por algunos instantes, á esa patria ausente, á la cual permanecemos adheridos por lazos invisibles, pero, existentes, que

recuerdan la teoría de aquel filósofo idealista: « El niño separado del seno materno, está durante dias y meses *attaché* á la madre, por un vínculo que no desaparece al cortarse el cordon umbilical; aquellos que tienen vista superior á la nuestra, pueden verlo y lo han visto en forma de surco luminoso. »

El vínculo que á la tierra madre nos ata, es real, es sólido, á veces doloroso, y esas cartas nos lo recuerdan, nos lo revelan constantemente con la mágia invisible de su espíritu y con la positividad prosáica que encierran. Alguien, que muy de cerca me tocaba, solia decir: « Nunca he recibido del Plata una sola carta, que alguna contradicción no me trajera. »

La vida de nuestra sociedad, especialmente hace algunos años, era de trasformacion incesante, y ya sabemos que la trasformacion no se obtiene sin lucha, tanto en el órden moral como en el órden natrnal.

El encuentro de Pavon, habia cambiado en la patria la faz de los acontecimientos políticos: fué menester decir adios á Yankeeland para volver al Viejo Mundo.

Con el andar de los tiempos, aquel adios resultó ser tan sólo un *hasta la vista*.

En un segundo tomo contaré mis impresiones de esa vuelta á la triunfante Union Americana,

donde surgian ya en el Oeste los grandes elementos de vida que debian darle nuevas fuentes de riqueza y poderío. Allá en el Illinois crecia Chicago entre pantanos, ese Chicago, el asombro de los tiempos modernos, y al cual los antiguos habrian de seguro dado el nombre de nueva maravilla.

Cuando nos embarcamos en el vapor *City of New York*, que debia perderse poco despues sin que se supiera siquiera cómo, la Nacion Americana se hallaba en plena crisis, y la Metrópoli inglesa parecia dispuesta á mostrar su simpatía por la causa del Sud. Mas tarde, debia yo conocer íntimamente á los miembros de la Comision Británica, que venía á tratar la famosa cuestion del Alabama; cuestion que tantos miles de libras esterlinas costó á la Inglaterra.

Pero, quién puede leer en ese arcano que se llama el porvenir? Hasta los políticos como Lord Palmerston se equivocan. La Europa toda simpatizaba con la causa del Sud, y como los demas hombres, los políticos suelen creer en aquello que les es grato.

En esos momentos, mi amigo Santiago Arcos, hombre de ideas liberales de alto vuelo, me escribia: *Amiga mia: Vd. es sudista ahora porque es una niña y aún no ha vivido: espere á envejecer para comprender y apreciar á esos rústicos Yankees que tanto chocan su sentimiento artístico.*

La profecía se cumplió, me complazco en reconocerlo, confesando mi pecado; yo era sudista.

Á pesar de los esclavos? se me dirá. Á pesar, respondo humildemente, que ese Sud, donde reinaba la esclavatura, era hasta entónces el monopolizador de la elegancia, del refinamiento, y de la cultura en la Union; verdad, que el Norte reconocia y proclamaba á cada paso en sus aspiraciones sociales.

Cayó vencido, aniquilado ese Sud tan simpático á pesar de sus errores; y sus mujeres más hermosas, más educadas, más opulentas, tuvieron que vivir del trabajo de sus manos. Algunas damas de la mejor sociedad, de Nueva Orleans, se vieron reducidas á ser hasta cocineras. Expiacion horrenda! Leccion cruel, que llegó á enterner á esos mismos esclavos, libertados por las llamas y el hierro del vencedor!

Con los ojos humedecidos por las lágrimas, me despedí de Nueva York. Allí quedaba uno de mis mejores amigos, ese buen Molinita, que no debia yo volver á ver jamas. La muerte rompió, ó mejor dicho, interrumpió una amistad tan estrecha, tan pura.

FIN DEL TOMO PRIMERO.
